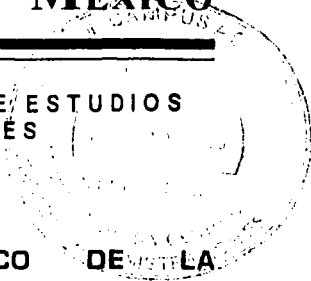


20421
1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS
PROFESIONALES
"ACATLÁN"



"EL IMPACTO POLÍTICO DE LA
GLOBALIZACIÓN EN MÉXICO: UNA
APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE
ANTONIO GRAMSCI Y EL PAPEL DE LA
IDEOLOGÍA COMO INSTRUMENTO DE
ORGANIZACIÓN POLÍTICA"

INVESTIGACIÓN EN LA MODALIDAD DE TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN RELACIONES

INTERNACIONALES

P R E S E N T A :

ALEJANDRO ALBARRAN CAPISTRAN

ASESOR:

DRA. ELISA G. CUEVAS LANDERO.



ENERO, 2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PAGINACION

DISCONTINUA

A mis padres y a César, por el cariño que les tengo.

A mis hermanas – particularmente a Marina-, por su orientación y consideración invaluable.

A la Maestra Elisa, por el saber que con su atención me comparte.

Al Doctor, por su Modesto ejemplo.

INDICE.

Prologo.

| I.-ANTONIO GRAMSCI Y SU CONCEPCIÓN DE PODER POLÍTICO | Pág. |
|---|------|
| 1. - El problema de la hegemonía..... | 1 |
| 1.1. -Estado dominante y lucha política..... | 5 |
| 1.2. -Poder político y consenso social..... | 9 |
| 2. - La importancia ideológica en el ejercicio del poder..... | 13 |
| 2.1. - Ideología y cultura..... | 16 |
| 2.2. -El concepto de nación..... | 19 |
| 2.3. - El interés de clase social..... | 21 |
| 3. - La organización política de la cultura..... | 26 |
| 3.1. - El papel de los intelectuales..... | 29 |
| 3.2. -La sociedad civil..... | 32 |
| | |
| II.- EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DE LA GLOBALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA. | |
| 1. - El concepto de globalización y sus características..... | 36 |
| 2. - El contexto sociopolítico de la globalización..... | 42 |
| 2.1. - Los cambios mundiales..... | 43 |
| 2.2. -Los cambios en América Latina..... | 46 |
| 3. - Efectos ideológicos y políticos en América Latina..... | 48 |
| | |
| III.- LA MODERNIZACIÓN ECONÓMICA EN MÉXICO Y SUS IMPLICACIONES POLÍTICAS: 1982-1988 | |
| 1. - Endeudamiento y gestión pública de México con el mercado internacional...62 | |
| 1.1. - La crisis de la deuda..... | 63 |
| 1.2. - Renegociación y programa de ajuste económico..... | 65 |
| 1.3. - Reestructuración económica y desincorporación estatal..... | 69 |
| 2. -Los alcances políticos del redimensionamiento económico..... | 73 |
| 2.1. - Economía cerrada y economía abierta: implicaciones políticas..... | 76 |
| 2.2. - Política y Economía: participación social y crecimiento económico..... | 79 |
| 2.3. - Economía y democracia..... | 84 |
| | |
| CONCLUSIONES..... | 90 |

PROLOGO.

Considerando oportuno revalorar la investigación sobre las tesis del pensamiento marxista en la era global y dentro del contexto sociopolítico que hace a nuestra carrera, el objetivo de la presente investigación es realizar un acercamiento a la obra del pensador político Antonio Gramsci por al menos tres razones:

1ª Porque *sociedad civil, Estado nacional e Internacionalización (del capital, del mercado, de la ciencia y la tecnología, etc.)*, son temas que constituyen la obra de este pensador político y son elementos que hoy indefectiblemente articulan en conjunto nuestra realidad política nacional e internacional.

2ª Porque en medio de los "factores" anteriormente citados, *la ideología y la cultura* de acuerdo con Antonio Gramsci, son aspectos permanentes y que se entretrejen para dar paso a *formas de organización social y política* que resguardan conocidos procesos de integración en toda sociedad.

3ª Porque el fenómeno de la globalización *influencia y delinea esas formas de organización política nacionales de acuerdo a su perfil global*, repercusión que sostendremos, debe discutirse cuando se presenta al dominio público como expresión inercial o beata de "pluralidad", "vida democrática" o "libre manifestación de las ideas" en beneficio de todos y por todos acogida.

Partimos del hecho en el presente trabajo de que la globalización, desplegándose en medio de una coyuntural recomposición pública y privada de la hegemonía capitalista en el mundo, se ha convertido en una ideología. Un ideal que explica y legitima como diría Carlos Marx "a las grandes finanzas" en una expansión mundial que les es congénita y que ve en la ligazón de los Estados un conveniente mecanismo de gestión internacional. Afirmamos por este hecho y en la línea del pensamiento gramsciano que ***siendo la globalización una ideología, produce inevitablemente efectos políticos al interior de los Estados y que van en función de la gradualidad con que se manifiestan los cambios globales en el ámbito nacional, y a la estabilidad o consistencia política de los Estados en cuestión cuando el proceso de reconversión hacia lo global se dispara.***

Debemos señalar que la globalización en su perfil ideológico no es solamente una manera de percibir la realidad como también de transformarla de acuerdo a los propios fines. Se trata por la vía de este recurso ideológico de hacer compatible al mercado con los procesos políticos nacionales que dan consistencia a un esquema mundial de desarrollo. Aunque se contradigan las funciones económicas, políticas e ideológicas del mercado (del interés económico mundial de los grandes consorcios y de los importantes centros de decisión política en el mundo), existe la coacción de un complejo financiero global hacia los gobiernos nacionales en supuesta consonancia "con la recuperación del mercado interno" (control financiero, del déficit, de la deuda, etc.) que una vez institucionalizada crea nuevas reglas en el desempeño político y social *teniendo por base, en un sistema democrático, el consenso activo de los gobernados*, integrándolos por esta astucia económica a una política nacional funcional. La tarea de Antonio Gramsci será entonces demostrarnos que llegada a los Estados nacionales la necesidad de *globalizarse*, entendida esta tarea como una proyección del capitalismo nacional hacia lo internacional, una amplia labor ideológica para lograr el consenso activo de los gobernados se despliega desde el Estado fomentando el respaldo y apoyo social suficiente hacia dicho programa.

Así, tres son los puntos primordiales que enlazando a Antonio Gramsci con la globalización hacen y articulan el presente trabajo:

- i) Demostrar que la globalización es una ideología.
- ii) Cómo es que esa ideología produce efectos políticos.
- iii) Cómo esos efectos políticos son canalizados hacia la *oficialización* de un consenso nacional adquirido.

Como estudioso y militante por la transformación socialista, Antonio Gramsci asume que los momentos favorables de cambio en las sociedades capitalistas ocurren durante las fases críticas de reordenamiento superestructural que generalmente vienen acompañadas de una periódica reestructuración económica mundial como la que hoy presenciamos. Sin embargo como Giuseppe Vacca nos dice, las crisis así planteadas y de hace mucho "ya no tienen nada de catastrófico e ingobernable"¹, pudiendo el Estado arreglárselas en su tarea de control durante estos desequilibrios. La pregunta que Gramsci se hace al respecto y que orientará nuestro estudio en torno al impacto nacional de la ideología global es: qué amortigua las crisis en las sociedades capitalistas que estas no cambian decididamente sus rumbos políticos aún cuando inicialmente pretendían hacerlo, girando inclusive de último momento a favor del programa político estatal. Haciendo un recorrido atento por la evolución de las sociedades capitalistas Gramsci asegura como veremos, que es "la maciza estructura de las democracias

¹ Vacca, Giuseppe; *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980, 1ª ed; pág. 55.

modernas como organizaciones estatales y como complejo de asociaciones en la vida civil (las que) constituyen para el arte político trincheras y fortificaciones permanentes..”²

Es decir, Gramsci apunta a que las “democracias capitalistas” en sus momentos críticos y a través de la sociedad civil que les da soporte y las legitima, respaldan el proyecto de nación surgido a la iniciativa del propio Estado y que adquiere un consenso mayoritario tras un magno y sistemático despliegue ideológico. Respecto de otros grupos sociales alternativos medianamente organizados en los Estados capitalistas de los que el eco de un proyecto nacional no alcanza a ser mayoritariamente incluyente, la democracia se ha constituido por un principio de *control político* justamente en trincheras que resguardan “el fuerte estatal”. La eficiencia de este sólido baluarte político en el Estado capitalista durante los momentos de turbulencia estructural y/o superestructural es lo que lleva a Antonio Gramsci a elaborar su *Teoría de la Hegemonía* como una forma de dirigencia y control de los movimientos políticos que aspiran al poder estatal *bajo construcciones democráticas o de apoyo de una mayoría social*. En la perspectiva gramsciana ya no hay cabida para masas desorganizadas, de hecho, él considera que éstas ya no existen por cuanto viviendo a la sombra estatal adquieren juicios formativos predeterminados que fraguan “una falsa conciencia”, disponible de ordinario a los intereses políticos existentes y a las formas organizativas que sostienen toda esa construcción política y económica que ahora ve por un auge global.

Como el proyecto de validar el pensamiento de Antonio Gramsci precisa para sus fines de un espacio y tiempo concretos donde pueda descubrirse la apreciación teórica referida, hemos convenido en señalar para dicho objetivo *una etapa en la vida política de México durante la era global*, a saber, el periodo 1982-1994 que sin ser presentado a detalle, ilustrará muy bien en su generalidad el objetivo principal de nuestra investigación: demostrar que la globalización es un presuroso ideal de las *grandes finanzas* que necesitando la participación de los Estados y las burguesías nacionales involucra al desarrollo democrático mundial.

Dado que la principal línea de estudio de las Relaciones Internacionales está indiscutiblemente dictada por el contexto de la globalización y que ésta se desenvuelve básicamente como un fenómeno propositivo a la expansión del capitalismo hacia nuevos mercados, la justificación del presente trabajo estará fundamentada por los siguientes apartados:

1. - Adentrarnos al papel de la ideología en la era global:

Ideología y política son conceptos que se corresponden dentro de cualquier formación social. Dar por sentado que una etapa histórica anunciando “el fin de las ideologías” implicaría consecuentemente algo próximo a “el fin de la política” como el eje de las relaciones humanas es algo difícil de imaginar. Como entidad sociopolítica que

² Gramsci Antonio, op cit Giussepe Vacca; idem pág. 65.

estructura las relaciones sociales institucionalmente el Estado concentra instancias como la educativa y la jurídica que se encargan no sólo de difundir e imponer *cívicamente* un discurso que explica y legitima relaciones de dominio social, de poder, sino de establecer un sistema de valores socialmente codificado en el que por supuesto, descalifica acciones y discursos que atentan contra su orden e institucionalidad afirmadas en la democracia . (la pluralidad, la cívildad, la nacionalidad, etc.).

La era de la globalización plantea nuevos retos políticos a los Estados ante una nueva red de distribuciones de fuerzas, pero eso no puede pretenderse como la aniquilación de las relaciones que tradicionalmente han auspiciado la organización y el desarrollo de la sociedad. Al respecto el Dr. Dirk Messner nos dice:

*"...la globalización plantea nuevas exigencias a las sociedades nacionales, a los Estados y a la política. La democracia y el mando políticos siguen estando organizados preponderantemente a nivel nacional a la vez que los fenómenos transfronterizos y los problemas mundiales van ganando mayor importancia..."*³.

La globalización incide inevitablemente sobre la vida nacional pero precisa de la colaboración estatal y sus sociedades para alcanzar el ritmo eficientemente deseado. Los modelos que dan lugar a nuestra vida política, a nuestro ejercicio como ciudadanos, están delineados por preceptos históricos, nacionales y culturales adquiridos al paso de un devenir colectivo en un espacio geográfico delimitado. El principal reto de los Estados está en hacer confluír el proceso de globalización (ese acercamiento aparentemente gradual, natural, ordinario entre los Estados), con los proyectos nacionales variados y hasta dispares en el acontecer del mundo. En el marco institucional y para este fin existen ya instancias reguladoras reconocidas internacionalmente cuya labor hace hincapié en esquemas de desarrollo al interior de los países con el fin de acoplarlos reguladamente ese orden. En la definición de tales proyectos el Dr. Messner menciona que aspectos como el desarrollo de sectores económicos, empresas individuales, situación del empleo y desarrollo social, por ejemplo, *"ya no pueden delimitarse a nivel nacional"*. Este redimensionamiento hacia la esfera internacional que puede ir en contradicción con las decisiones nacionales de algunos países (p.ej. contravenir un presupuesto educativo en aras de una integración económica regional), obliga a redefinir el ejercicio estatal y la organización social ante la intensidad cada vez mayor de las interdependencias económicas, las relaciones comerciales y la influencia de las telecomunicaciones acordes al crecimiento y modernización mundiales.

A esta nueva proyección nacional orientada por estándares internacionales y a la que las sociedades nacionales se tienen que acoplar, Zaki Laidi como estudioso del fenómeno global la ha descrito como un asunto ideológico cuya normatividad persigue objetivos políticos muy claros:

³ Messner Dirck, "La globalización y el futuro de la política", pág. 27

“ la globalización se está convirtiendo en una ideología... una teoría del cambio social que está ocupando el lugar de las viejas ideologías en un intento por explicar el mundo a nivel global y donde el cambio social no puede tener lugar a nivel nacional”.⁴

Laidi nos dice que en la perspectiva global las transformaciones sociales nacionales, los rumbos políticos de esos conglomerados aún dentro de sus respectivos Estados democráticos, tienen que estar regidos por las determinaciones de ese contexto mundial que quiere eslabonarse. En el terreno formal la globalización no es el fin de la nación o *lo nacional*, sino del Estado nacional que no funciona hacia afuera y que decididamente tiene que integrarse a un sistema mundial de producción con aquello que *lo nacional* para tal efecto pueda de bueno aportar.

2. - El principio marxista que sostiene: “ el modo de vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general”.

Teniendo en cuenta la concepción marxista que orienta nuestro trabajo este postulado nos permitirá identificar, como veremos, el proyecto ideológico que enmarca el fenómeno global por cuanto responde a un claro interés económico. Como un nuevo estadio en el sistema de producción capitalista la globalización se manifiesta como un proceso que conlleva una transformación de la organización social tradicional consecuencia también de una reestructuración del sistema productivo mundial en aras de nuevos mercados para la inversión, lo que equivale a decir a nivel nacional que al modificar las relaciones productivas y sociales al interior de los Estados *deben estarse desarrollando formas de pensamiento consubstanciales a esa materialidad o base económica.*

Con miras a entender la globalización como una etapa más en la producción capitalista —producción económica y producción de costumbres- y la previsión que sobre ella el marxismo haría (tratando de adecuar ese carácter ideológico y económico a los fines de nuestro autor) tenemos la opinión del estudioso Heinz Dieterich:

“ Marx diferenciaba en el proceso de globalización del capital dos fases de expansión: la subordinación formal del planeta bajo el capital y su subordinación real. La primera se refería a la mundialización de la esfera de circulación del capital: la constitución y expansión del mercado mundial a partir del siglo XVI. En esta fase la apropiación del plusproducto global se realiza preponderantemente por el comercio acompañado por la extrema violencia del capitalismo

En cambio la subordinación real del planeta al capital acontece cuando éste extiende sus intereses productivos, extractivos y posteriormente industriales a todo el globo integrándolo a un sistema internacional de división y apropiación del trabajo cuyo corolario, es la globalización de la sociedad

⁴ Laidi Zaki, “El futuro de la política”, *Nexus* # 251, México, 1998, pág.44.

burguesa en todas sus facetas. La subordinación real del mundo bajo el capital hace vislumbrar una sociedad global basada en la información y la multimedia (ciberspace)...”⁵.

Como se desprende de la cita de Dieterich la globalización no es entonces en modo alguno un “capricho de la historia” o un proceso de evolución natural en la sociedad (y la vida estatal) moderna. Su aparición ateniéndose en sustancia a los cánones del mercado se encargaría de producir formas (de gobierno, de cultura, de pensamiento), *que respondan al interés primario de la burguesía para mantenerse como dirigente social universal.* Apoyándose en la ciencia y la tecnología como factores de expansión mundial la globalización universaliza la fuerza motriz de su etapa histórica como el vapor y la máquina, *revolucionaron* en su momento la expansión comercial. El alcance de los medios de comunicación a los que se suma la información ciberespacial y la reproducción virtual por computadora como voceros de las capacidades humanas, envuelven en un anhelado hábito de bienestar el interés de las masas por la proliferación de estos descubrimientos y las ideas que los originan. La globalización busca afanosamente crear un ambiente idóneo de consenso para la expansión progresiva del capital que de facto ya se realiza pero quiere evitar contratiempos.

Por lo anterior el objetivo principal de la presente investigación consistirá *en demostrar la vigencia de la ideología como instrumento de consenso y dominio en la era contemporánea y dentro de las estructuras democráticas como espacios de reproducción capitalista,* hecho que se evidencia en los momentos de coyuntura donde los grupos sociales aparentemente dispersos por falta de representatividad son reorganizados por el aparato estatal que en medio de dificultades, salva y consolida la posición de la clase social en el poder hasta lograr una consistente hegemonía necesaria para repetir un nuevo ciclo de estabilidad y producción.

Como indicábamos anteriormente hemos elegido una etapa en la vida política de nuestro país (1982-1994) para plasmar en ella los efectos de los momentos coyunturales en la representatividad política y cómo es que el aparato estatal respondiendo a esos embates busca consolidar su hegemonía asumiendo, dirigiendo, cooptando y combatiendo a los diversos grupos socio-políticos que se despliegan por su territorio. En ese recorrido veremos de acuerdo a nuestro autor:

- i) Qué factores internacionales propician esa inflexión en la hegemonía del partido de Estado.
- ii) La aparición de nuevos actores políticos durante la coyuntura.

⁵ Dieterich, Heinz; *La sociedad global*; ed. Contrapuntos y Joaquín Mortiz; México, 1996; 2ª edición, pág.61.

- iii) La conformación desde el Estado de un nuevo discurso ideológico producto de los cambios económicos y políticos que la crisis suscita.
- iv) La cooptación del ánimo y la participación social a favor de un ejercicio democrático regulado desde el Estado.

Junto a estas descripciones veremos cómo tal inflexión permite la promoción de actitudes “sin precedente” dentro de la vieja estructura política (el desacato corporativo de algunos sectores, la competencia partidista, la movilización social como indicio de participación ciudadana), y que ahora se desenvuelven entre el ideal de progreso y el del libre ejercicio democrático con la intención de acoplarse a nuevas instancias organizativas.

Un segundo aspecto particular a tratar será la previa descripción del contexto socio-político de la globalización en América Latina a fin de sentar un precedente y una referencia aproximada sobre la realidad que se aprecia dentro del subcontinente en lo que a este fenómeno respecta, situación que nos permitirá detectar características generales del proceso global en esta región y cuáles de ellas se vuelven trascendentes en el ámbito mexicano entendiéndolo también como “país modelo” dentro de esa proyección latinoamericana.

Como Francisco Piñón sugiere la obra de Gramsci es fundamentalmente “una reflexión sobre la revolución socialista dentro de los marcos de la filosofía y la política”⁶. Es decir, que el pensamiento de Antonio Gramsci no sólo contempla el bagaje teórico del marxismo como también la ardua labor práctica de la organización y la lucha social diseñada por V. I. Lenin en aras del socialismo ruso. En este sentido podemos afirmar que nuestro autor ha retomado a manera de suma y referencial teórico-práctico los siguientes preceptos socialistas:

- la operatividad y vigencia del materialismo histórico.
- el vínculo indisoluble entre la base económica y la superestructura en un modelo productivo
- la existencia del conflicto clasista como consecuencia de modelos económicos específicos
- en el capitalismo, el reconocimiento de la burguesía y el proletariado como clases antagonicas
- la funcionalidad del Estado como aparato coercitivo de la clase dominante
- el fin de la explotación social capitalista con la llegada al poder de la clase proletaria
- que el llamado a dicha revolución implica la instauración del régimen socialista.
- considerar en la tarea revolucionaria las dificultades tácticas y estratégicas propias a las relaciones productivas y sociales engendradas

⁶ Piñón, Francisco; *Gramsci: Prolegómenos filosofía y política*; Plaza Valdés editores; México, 1989, pág. 7

- la labor organizativa del partido como instrumento revolucionario de la clase proletaria.
- que el llamado a dicha revolución implica la instauración del régimen socialista.
- el combate contra el Estado como aparato de dominación ideológica.

Básicamente y tomando en cuenta los principales fenómenos que se suceden al interior de la base económica y la superestructura así definidas, quede esbozado nuestro contexto preliminar.

La principal aportación de Antonio Gramsci a la teoría y práctica del marxismo de acuerdo a Giuseppe Vacca está en elaborar una *Teoría de la Hegemonía*, afirmando con ella la necesidad de reelaborar y desarrollar la *filosofía de la praxis* “como una teoría de las superestructuras”, dicho en otros términos, Gramsci trata de enumerar factores teóricos dentro del marxismo y elementos culturales al interior de las naciones que al confluir en la órbita de los movimientos políticos alentados por la crisis permitan a la clase dirigente desplegar un consenso de vastas dimensiones. Esto, sólo podría lograrse con una labor organizativa previa que no deje a la espontaneidad de la crisis y la voracidad del Estado los rumbos políticos del descontento social. Al marxismo y a la cultura nacional diría Gramsci, les toca ganar adeptos políticos, gente que participe activamente en la promoción de un proyecto “nacional-popular” en el que la mayoría social por propia convicción se reconozca como parte integrante infaltable. Esta es la tarea de la ideología: *animar un proyecto político en el que converja toda la fuerza nacional posible mayoritariamente popular. O convocan los sectores populares o lo hace el Estado con su clase o grupo social en el poder.*

Como teórico de la política y de la revolución proletaria la preocupación central del pensamiento gramsciano ha consistido en fijar las condiciones necesarias para la transformación social de tal manera que toda acción política deba conducir a una concepción superior de la vida al recrearla y transformarla sin conformarse a un anquilosado determinismo. Francisco Piñón escribe:

“(según Gramsci) el conocimiento no es un conocimiento abstracto sino de un mundo recreado por el hombre mismo... lo que (Gramsci) critica no es la “objetividad” del mundo como sí la actitud meramente contemplativa, mecánica, interpretativa, de un mundo que se considera ya dado de antemano”⁷.

En términos políticos Gramsci sostiene que la mayor deficiencia de los sectores populares es su dificultad organizativa en todos los planos. Si un movimiento político no se organiza no trasciende y el Estado se mira beneficiado por el mantenimiento del “estado de cosas conocidas”. Cómo incentivar la participación política, la organización de los sectores populares que por convicción intelectual y moral, transforme la realidad cotidiana haciéndola suya. Contemplar no es apropiarse de las cosas y la historia no es

⁷ *ibid* pág.. 37

un contemplar acontecimientos. Para Gramsci el conocimiento adquirido, recreado y configurado en la *expresión cultural*, es indefectiblemente una herramienta crítica de la realidad. Para él la cultura es un bastión en tanto se identifica con una necesidad histórica de las clases mayoritarias pertrechadas por una "cultura moderna" excluyente y dominante: *en la lucha por una nueva sociedad debe perfilarse una lucha "por una nueva cultura" conatural a las variadas expresiones al interior de una nación*. La sería consideración de la cultura popular en la conformación de un proyecto transformador es además de útil, necesaria. Las crisis son momentos de transformación y en términos políticos, transformaciones que el Estado tiene que cooptar, asimilar, hacer suyas para mantener el orden que da lugar a las relaciones de dominio establecidas. La "nueva cultura" que sigue indefectiblemente a cada crisis es de raíz una propuesta democrática y un botín político de los grupos o clases en lucha. Vemos pues que los conceptos *Ideología, cultura, proyecto de nación, mayoría social y democracia*, son dentro de la perspectiva gramsciana aspectos de una misma cosa: un rumbo político dentro de la escena internacional:

" cada quien cambia a sí mismo y se modifica en la medida que cambia y modifica todo el conjunto de las relaciones en las cuales él mismo es el centro de la unión".⁸

El individuo capaz de liderar un bloque así surgido y motivado por la convicción intelectual y moral, es a quien nuestro autor califica de "intelectual", mismo que de verdad "hace caminar" a la sociedad sabiéndose producto *genuinamente cultural y políticamente especializado*: concretamente él representa una útil e indispensable unidad organizativa con facultades de dirección y de convocatoria: es en conclusión un ente político. Un sujeto así repetido por doquier ejemplifica "la filosofía de la praxis" sostenida por Gramsci. Alguien que sabe, aprende y enseña sobre la marcha y que en su multiplicada repetición genera dentro de la sociedad *una cultura o manera de hacer por todos conocida*. El principal respaldo de ese consenso social esta en la convicción de la mayoría en trabajar beneficiosamente *por un proyecto nacional común*, haciendo una labor de co-gobierno entre una representación política y ella como sociedad civil. El mérito de la hegemonía en la propuesta de Gramsci aquí presentada puede esbozarse así:

- i) como un poder político que aliándose con la sociedad civil quiere una transformación real, de fondo respecto del régimen hasta entonces conocido y ahora en crisis.
- ii) como un poder político desde el Estado que valiéndose del respaldo social busca legitimar sus actos, sus programas, sus propuestas, que no llegan a la transformación originalmente ofrecida.

⁸ Gramsci, Antonio; *Los intelectuales y la organización de la cultura*; Juan Pablos editor; México, 1975; pág.. 17.

Como teoría de las superestructuras la hegemonía contempla en una primera instancia el uso de la ideología como factor de dominio-dirigencia, precisando para ello de los intelectuales y una amplia red pública o presuntamente privada de función formativa, todo lo anterior con el objetivo de integrar consensos con otros grupos subalternos.

Tomando en cuenta el planteamiento original de nuestro autor las **Hipótesis Generales** que hacen al presente trabajo son las siguientes:

1. -Que el poder del Estado es hoy consensual antes que coercitivo, aspecto que se mantiene implícito dentro del pensamiento gramsciano y en nuestro contexto global.
2. -Que el discurso ideológico forma parte activa en la formación y consolidación de ese consenso
3. - Que en las etapas críticas el Estado para no perder el control político, pone mayor énfasis en la instrumentación ideológica y cultural *como elementos de consenso y cohesión social.*

Como **Hipótesis Subsidiarias** tenemos:

- a) Entender la globalización como referente ideológico de un proceso de reestructuración económica mundial.
- b) Que esa reestructuración internacional origina impactos políticos en la superestructura de los estados.
- c) Que el discurso ideológico global es el de integrar a las burguesías nacionales a la modernización de sus estructuras económicas y políticas de acuerdo a las exigencias de la regulación internacional.
- d) Que la lucha de clases es vigente y se desarrolla agitadamente en un terreno ideológico que persigue el consenso de la mayoría social.
- e) En esa lucha ideológica, el Estado promueve un magno y sistematizado despliegue que abogando por su interés dominante, publicita como un proyecto nacional incluyente y progresista.

En el estudio de la ideología, la cultura y el consenso *como elementos* que permiten explicar la obra de Antonio Gramsci, delimitaremos el grueso teórico de ese trabajo a estas tres unidades que oportunamente nos darán espacio para otras nociones aquí contempladas (bloque histórico, sociedad civil, organización, entre otros).

IDEOLOGIA

Por *ideologías* Gramsci hace una diferenciación entre "históricamente orgánicas" y "arbitrarias o racionalistas"⁹

Por *históricamente orgánicas* entiende aquellas que son necesarias para una cierta estructura tomando en cuenta "su validez psicológica", entendiendo por ello una facultad organizativa e interpretativa de las masas que conforman el terreno en el cual los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición histórica, luchan, etc.

En cuanto *arbitrarias* nos dice: "no crean más que movimientos aislados, individuales, polémicas que sin embargo no son del todo superfluas porque son como un error que contraponiéndose a la verdad, la consolida".¹⁰

En sus escritos sobre "el materialismo histórico" al comparar la religión con la ideología Gramsci concibe a ésta "como un instrumento de acción" sujeto a una reivindicación de corte ético-político, situación desarrollada por él en la filosofía de la praxis como la manera de concebir una cultura de masa capaz de operar unitariamente, es decir, "que tiene normas de conducta no solo universales en la idea, sino también *generalizadas en la realidad social*".¹¹

CULTURA

La cultura es el crisol ideológico dónde se funden prácticamente los varios niveles del pensamiento y la conducta socialmente adquiridos. Como mecanismo de transformación la cultura debe orientarse a una constante crítica de sí misma como parte de un espíritu progresista que la haga *moderna*. El "folklore" como manifestación de una realidad histórica superada resulta "asistemático, no elaborado", atrasado respecto al desarrollo alcanzado por la humanidad y que por ello se asocia "a la extravagancia". Como un instrumento de progreso la cultura no debe ser un *folklorismo permanente*, según Gramsci "es organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la propia personalidad, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes".¹²

La cultura como factor de transformación social debe conducirnos y manifestarse como una superior condición de vida y de sociedad.

⁹ Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975; pág., 58.

¹⁰ *ibid*

¹¹ Gramsci Antonio en *Antología*, Sacristán Manuel, Siglo XXI; México, 1978, 4ª edición, pág. 54

¹² *ibid* pág., 15

CONSENSO (HEGEMONIA).

El consenso como característica primordial del poder político en la sociedad moderna está contemplado por Gramsci en la definición del concepto *hegemonía* (dominio + dirigencia, consenso + fuerza).

El poder político ya en el Estado o en la perspectiva de una clase por alcanzarlo, tiene el problema de su naturaleza y operativo de que no es la apropiación física de la función de mando lo que garantiza su valla. En sus notas "*el problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia*", nuestro autor sostiene que la supremacía de un grupo social sobre los demás se manifiesta por dos vías:

- i) como dominio o sometimiento (renuncia cabal a la posibilidad de consenso).
- ii) como dirección moral e intelectual (se es dirigente de los grupos afines o aliados, o sea, de aquellos con los que se ha logrado consenso).

Decimos que el poder político descansa en el conjunto de las relaciones subalternas que lo determinan y lo sustentan. Existe aquí una correspondencia evidente entre la lucha por el poder descrita por Marx y el perfil hegemónico señalado por Gramsci:

"Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo, esta es una de las condiciones principales para la conquista del poder".¹³

Gramsci escribe: "ya con el poder en las manos se hace uno *dominante*, pero se tiene que seguir siendo *dirigente*".¹⁴ Digamos que la particularidad de la Hegemonía está en su eficacia ideológica que es *directamente proporcional a la eficacia política*.

Para entender de la mejor manera la propuesta política de Antonio Gramsci hay que entender primero su tiempo histórico y su espacio cultural. *¿Ha sido el fascismo una ideología o una cultura?* Desde la perspectiva gramsciana ideología y cultura son, como producto de una necesidad histórica, *fenómenos correspondientes*.

Como ideología el fascismo permitió la instrumentación de un proyecto económico clasista impulsado por la pequeña burguesía "pero siempre al servicio de la gran burguesía". En su opinión Giorgio Granata ve este suceso como una "*contrarrevolución preventiva*"¹⁵ donde el espíritu público trata de captar el apoyo de las masas populares para el Estado. El corporativismo es en este caso el ejemplo claro de tal movilización en

¹³ ibid pág.. 486

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Op cit Piñón Francisco; *Gramsci: Prolegómenos filosofía y política*; Plaza Valdés editores; México, 1989, pág.. 101.

la que los industriales "falsamente privados" comparten y constituyen el proyecto de una sociedad nacionalista italiana.

- La ideología nacionalista

El origen del fascismo esta definido por muchas aristas las cuales sin embargo se reconocen en una crisis moral de la sociedad, lo que contrae marcadas repercusiones políticas. En esta tónica el fascismo ha sido expresión de crisis en la representatividad política.

De acuerdo con L. Bissolati el nacionalismo que sustenta al fenómeno fascista "*es la fuerza reaccionaria que aprovecha el sentimiento nacional para sus propios fines*"¹⁶ ¿Ante qué reacciona la clase burguesa italiana? Ante la incertidumbre que se refleja en la agitación popular a punto de desbordarse y que por ello debe ser canalizada. En su descripción sobre la sociedad italiana de aquél periodo, Salvatorelli nos habla de la pequeña burguesía —quien encendió y propagó el discurso nacionalista— como poseedora de la llamada "cultura general", una mezcolanza libresca transfigurada en sentimientos patrióticos exentos cabalmente de sentido crítico:

*"...de ahí su tendencia a la afirmación dogmática, a la credulidad, a la exaltación en el gesto y en la palabra usurpando el lugar de los hechos y las ideas, al fanatismo por fórmula indiscutida e indiscutible".*¹⁷

Como formulación ideológica el nacionalismo en cualquier etapa histórica subleva a una cultura carente de autoridad, satisfaciendo con ruido y color el prejuicio de superioridad moral ávida del cesarismo:

*"El Cesarismo es el resultado justamente de una crisis de autoridad, de hegemonía, de consenso, del Estado en su conjunto que cuando no encuentra una solución orgánica, recurre al líder carismático y todos, conservadores y progresistas, demuestran que tienen necesidad de un patrón".*¹⁸

Ante la ausencia de una cultura nacional popular en la Italia de la posguerra el fascismo y la burguesía reaccionaria aplauden todas las retóricas menos una: la del socialismo. Los nexos del fascismo con la cultura italiana están dados por el nacionalismo como recurso total. Existe lo que Bobbio ha llamado una "fascización de la cultura": un despliegue cultural desde aparato político en beneficio de la propia consolidación estatal.

¹⁶ Op cit Piñón, idem pág. 74.

¹⁷ Idem pág. 73.

¹⁸ Macciocchi María Antonieta; *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980, 1ª ed; pág. 124.

consenso (hegemonía)

Como ya hemos dicho el fascismo es también expresión de crisis de Estado, de una crisis política cuyo trasfondo es la representatividad. Esto acusa una de las principales preocupaciones de Gramsci en el desarrollo de su obra, a saber, una teoría de las instituciones políticas mucho más urgente que una filosofía sobre las mismas:

"He aquí la principal derrota del Partido revolucionario Italiano: no haber tenido ideología, no haberse comunicado con las masas, no haber fortalecido la conciencia de los militantes... ¿cómo podemos extrañarnos entonces de que algunos obreros se conviertan en fascistas?..."¹⁹

Como forma desarrollada de lucha de clases Gramsci ha visto la Hegemonía como un acto en que la escindida y dispersa sociedad civil que integra las democracias capitalistas se alía y organiza para ligar con su mediación la crisis entre la sociedad económica y la sociedad política. Esta mediación y la manera en que ella se ve perturbada no es inmediata, estando constituida por una serie de relaciones formativas que modifican la iniciativa política de los sectores sociales. De esta manera la estrategia estatal y la alternativa revolucionaria están en conquistar las trincheras de la sociedad civil dentro de la estructura democrática, de allegarse a la pequeña burguesía capaz de enfilarse el movimiento con su apoyo hacia un transformador alcance nacional. De esta lucha por el consenso democrático en la Italia fascista, Piñón nos dice:

" después de 1910 el lenguaje nacionalista, sin marginar ni olvidar los intereses de la burguesía, proponía el lenguaje de la solidaridad. De aquí en adelante (los nacionalistas) empezaron a hablar un lenguaje "político": todas las clases de la nación italiana debían unirse en un pacto social..."²⁰

La era global.

Por principio es necesario convencernos en la óptica aquí manejada de que la era global es un nuevo estadio del sistema capitalista en su trayecto de expansión comercial por el mundo. Las proyecciones ideológicas y de cultura que ella anuncia son formas consubstanciales a dicha expansión, es decir, canales de aceptación social que miran ese desenvolvimiento como algo *natural o consecuente dentro de la propia realidad* en la cual las relaciones sociales cobran forma. En sus "elementos de política" Gramsci alude a un punto primario de nuestra realidad que es contradictorio en una era de *alcance global*: existen gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos, como una consecuencia histórica pero *¿se quiere que siempre existan esas diferencias o se trataría de atenuar y desaparecer esa división?* Sin que nos ocupe aquí esa discusión debemos comenzar por ese hecho para evaluar el concepto de Hegemonía en la

¹⁹ op cit Piñón Francisco, ibidem, pág. 101

²⁰ idem pág. 325

sociedad moderna y bajo qué tipo de relaciones políticas nos estamos *globalmente* desempeñando:

"el Poder en el mundo moderno o el moderno Príncipe en la teoría política gramsciana no es fruto tan solo de una relación mecánica entre gobernantes y gobernados como si estos fuesen entelequias sin mediaciones... el Poder es fruto de una sociedad con historia, de una especie de "voluntad colectiva..."²¹

Una *voluntad colectiva* que la ideología que hace al poder no puede dejar a su libre arbitrio. La ideología, la política y la cultura nacional hoy como ayer siguen formando parte de las relaciones entre los Estados y al interior de los mismos sin excepción. Las luchas sociales en cualquiera de sus etapas históricas no han sido consecuencia mecánica de una naturaleza intrínseca sino de la confrontación por implantar formas de dominio específicas y diferentes a formas de organización ya establecidas. Para Antonio Gramsci el momento histórico del fascismo descubrió una reestructuración de las relaciones entre el Estado y la sociedad, entre la política y la economía, que permitían salvar con mucho decoro los escollos de las depresiones en torno a la vida nacional y estatal, hecho que permite acercar análogamente esta perspectiva a las características centrales de nuestra época crítica.

²¹ idem

I.- ANTONIO GRAMSCI Y SU CONCEPCIÓN DE PODER POLÍTICO.

I.- El problema de la hegemonía.

Hubo un tiempo en el origen de la sociedad señala Lenin en que no existía el Estado. A su decir, pocos estudios en la corriente del pensamiento moderno han dado lugar a tantas confusiones en la ciencia, la filosofía, la jurisprudencia, la economía política y el periodismo como las que el estudio del Estado origina. Discusiones que como árboles extendiendo sus ramas no pueden por ello escapar a la raíz que los sustenta.

En esta enramada capitalista la esencia del Estado ha sido definida invariablemente por la burguesía como expresión popular, conclusión oportunista según los socialistas quienes ven en aquella construcción un instrumento de la clase dominante para imponer su interés por la vía de la ley y de la fuerza. Pero cabe preguntarse ¿ ha sido únicamente la fuerza el elemento de cohesión social y estatal en el decurso de la historia capitalista?

Según María Antonietta Macciocchi el concepto de hegemonía representa el aporte esencial de Antonio Gramsci a la teoría del marxismo. Desde el punto de vista etimológico ella hace los siguientes subrayados:

"...(hegemonía) deriva del griego egestia que significa conducir, ser guía, ser jefe; y del verbo eghemoneu, que quiere decir preceder, conducir, lo que da por definición "ser jefe", "mandar", "dominar". Con eghemonia el griego antiguo designaba el mandato supremo de los ejércitos".¹

Para Gramsci el concepto de hegemonía surge en su discurso justo cuando el mundo capitalista mira con desconfianza el auge despertado por la Revolución de Octubre y la ampliación del margen hegemónico inaugurado por el Estado socialista, mismo que ha pretendido consagrarse como una avanzada mundial en la promoción de su propio consenso (hegemonía proletaria) desfavorable a los intereses de la conocida *democracia occidental* (hegemonía burguesa). En el terreno político nuestro autor ha logrado expandir el vocablo más allá de su ordinario uso de liderazgo asignándole posibilidades teórico-prácticas que lo asocian ya con la caracterización del Estado dominante sugerido por Lenin o, como la lucha revolucionaria lo plantea en su labor de alternativa política, como un objetivo primario en la consecución de la toma del poder por parte de la clase obrera. En cualquiera de sus manifestaciones el Estado moderno debe

¹ Macciocchi, Ma. Antonietta; *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980; 1ª ed; pp. 148.

nacer del consenso como genuina expresión de su propio desarrollo. Es por esto que el concepto de *Hegemonía* en Gramsci, estableciendo bases descriptivas sobre el funcionamiento del Estado y la vida política modernos, cifra esta operatividad en dos momentos o etapas características en el ejercicio del poder: el de consenso y el de la coerción.

Consenso y coerción son términos que nuestro autor tomó de Maquiavelo considerándolo como una de sus fuentes políticas principales. Como pionero del pensamiento político moderno Maquiavelo veía a la política como una actividad soberana e irreductible respecto de la moral y la religión argumentando que nada hay por encima del Estado:

*"debes entender que hay dos formas de pelear, mediante la ley o mediante la fuerza. La primera es natural al hombre y la segunda a las bestias. Pero siendo que la primera a veces resulta ser inadecuada se necesita tener el recurso de la segunda. De modo que el príncipe debe entender cómo emplear bien a la bestia y al hombre. Todos los príncipes deben saber cómo actuar de acuerdo a la naturaleza de ambos ya que de otra manera no pueden sobrevivir (en alusión a la imagen mitológica del centauro y el arte de gobernar)".*²

De acuerdo con E. Betances, Gramsci usaba el término *consenso* en el sentido maquiavélico indicando con ello la aceptación legítima necesaria que un grupo dirigente dentro de las democracias capitalistas debe tener para poder gobernar. Traer a Maquiavelo en estos análisis es insistir en esa doble función estatal. De esta manera *consenso* sería entonces el equivalente a *hegemonía* en un estricto sentido dado el afán por un *gobierno ideal*. En una segunda aserción y según este autor la experiencia revolucionaria de Gramsci había detectado dos rutas que el desarrollo de la hegemonía dentro de los bordes del Estado italiano podía tomar y que eran perfectamente aplicables a cualquiera otra institución estatal burguesa: *el transformismo y la hegemonía expansiva*.

i) **Transformismo**.- Se refiere al método usado por el Partido Moderado Italiano durante la época del *Risorgimento* para asegurar su hegemonía sobre las fuerzas que luchaban por la unificación. Esta representaba una absorción gradual pero continua, lograda por métodos que variaban en su efectividad de los elementos activos producidos por grupos aliados y aún por aquellos que provenían de grupos antagónicos. Esta era, nos dice Betances, una forma *bastarda* de hegemonía y el consenso que se obtenía era un consenso pasivo. *Las masas eran excluidas de la participación política para prevenir que opusieran sus intereses políticos a aquellos de la clase dominante*. Esta es la esencia de dicha acción política.

² Maquiavelo, Nicolás: *El príncipe*; Ediciones Leyenda, México, 2000, 2ª edición; pág. 75.

ii) **Hegemonía expansiva**. - En contraste con la ruta anterior, la hegemonía expansiva consiste en la creación de un consenso activo y directo resultado de una adopción genuina de los intereses de las clases populares por parte de la clase hegemónica o dirigente, en este caso la clase proletaria, lo que daría lugar a la creación de una "voluntad nacional popular" auténtica y legítima.³

Estas formas hegemónicas están circunscritas para su despliegue óptimo a la capacidad de la clase dirigente por promover y reproducir su propio referente ideológico que deberá llevarla en la competencia política al control estatal y mantenerla ahí mientras ese respaldo mayoritario exista. Comparativamente, la hegemonía que cualquier clase puede establecer antes de tener el poder estatal es por regla general muy limitada al no poseer los recursos de dicho aparato en la tarea expansiva. La clase que está en el poder o que desea adquirirlo debe representar para la realización de sus fines políticos la fuerza *más hegemónica posible*, la de mayor consenso, llevando así a la clase antagonica a una situación de competencia política insostenible. En el ascenso de una nueva ideología dominante llamada por Gramsci *revolucionaria*, el Estado deberá ser utilizado para proyectar esa hegemonía, *ese capital político* hasta su más amplio horizonte logrando con ello la formación de una cultura revolucionaria diferenciable respecto del pensamiento capitalista y acorde a una reestructuración política y social necesaria. Una reestructuración de tal alcance – independientemente de su línea ideológica y que viene a emparentarse con esa forma de *hegemonía expansiva* descrita para la voluntad nacional-popular - sería revolucionaria por mera consecuencia: una revolución debe entenderse dentro de estos marcos *expansivos* como la voluntaria organización de un consenso que no es del Estado o bien, como la manifestación del consenso que al Estado y a su clase dominante les viene a faltar, los rebasa y los cuestiona.

Gramsci ha señalado que una de las más hondas dificultades del marxismo radica en su trato estructural irrenunciable con un bajo nivel cultural y educativo de las masas que en los altibajos propios de su necesaria organización deben combatir simultáneamente las ideas de las clases cultas, es decir, para dar batalla a la ideología dominante deben primero adquirir conciencia de su "bajo nivel organizativo y/o cultural" en el terreno mismo de las ideologías encontradas. La concientización, la apropiación del yo, se adquiere en última instancia en el terreno de la ideologías y es aquí donde hoy lo político adquiere su importancia. Hegemonía y concientización son momentos de estricto orden ideológico, situaciones que se consolidan en la acción colectiva y sólo en ella demuestran su potencial político. De acuerdo con lo anterior para la clase obrera liderar un movimiento político apto para tal tarea revolucionaria no es cosa fácil cuando, saturados de producción fabril, lo suyo no ha sido la crítica ni la organización social...

³ E. Betances; *Filosofía y Política en el pensamiento de Gramsci*; ediciones de cultura popular; México, 1ª ed; 1988, pp. 270

"...se requiere de un periodo de acciones y reacciones , de coincidencias y separaciones y el crecimiento de numerosas y complejas formaciones nuevas. Es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica en continua pero desorganizada expansión , incapaz de ir más allá de cierto nivel cualitativo que permanece sin embargo todavía por debajo del nivel de su posesión del Estado y del verdadero ejercicio de la hegemonía sobre toda la sociedad que es la única que permite cierto equilibrio orgánico en el desarrollo del grupo intelectual"⁴

En esta búsqueda por la alternativa política e ideológica el poder del Estado representa algo más que la detentación física y visible de la autoridad clasista. En Gramsci es también la oportunidad de construir partiendo de una nueva actitud, de un nuevo ciudadano, de una nueva sociedad en la que los individuos se autogobiernen " *sin que su autogobierno entre en conflicto con la sociedad política sino más bien se convierta en su normal construcción, su complemento orgánico*"⁵

Transformar la política, transformar al Estado, es un camino que se inicia con la transformación ciudadana. El autogobierno de los individuos sería consecuentemente *el autogobierno de la sociedad*. La labor destinada al proletariado desde la perspectiva gramsciana consiste en lograr que la política en su uso de dominio decrezca y que la política en su uso de autogobierno (en el que cada cual actúa conforme a la propia responsabilidad social e individual conscientemente adquirida) se vuelva una norma cívica. Evidentemente esta intención de quebrar la maquinaria estatal se enfrenta con el lado anverso de la lucha hegemónica: las instituciones estatales insistirán en activar los instrumentos e instancias de consenso que gobiernan en la sociedad civil, logrando por esta vía proteger el máximo de terreno político ya adquirido. Una hegemonía expansiva priva al Estado burgués conservador de su ejercicio dominante. Si él requiere para sus fines político-económicos de un gobierno *popular* éste debe pasar por el tamiz *transformista* para no expandirse más allá de la necesidad conservadoramente específica. La lucha de la clase obrera por el poder estatal ha de ser en esta perspectiva sólo un escaño hacia el tránsito por una sociedad en la cual la coacción del Estado como sustento de la política ya no sea necesaria. Pero con todo, esto no es el punto crucial de la política gramsciana al no existir un definitivo "antes" o un definitivo "después" del momento de la toma de poder. Lo que existe es un trabajo previo y constante respecto de ese suceso. En el parecer de nuestro autor la lucha política antes de alcanzar el poder es una lucha por algo cualitativamente diferente del conservadurismo que hace a la sociedad burguesa presa del sentido común. No se trata simplemente de implementar en ella reformas *transformistas* que hagan a la sociedad en cuestión 'evolucionar' en medio de libertades e igualdades presuntas en tanto que la toma del poder ofrece *de facto*, el máximo potencial para la expansión cultural y hegemónica capaz de revolucionar a ese conjunto. A la clase proletaria le toca definir la forma y el contenido políticos de ese Estado para adecuarlo al objetivo de

⁴ Showstack, Ane; *ibid* pág. 143.

⁵ *ibid* pág. 144.

transformar el conjunto social: la revolución es así y entonces un asunto donde el carácter cultural siempre está presente propiciando el advenimiento de nuevas formas políticas para los gobernantes y los gobernados urgidos todos como insalvable necesidad histórica de esa expresión popular.

1.1) Estado dominante y lucha política.

Transformismo y Hegemonía expansiva son, partiendo de la dosis de consenso que los anima, dos episodios factibles en la vida democrática de cualquier Estado capitalista vigentes aún en la era global. Las masas como desglosaremos más adelante entran en la vida política de sus países orientados por la lógica transformista de sus gobiernos, o buscan la inclusión de su propuesta política-popular en la conformación de un amplio frente denominado con propiedad *nacional-popular* que en la vindicación de *su quehacer popular*, puede re-evolucionar el entorno capitalista del orden de cosas conocido.

Tanto en la percepción de Gramsci como en la de Lenin la médula revolucionaria de una época está definida por la lucha que las masas libran contra las formas estatales de organización aún vigentes (suponemos que un conflicto revolucionario se desenvuelve en una fase crítica, de cuestionamiento institucional, por eso existe la oportunidad de su levantamiento) y contra el Estado mismo. Sin embargo no puede perderse de vista que una época así llamada *revolucionaria* no puede surgir de la nada ni producir la conciencia clasista de un grupo social por mero decreto proferido ya por la voz de un líder carismático o una camarilla insurrecta. Una etapa histórica así reconocida habría procurado ya en el espíritu de los hombres el deseo acaso mínimo de tratar de cambiar sus circunstancias confrontándolas con quienes en tal estado de cosas, toman la existencia como buena o llanamente como es. En este punto podemos darnos cuenta de que una revolución social y política no trata supinamente de querer romper algo y baste con repetirse caprichosamente qué es aquello que debe ser roto para lograr así el fin de la explotación capitalista. Como Nicos Poulantzas señala " *los marcos del Estado capitalista deben ser por principio combatidos en su esencia específica*".⁶ Concientización y Transformación son entonces aspectos subsidiarios de una misma cuestión ideológica: cuando los hombres *reconozcan* las causas de su explotación *en cualquiera de sus formas* y sepan *bajo qué circunstancias pueden convenientemente combatirla*, entonces podrán enfrentarla exitosamente, antes no y sus logros históricamente no trascenderán. Para que una sociedad modifique aceleradamente su ritmo de vida consagrado al paso lento del tiempo precisa oportunamente de un aliciente cuyo trasfondo se reconozca en convicción no individual sino general, colectiva. Para alentar la llegada de una época revolucionaria habría primero que conocer y entender

⁶ Poulantzas, Nicos; *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*; Cuadernos de pasado y presente; México, 1985, 6ª edición; pág.32.

con suficiente claridad lo que se quiere cambiar: qué es el Estado capitalista, cómo actúa, porqué se comporta de esa forma., etc.

Lenin nos dice:

"La historia demuestra que el Estado, como aparato especial para la coerción de los hombres, surge solamente donde y cuando aparece la división de la sociedad en clases, o sea, la división en grupos de personas, algunas de las cuales se apropian permanentemente del trabajo ajeno donde unos explotan a otros".⁷

Es la división de la sociedad en clases, espacio donde históricamente los conflictos de la heterogeneidad social no han hallado solución, donde el Estado se perpetúa. La noción de un aparato especial coactivo es lo que Lenin había identificado como la base del Estado dominante (el que oprime, el que sojuzga) y que se vuelve un instrumento indispensable en los regímenes sustentados por la explotación. Cuando Lenin nos dice *que hubo un tiempo en que no existía el Estado*, quiere decir que los vínculos generales de la sociedad estaban coordinados por una disciplina y organización tradicionales en las que no existía un grupo o categoría de hombres especializados en gobernar.

Refiriéndose a la historia de la humanidad Lenin sostiene que hubo de abarcarse en esos centenares de siglos "gran cantidad de formas políticas, de doctrinas políticas, de opiniones y revoluciones" que amén de su nivel de agitación dieron siempre lugar al surgimiento de un nuevo grupo de hombres privilegiados, de un nuevo Estado y en suma, de una nueva forma de dominio:

"Este aparato, este grupo de personas que gobiernan a otros, se apodera siempre de ciertos medios de coacción , de violencia física, ya sea que esta violencia sobre los hombres se exprese en la masa primitiva o en tipos más perfeccionados de armas ...los métodos de violencia cambiaron pero donde quiera que existió un Estado , existió en cada sociedad un grupo de personas que mandaban, gobernaban, dominaban , y que para conservar su poder disponían de un aparato de coerción física, de un aparato de violencia, con las armas que correspondían al nivel técnico de cada época".⁸

El Estado dominante en su forma integral , completa, y no sólo en aquella que se reduce a su forma básica de drasticidad, contempla el convencimiento y el consenso social como vías de control que paradójicamente desembocan en una colaboración, es decir, el Estado y su clase social en el poder promueven el acercamiento con sectores sociales con cuyo consenso una vez garantizado puede disuadir cualquier antagonismo o intento de motín que cuestione las relaciones económicas, sociales o políticas existentes sin incurrir, por ello, en una delatora acusación sobre el uso exclusivo del poder que la clase dominante posee para atender los momentos críticos de su desempeño en la

⁷ Lenin, Vladimir I; *Sobre el Estado*; Ediciones en Lenguas Extranjeras; Pekín, 1975, 2ª edición *ibid* pág. 20.

⁸ *ibid.* pág. 11.

explotación. La explotación se justifica en razón de un privilegio social y éste, no puede reconciliarse con la igualdad entre los hombres, con su libertad. El consenso así logrado e integrado a la forma de dominio hace de la coacción algo secundario en una suerte de 'autogobierno ciudadano' sustentado en la libre y consciente aceptación de acuerdos sobre la constitución del régimen bajo el cual ellos construyen su proyecto de vida y de nación ideal, dando por este medio a la sustancia estatal mayor consistencia. En este marco no es la sociedad la que elige libremente y de acuerdo a sus necesidades sus modelos de convivencia y desarrollo, es la clase dirigente a través del aparato estatal quien le infunde esas decisiones aparentemente propias. El autogobierno ciudadano es así pura ilusión precisando de gendarme.

El consenso, añadidura retrabajada y refinada por Antonio Gramsci, ha sido suficiente para ampliar a plenitud la discusión en torno a la base estrictamente coactiva del aparato estatal. Debe señalarse que no se está hablando de contradicciones o apreciaciones distintas a las de Lenin y que hayan desaparecido: para Gramsci el Estado en cualquiera de sus manifestaciones es una dictadura de clase. La apuesta que incita este distingo no es como puede notarse un desentendimiento a la teorización previa. Gramsci no niega la llamada naturaleza de clase que Marx hubo reconocido al desempeño estatal pero descubre en la práctica del agitado ambiente italiano-fascista ciertas situaciones o fenómenos políticos que sin llegar a cuestionar las investigaciones de sus antecesores, las amplía. Nuestro autor estaría abogando entonces por reconocer, teorizar y profundizar sobre un dimensionamiento de la práctica y de la lucha políticas hasta entonces contempladas y que habían sido abordadas por regla general en una disposición lineal e inmediata acerca del fenómeno estatal:

"Mientras que en la antigüedad el Estado es la sociedad, la sociedad de esclavistas, su comunidad, y se halla directamente identificado con ella y en la época medieval, el Estado es el señor feudal y el poder del Estado se identifica directamente con sus huestes armadas, en la época moderna el Estado es algo diferente de la sociedad, un poder aparte, ... (que se impone) como el interés general de toda la sociedad".⁹

La característica primordial del Estado moderno respecto del modelo feudal podemos encontrarla en la supresión jurídica del dominio y la explotación que éste origina lo que da, por solución, la libre determinación de los ciudadanos para encontrar y definir sus propios rumbos políticos. Colocado fuera de la sociedad como una instancia rectora, un poder aparte de la serie de conflictos provocados por el llamado interés individual, el Estado burgués modera las querellas entre las partes solucionándolas justamente conforme a la ley, misma que expresa desde su codificación el interés de la mayoría social por finiquitar los privilegios y pugnar por la igualdad que el nuevo orden ha tomado por consigna. En ambos planos de la vida estatal (velar por un interés público y conciliar intereses privados) los principios de orden y libertad son los que rigen el

⁹ Córdoba, Arnaldo; *Sociedad y Estado en el mundo moderno*; Grijalbo, México, 1984, 13ª edición, pág. 44.

discurso de la clase burguesa. Se puede nacer rico o pobre, en la ciudad o en el campo, con una religión o con la otra, los hombres pueden actuar a conveniencia con la condición de respetar el marco de la ley y no transgredir la estructura social y política hasta entonces lograda. Al Estado burgués final y subrepticamente lo que le interesa en tanto que instrumento de clase es su beneficio político y el mantenimiento del mismo, para él la lucha clasista que ha sido una realidad innegable debe ser contenida desde su germen que si no puede erradicarse se le tratará entonces de aletargar en su crecimiento. Un Estado, un poder político, no puede operar en medio de conflictos que son su negación. Para el Estado, sojuzgar es un acto natural que se explica consecuencia de un atributo histórico. Abiertamente y a la luz de todos el Estado moderno anula por decreto de ley las diferencias sociales, de cultura y de nacimiento. Las diferencias entre los hombres ya no serán entonces originalmente políticas, producto del privilegio que la casta o la sangre otorgan: ante ese marco jurídico, ante el Estado, ante la decisión de la voluntad popular por hacer del estilo de vida burgués un ideal de persona y de nación, la inequidad se termina; la ciudadanía ordena, el Estado juzga.

Lenin escribe:

“¿Es el Estado en un país capitalista, en una república democrática-especialmente en una república como Suiza o Norteamérica -, en las repúblicas democráticas más libres, la expresión de la voluntad popular, la resultante de la decisión general de un pueblo, la expresión de la voluntad nacional, etc., o el Estado es una máquina que permite a los capitalistas de esos países conservar su poder sobre la clase obrera y el campesinado?”¹⁰

El propio Vladimir Ilich responde a su cuestionamiento: la dominación existe 'pero sus formas pueden variar', y es justamente en ese ámbito de la formalidad donde Gramsci ambienta su historia. Si el Estado moderno y democrático mantiene su sitio para conciliar intereses o pugnas sociales es una contradicción evidente el que albergue la explotación y desigualdad capitalista. El marco jurídico es el paliativo de esa contradicción al sumir la sustancia de los hechos, la explotación, en algo que se justifica y resuelve dependiendo de las formas. En la forma se escuda la permanencia de la explotación anunciada por Lenin y en su recrudescimiento la evidenciación junto con los mecanismos de control con que gradualmente opera toda la maquinaria estatal.

Así y como parte integrante de la sociedad civil en la cual se desenvuelve presa de una falsa conciencia social, el hombre es fundamentalmente hombre desigual. Según se le ha hecho saber él es producto peculiar de su propio arbitrio estando en juego facultades físicas y espirituales de las que nadie más puede dar cuenta. Su vida es, cabalmente, vida individual y de ahí en adelante. Como ciudadano, como sujeto que participa en la vida pública, es un individuo igual a los demás gozando de los mismos derechos y limitaciones establecidas por la afectación a terceros; esta ha sido la determinación de la ley:

¹⁰Lenin, Vladimir I; *ibid*, pág. 20.

"(al hombre) ..si se le observa solamente como propietario en la esfera del derecho y del Estado es tan igual como todos los propietarios, pues en esa esfera se le contempla tan solo como titular del derecho abstracto de la propiedad, pero en cuanto poseedor real de la riqueza es fundamentalmente desigual, pues el presupuesto real de la propiedad dedicada al intercambio mercantil (en la sociedad burguesa) es la desigualdad de las fortunas"¹¹

Constituidos al margen de ese poder aparte que significa la vida estatal y forjados al calor de la realidad burguesa los hombres libres se relacionan y norman sus conductas. Dinero y cultura dice Marx son los criterios principales que hacen girar sus cotidianos círculos. Mientras los sujetos se vean compelidos a entablar una lucha común dada la afectación de sus intereses privados (v.g. el derecho de tener y el derecho a elegir de entre lo existente) ellos no constituirán una alternativa de cambio a su desintegración. Validando su entorno ellos nunca se constituirán como una avanzada política, es decir, no estarán conscientes de que en la vida pública están ineludiblemente llamados a agruparse y diferenciarse en torno a una clase social que represente sus genuinos intereses hasta ahora dictados por el Estado y la dominación que desde él paulatina y eficaz se ha venido ejerciendo. La ideología burguesa y el capital hacen hoy el grueso de la conciencia social.

1.2) Poder político y consenso social.

Si haber sido suprimida de la evolución económica y política de las sociedades la lucha de clases que aún se libra al interior del Estado burgués se desenvuelve acaso menos álgida, menos abrupta, falta de sensacionalismo, en el terreno de las ideologías.

Como Marx lo había señalado toda clase social que aspire a implementar su dominio tiene que empezar necesariamente por conquistar el poder político ampliando los alcances de su ideología de clase buscando consensos. Antes de llegar a este momento es conveniente plasmar la trayectoria que da lugar a esa forma de poder y que se inscribe justamente en la concreción del Estado así llamado político.

Las ideas de justicia, de libertad, de sociedad justa o de sociedad igualitaria que orientan nuestra perspectiva histórica no son un hecho fortuito en el devenir que hoy nos contempla. El Estado moderno que conocemos, el Estado capitalista, ha visto la luz de su nacimiento partiendo de un acuerdo de voluntades referido como *voluntad general*:

¹¹ Córdoba, Arnaldo; *ibid* pág. 257.

*"No hablamos ni siquiera de una determinación celestial a la cual los hombres debieran de sobreponerse y acoplarse, antes bien, se trató de erigir una construcción racional que la sociedad se permitía por propia necesidad, conciencia y por sobre todo, por propia voluntad...No ha sido Dios quien ha organizado a la sociedad. Han sido los mismos hombres; el hombre precede a la sociedad, el la organiza y le da contenido, ésta, es su creación..."*¹²

Siendo la sociedad tras su extenso recorrido al fin libre en su arbitrio y dado que puede organizarse sin atender consideraciones naturales o divinas que la limiten en su desarrollo ella, por mutuo acuerdo con las partes que la integran, concede al Estado existencia y vida propias a condición (y aquí radica la principal aportación de esa época libertaria) de que él a su vez reconozca al pueblo y al interés general de esa sociedad a quien debe legislar:

*"seres racionales, buena voluntad, legislador universal y el derecho vienen a ser si no exactamente la misma cosa, son por lo menos, aspectos de una misma cosa"*¹³

Esa "misma cosa" de la que nos habla Córdoba es la coexistencia de las voluntades individuales, libres e iguales que por mutuo acuerdo (lo que da lugar al reconocimiento y afirmación de la otra persona como sujeto con derechos y valores inalienables) generan y transforman el principio de la *Soberanía Popular* al de *Soberanía de la Ley*. El reconocimiento de la igualdad de oportunidades, derechos y de la autoridad que de ello se desprende- el sentido de valía y respeto que a cada uno se le reserva- son factores clave en la realización del marco jurídico y el Estado de derecho , los cuales deben asegurar en su carácter de imparcialidad ante los conflictos particulares el cumplimiento de cada dictamen, condición y prerrogativa del pueblo emanada. Insistimos, deben hacer valer el carácter de ley que la voluntad de todos en suma tiene por encima de cualquier precepto sin importar su procedencia:

*"Si se quisiera precisar en una palabra el fundamento social y político del Estado moderno (burgués) diríamos sin temor a equivocarnos que es el consenso del pueblo, es decir, el acuerdo que teóricamente da lugar a la organización del estado y que, prácticamente, acepta el orden establecido y se somete al mismo..."*¹⁴

La política hasta aquí entendida como toda actividad que tiene vínculo con el ejercicio rector del Estado hace que toda concepción por este manifiesto tenga por base el consenso de los gobernados: el consenso además de ser la razón misma de la

¹² ibid pág. 257.

¹³ ibid pág. 57.

¹⁴ Ibid pág. 59.

existencia del Estado se convierte por definición *en la raíz de toda premisa política*. El poder que al Estado burgués es inherente se produce sólo como poder político- poder derivado del consenso social- consecuencia de la exigencia social vertida por decreto a esa institución representativa. Podemos entonces convenir que en el contexto de la lucha clasista no es la voluntad de la clase dominante la que explícitamente se halla detrás del poder político: eso es justamente lo que no debe presentarse. Debe existir en la conciencia del conjunto social que el seguimiento hecho a la usanza y pensamiento burgués se realiza por motivo propio como un ideal de vida, que no es el propietario individual quien constituye esta clase social el que se levanta como dominante, *sino que es la sociedad entera "quien domina"*, quien establece en esa uniformidad de dominio "por y para todos", el criterio de igualdad y libertad originalmente señoreados: en la sociedad burguesa o capitalista los hombres son libres e iguales en su derecho a poseer mercancías y a venderlas aunque en la oprobiosa realidad de sus vidas ni tengan mercancías ni puedan adquirirlas. Su desigualdad, si existe, es producto de su desidia y en ella, en la tarea de equipararse con el buen burgués, el Estado en su responsabilidad pública poco o nada tiene que ver.

"El Estado se concibe es verdad como organismo que es propio de un grupo y que está destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión de tal grupo, pero ese desarrollo y esa expansión se conciben y se presentan como la fuerza motriz de una expansión universal...al grupo dominante se le ve coordinando consciente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables..."¹⁵

El poder político, nacido del consenso social que lo legitima y sustenta, es el elemento que acompaña al dominio en el Estado moderno haciéndolo flexible y eficaz en el cumplimiento de su tarea clasista. El consenso es en primera instancia la razón indispensable para la clase que domina o aspira a desempeñar ese papel. Una sociedad que no se determina a sí misma por consenso, por ese acto voluntarista planteado por la población en su mayoría, no estaría participando en lo moderno y sería por esa insuficiencia, anacrónica. *Si el capitalismo hizo de la historia, historia universal*, un pueblo que no ejerce aún su soberanía sería por ende una producción localista en la que su Estado se acerca más a formas ya superadas. Ningún tipo de consenso tiene un cariz legítimo si no está expresado a través del Estado y de su canal de expresión por antonomasia: el orden jurídico.

"Desde un punto de vista interno, el Estado se presenta como el orden axiológico-normativo de las reglas y de las instituciones jurídicas tomadas en su conjunto (Estado -organización). Desde un punto de vista externo el Estado se presenta como la fuerza de represión que, por medio de las reglas

¹⁵ Gramsci, Antonio; *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*; Juan Pablos editor; México, 1975; pág. 72.

*y las instituciones jurídicas , apunta hacia la explotación de clase (Estado-
órgano o instrumento “.*¹⁶

Este análisis interno –externo permite establecer que ante la posibilidad real de un acto de rebeldía (actividad fuera del orden jurídico, fuera del consenso estatal), el Estado responderá consecuentemente disolviendo dicha turba por la vía de la fuerza si el caso lo requiere una vez adquirido el consenso suficiente de los gobernados para ese proceder. Se hace entonces evidente que para Gramsci la lucha revolucionaria ya no puede definirse por la toma del poder ganado en una lucha frontal (en la que indudablemente las fuerzas agresoras serían nulificadas) y resuelto por una ocupación física: el poder político, el consenso logrado que éste significa, sólo puede conquistarse por medio de una organización hegemónica capaz de hacer contrapeso al ejército y trinchera ideológica entonces enfrentados. Debemos insistir: la clase obrera es por definición la clase antagónica a la clase burguesa y esta escisión se da por un acto de conciencia histórica, política, social., dentro de la perspectiva gramsciana. Fuera de esa concientización la clase obrera o es corporativa o es sociedad civil. Su conciencia de ser es lo que le da existencia y le insufla vida propia, decisiones propias, organización propia... Sin esa apropiación de la personalidad que le conduce al espíritu colectivo – el hecho de autoproclamarse reivindicador de una causa no concientiza a nadie- se deja políticamente a los individuos *ideológicamente emparentados* a lo más, *con la causa transformista de la democracia occidental y su individualismo desahogado*. La sociedad civil *a priori* no aboga declarada o conscientemente por el apoyo a una clase social. Reconoce y ansía en la comodidad egoísta de su vida cotidiana una expectativa de vida burguesa que ni generaliza ni se preocupa por la existencia del sector más oprimido que existe en el capitalismo industrializado: el proletariado. Su clamor de justicia, de respeto al derecho de todos, se asoma cuando la crisis económica ha enrarecido el horizonte y con él, *sus arreboladas expectativas de crecimiento*. Aquí está la negativa de Marx a creer en la *revolucionariedad* de la sociedad civil dentro del capitalismo industrializado. El marxismo en general y el pensamiento gramsciano en particular son enfáticos sobre este punto y en ello reanudan su vigencia dentro de la era global. Sólo que Gramsci confía en la posibilidad de canalizar ese apoyo indiscriminado característico de las etapas críticas en los Estados capitalistas hacia una verdadera transformación política con características propias que escapen al transformismo democrático de la ideología conservadora. La vindicación de una ideología alternativa, una relación social y política incluyente, una cultura alternativa, etc; serían por la naturaleza *alternativa* de su cauce cualitativamente diferentes a la suma de relaciones y propuestas políticas conocidas. No hablamos de una opción irreflexiva y mecánicamente contraria a lo dominante y como el producto de una teorización previa y sesuda de ‘alguien ajeno’ a ese sector vanguardista dentro de la sociedad. Un ambiente democrático que alentara esa hegemonía expansiva, orientaría un momento *nacional – popular* donde la suma de conciencias que es la voluntad colectiva encontraría la necesidad de terminar –gradual pero finalmente- con el utilitarismo que se hace de las

¹⁶ Poulantzas, Nicos; *ibid* pág. 31.

democracias. La clase obrera porque su movimiento tiene algo con lo que ella se identifica más que nadie, deberá buscar los medios organizativos para orientarlo y liderarlo. A la pregunta del porqué hoy la clase obrera debería liderar un movimiento político así en lugar de dejar la iniciativa a otros actores sociales es por el lógico supuesto de que esa iniciativa política se supone suya. La clase social antagónica al capitalismo es el proletariado por propia naturaleza: puede ser la ideología de cualquier otro grupo, pero tendría que ser él ¡porque el grueso de la población en el mundo o es ya asalariada o va inevitablemente hacia ese rumbo! Y el discurso de estos asalariados es cualitativamente diferente por razones obvias.

El marxismo ha puesto en claro que son las revoluciones ocasionadas por la lucha de clases las que hacen las transformaciones históricas y aquellas se construyen en la acumulación de gradualismos que al ya no contenerse más, estallan. La iniciativa de otros grupos sociales como alternativa dentro de las construcciones democráticas puede ir a esa gradualidad, pero no a su correspondiente revolución histórica que paradójicamente, el periodo de la industrialización podría alcanzar para el bienestar de la humanidad en un instante dentro de la Historia y sin sobresaltos si se lo propusiera: así de pródigo es el desarrollo alcanzado por la humanidad.

2.- La importancia ideológica en el ejercicio del poder.

Carentes de sistematización, sujetas a la especificidad de explicar una realidad definida y a la que se ajustan, las ideologías se expresan como una función en la cual los hombres se reconocen viviendo y asumiendo sus condiciones de existencia. Ellas son el nexo entre el sujeto y la realidad pero, como contrapartida, prefijan un bloqueo imaginario ante esa necesidad por conocer el entorno. Este imaginario no es exclusivo de un sujeto sino que corresponde de ordinario a una formación social que oscila entre lo adecuado y lo inadecuado, entre lo que es y lo que no puede ser por cuanto no debe escapar al entorno común a fin de no causar la incertidumbre que rompa el vínculo social. Como representaciones y valores las ideas dan a la vida un sentido práctico al elaborar una suerte de guía para la acción cotidiana. Imbricadas, ellas responden a una determinada forma de conciencia social sin ser la conciencia social misma y a la que los hombres se aproximan, cuando acríticos, espontáneamente y a través de asomos. En la construcción del Estado Marx hubo asociado a la ideología con la superestructura jurídica y política que sobre la sociedad se levanta y que conjuga, sumariamente, las diferentes actividades que en su cotidianidad constituyen la vida de una sociedad moderna:

"El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su realidad, por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia..."¹⁷

¹⁷ Marx, Carlos, Engels Federico; *Obras Escogidas en dos tomos*; Tomo I; Editorial Progreso, Moscú, 1971, pág. 349.

Al iniciarse una era de revolución social con las fricciones de las fuerzas y las relaciones productivas, nos dice Marx, el trastorno de la base económica altera "toda la colosal superestructura": formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas... bajo ellas los hombres adquieren conciencia de sus conflictos y los resuelven. La historia de esas ideas no tiene ni su propio principio ni su propio desarrollo. Pertenece junto con la humanidad al devenir de las formaciones materiales o económicas por el que hemos transcurrido, en ellas operan y a ellas sirven :

" Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época, o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello al mismo tiempo , de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan al propio tiempo, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente . Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas, por lo tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas".¹⁸

De manera consciente la clase dominante prolifera su modo de pensar proponiéndolo como una realidad indiscutible a otros grupos sociales productores de ideas. La exposición de esas ideas, sus alcances y dimensionamiento hacen de la ideología dominante una ideología que se sobrepone a las demás.

En la sociedad capitalista la clase dominante ejerce su papel de superioridad sometiéndose a su pesar a una constante contradicción propia del Estado en que se desenvuelve. En este Estado los hombres aparecen identificados como sujetos cuyo principal atributo está en ser libres e iguales, mismo que ha sido expresado como condición de ley en la constitución de esa entidad. Es aquí donde nace la principal tarea ideológica de la clase burguesa: conciliar la contradicción inherente a su modelo económico y su ambiente político. Por un lado y de acuerdo a su situación a la clase dominante le corresponde hacer de su propio interés un interés general, por el otro, su ideología de clase debe hacerse compatible con la tónica de igualdad y libertad hecha ley y que en términos reales, fuera de la exclusiva prescripción jurídica, no puede ignorarse dada su trascendencia histórica. De esta manera el Estado y la clase en el poder proporcionan a la sociedad civil una igualdad y un interés general ficticios en los que a su alrededor se organiza y construye toda la estructura de ese periodo. La ideología así pretendida es el mecanismo institucionalizado por el cual la burguesía racionaliza y justifica ante los grupos hegemónicos o aliados la tarea de dominación y liderazgo que le ha sido confiada. El papel propio de la ideología será aquí el de resolver por la ruta de sus variadas mediaciones la contradicción real entre el hombre

¹⁸ Marx Carlos; Engels Federico; *La ideología alemana*; Editorial Andreus Leda; Colombia, 1979; pág. 18.

como ente público (el que es igual a todos ante la ley) y como ente privado (el que es desigual y esta sujeto a sus propias determinaciones en tanto que individuo particularizado). Se trata pues de presentar esa doble vida, esa escisión, como algo inexistente y donde en su lugar opera una perfecta armonía respecto a su vida en la sociedad civil y como particular: los hombres son libres para ser burgueses y en ello encuentran su horizonte, su igualación.

La lucha ideológica que aquí se libra es por conquistar para el beneficio de los intereses propios el consenso de la sociedad, lo que se traduce directamente en el basamento de la política como lucha por el poder del Estado. Si este consenso logra fraguarse con el interés dominante la oportunidad de salvar desequilibrios en el corto y mediano plazo está lograda, lo que implicaría el libre y buen desempeño de la burguesía en su trabajo de explotación. Hasta el día de hoy las crisis económicas siguen siendo parte infaltable dentro del sistema capitalista y mientras la universalidad de esta producción no logre eliminarlas definitivamente de su haber, el control ideológico de la conciencia social para la producción económica y política seguirá siendo el seguro más confiable. El Estado no puede presentarse en ningún momento como el instrumento de dominación de una clase social. Si bien el Estado en el capitalismo es la instancia de la burguesía por la que se lleva a la práctica su proyecto clasista, lleva también el imperativo de presentarse como el defensor del interés general –popular así planteado. Poulantzas escribe:

*“Las ideologías revisten así actualmente una función objetiva capital, realmente política, en el funcionamiento del Estado moderno y en la constitución hegemónica de la clase dominante...Esa función consiste en sustituir en un plano imaginario la unidad ideal de una escisión real entre dos planos de la realidad: El Estado y la sociedad civil.”*¹⁹

Como Poulantzas señala el conjunto ideológico tiene como norma imponer al conjunto de la sociedad una concepción del mundo en la cual las clases hegemónicas capitalistas sean vistas como una representación fiel, en todos los niveles, del interés general de la sociedad; como entidades que detentan las claves de lo universal frente a individuos privados. Se trata así de imponer una concepción en la que los particulares sean unificados en abstracto y no en la concreción que su estructura de clase refleja. La ideología dominante va más allá de la mera justificación de su proceder legítimamente adquirido y legalmente practicado. El contenido concreto de esa ideología es el de imponer la imagen de una igualdad formal que en la realidad dura de las condiciones existentes se agrieta y resquebraja, de provocar en todos los individuos ese aire de identificación con el medio social cuando el espacio está regido por una situación de dominio que se quiere hacer ver como una práctica justa y natural:

¹⁹ Poulantzas, Nicos; *ibid* pág.59.

“el papel objetivo propiamente político de esas ideologías consistirá también en el hecho de privatizar a la sociedad civil manteniendo su molecularización (o sea, en despolitizar a las clases dominadas) y de indicar su unificación abstracta por parte de instituciones objetivas del Estado político (estructurando la hegemonía de las clases dominantes) “. ²⁰

El Estado y la clase dominante tienen ante sí a dos enemigos bien diferenciados y sobre los cuales apuntan sus fuegos: la clase antagónica quien se define a sí misma en el caso del proletariado como libertaria y , curiosamente, a la sociedad civil reflejada en el pequeño burgués afligido que en su afán por crecer, en su voraz particularidad, enfrenta al sistema. A la ideología dominante le compete entonces no solo desarticular tal asociación política como hacerla pasar por innecesaria al grado de ni siquiera alentarla: a los sujetos politizados se les controla y a quienes aún no se integran a esta vida pública se les desanima y orienta hacia otras disposiciones que las instancias ideológicas mediadoras ya habrán diseñado para coartar esa posibilidad de integración antagónica o alternativa.

Así el Estado como entidad responsable de asegurar políticamente la reproducción de las relaciones productivas, debe velar por el cumplimiento de las condiciones que esta reproducción exige adecuando para ello los mecanismos políticos, jurídicos, filosóficos, educativos o, ideológicamente hablando, los que fuesen convenientes. Si el ambiente global no es propicio para la universalización del capital entonces dicha universalización 'espontánea' viene a ser una aventura. Para que el capital y el desarrollo industrial sigan expandiéndose en la globalidad del planeta, debe existir entre las naciones consideradas el interés nacional para que ello ocurra cumpliendo con las expectativas deseadas. El beneficio que el capital transnacional espera adquirir en su universalización no puede surgir en medio del desorden y la turbulencia nacionales o acaso lo haga, cuando certifique que esa alteración es una variable controlable dentro de sus proyecciones en las que se sabe poseedor de un suficiente consenso social nacional.

2.1) ideología y cultura.

En la sociedad moderna, en la globalidad que hoy presenciamos disparada, el ideal de progreso que la afirma se ha convertido justamente en eso, en una producción ideológica.

Como concepción original de la clase dirigente la ideología dominante se antepone a las demás formas de conocer y explicar la realidad haciéndose cuando las permite, al menos, parte fundamental de ellas. Arte, ciencia, derecho, economía; todas las ramas del mundo de las ideas deben pasar por el tamiz de la ideología dominante. ¿Son imposibles las ideologías alternativas? No, pero su oportunidad de propagarse y hacer eco entre la conciencia de los individuos políticamente dispersos se vuelve nimia. Un tamiz no garantiza un mismo tamaño de materiales filtrados: impone un límite. La

²⁰ ibid, pág. 60.

ideología dominante no obstruye la producción ideológica o cultural de una sociedad pero la limita, la orienta, la copta. ¿La cultura de un país es ideología? La ideología se caracteriza en el marxismo por su función política de concientizar a los individuos sobre su papel histórico. La cultura no tiene esa función pero al igual que la ideología lo suyo mueve masas. En términos gramscianos la cultura sí es ideología cuando en su carácter nacional-popular defiende una bandera política moviendo a las masas hacia la realización de un proyecto con alcance nacional. Para Antonio Gramsci la cultura o es nacional popular o adolece de legitimidad histórica porque en su proyección nacional no puede impulsar a las masas en lo que legítimamente es suyo.

Ubicada en diferentes niveles de depuración intelectual que evidentemente se asocian con estratos sociales específicos la ideología se difunde tan clara o nebulosa como pudiera ser: en las capas sociales dirigentes su detallada elaboración la hace más accesible a esos grupos que en aquellos donde el ambiente popular, la vida como un estado de cosas definidas por el inmediato sentir y actuar ordinario, llega a la mente agrupándose por desordenados retazos. Como Gramsci lo ha indicado: *"en la cúspide la concepción del mundo más elaborada: la filosofía. En el nivel más bajo: el folklore. Entre estos dos extremos, el sentido común y la religión".*²¹

La filosofía aparece aquí ante nosotros como la percepción de los fenómenos más refinada, el estadio donde las características de la ideología como expresión de clase social se suceden con hilvanada claridad. En esa hilazón histórica que da paso a determinaciones lógicas socialmente reconocidas es donde encontramos el valor ideológico de una filosofía cualquiera, a saber, su grado de coherencia:

*"el filósofo profesional o el técnico no piensa sólo con mayor coherencia, con mayor espíritu sistemático que los demás hombres sino que además, conoce toda la historia del pensamiento, es decir, sabe determinar el sentido del desarrollo que el pensamiento ha tenido hasta él y se halla en condiciones de retomar los problemas desde el punto en que se hallan..."*²²

La filosofía no es únicamente la pretensión de explicar el mundo a través de las ideas preconcebidas sino también y en ello, es la necesidad de encontrar la punta en la maraña de lucubraciones y tratar de desenredar sus nudos dando a las creencias una forma lineal que las vuelva útiles. El gran mérito de la filosofía es dar coherencia a la evolución del pensamiento, ordenarlo. De este modo la filosofía se convierte en piedra de toque, piedra angular de la ideología o para seguir con esta urdimbre, en la vieja lanzadera. A ella le toca urdir las redes de la creencia con el objetivo de consolidar la lograda reunión social, que parte y se prolonga a su vez por una unidad ideológica. En esta trabazón y aunque las ideas se bifurquen debe procurarse que ellas mantengan su

²¹ Gramsci Antonio; op cit Portanelli, Ricardo; *Gramsci y el bloque histórico*; Siglo XXI, México, 1980, 7ª edición, pág.. 20.

²² Gramsci ,Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975; pág. 32.

relación con el origen y estar listas a encauzarse cuando se les solicite a fin de unificar criterios. Es así como la filosofía influye- desbordándose en sistemático asombro- sobre los diversos niveles de la sociedad:

“ La historia de la filosofía, como se entiende comúnmente, esto es, como historia de la filosofía de los filósofos, es la historia de los iniciados o de una determinada clase de personas para cambiar, corregir, perfeccionar las concepciones del mundo existentes en cada época determinada y para cambiar, consiguientemente, las normas de conducta conformes y relativas a ella, o sea, por modificar la actividad práctica en su conjunto”.²³

Existe pues una evidente correspondencia entre el correr histórico y la concepción filosófica en la que ambas establecen por vínculo el tiempo y el espacio asignados, sucintos, y que logran extenderse en la medida que se identifican. Las así llamadas esencias filosóficas de un mismo periodo histórico, sus variaciones en función de una realidad que se aborda, reflejan el bloque ideológico de grupos dominantes anteriores y que hoy en este terreno -el de las ideas- dejaron su marca. La filosofía recordemos debe regir las concepciones del mundo propagadas en las diferentes capas de la sociedad haciéndolas suyas por la vía de la explicación racional y la persuasión que de ella se deriva digamos, por mera imposición del *sentido común*. Sin él, sin su peso definitorio, el pensamiento superior no puede cimentarse ni la concepción de la historia del mundo, ni el orden de las cosas que pretendemos conocer: sin el filtro que es el sentido común la existencia de los hombres y los fenómenos se vuelve un caos.

¿Qué idea se hace el pueblo de la filosofía? Por principio y como organización social rudimentaria el pueblo no entiende de categorías universales cuyo trasfondo sea una “razonante razón”. Para trascender, todo movimiento filosófico tiene que cruzar el camino de la ideología popular, inclusive, llegar a satisfacerla en su necesidad de creencia como hace la religión. En el éxito de esta tarea las clases dirigentes logran un fin político: la anexión de clases subalternas a su movimiento. Colocado al alcance del juicio general el sentido común amalgama ideologías y unifica posturas tradicionales dotándolas de un perfil moral. Aquí no debe confundirse el sentido de orientación que se persigue con el acto de fe en la doctrina religiosa: aunque cercanas en su pretensión ideológica a la filosofía y a la religión las separa el rigor intelectual. En qué consiste exactamente el mérito de lo que suele llamarse sentido común. Primordialmente en que nos dice Gramsci, asegura el nexo y el paso de la lucubración intelectual al hecho histórico, o sea, *al ejercicio del movimiento social*. Una vez aquí la filosofía ya no es una exclusiva y conceptual explicación coherente del mundo sino exactamente labor práctica, un movimiento que por la acción inmediata y alentada en su cotidianidad se vuelve un hacer, se hace carne, se vuelve cultura. Por eso es que existe una lucha constante para transformar la mentalidad popular en pro de la difusión de las *innovaciones filosóficas* que quieren afianzarse en la historia universal como verdad

²³ Ibid, pág. 30.

única y total, digamos, universalizante: por esta vía se les quiere hacer actos culturales, asuntos cotidianos vertidos en la obviedad del sentido común del conjunto social. Llegados aquí, partiendo de una observación empírica y limitada de la realidad la sociedad a cada instante se vuelca sobre sí misma y se transforma de manera interminable. Su existencia hecha de cambios apenas perceptibles se eslabona con etapas anteriores y sucedáneas construyendo en ese ámbito cultural importantes momentos de consolidación social tan invaluable para esa formación justamente por su *ordinariedad*. De lo anterior Gramsci desprende la siguiente máxima: " *en el momento cultural ... cada acto histórico sólo puede ser cumplido por el hombre colectivo*"²⁴

En el acto cultural como Gramsci lo entiende participamos todos. El hombre colectivo, la suma de una responsabilidad social a la que todos se deben dentro de un espacio definido al que conjuntamente se le da forma, crea el momento de la cultura o sea, el salto a la materialización de la consciencia social esgrimida ya por el sentido común. Existen tantos sentidos comunes como capas sociales dentro de este conjunto y en las cuales, irrefrenable, la indómita coherencia del mundo se desborda. En el nivel más inmediato del espectro ideológico y del desarrollo social se encuentra el folklore.

Reminiscencia de Dios, de la naturaleza, del mito, del tiempo, el folklore debe su anacronismo a la pérdida del rumbo histórico, al caminar a saltos dispares e inconexos que en su primitivismo desprecian la comprensión acuciosa. En este estilo de vida, folklórico, se nota la ausencia de ritmo respecto al avance logrado por la humanidad. Hay en ella un hacer que se siente primitivo, ajeno a la sistematización disfrazándose con multiplicidad de vestimentas. Por definición la imagen no desarrollada de la sociedad moderna, el pueblo, recorre sus días en medio de una iniciativa espontánea. Sus gentes de estrecho criterio viven asidas al saber de los demás. Sin embargo y pese a su " no oficialización " el folklore en su durable permanencia muestra la importancia histórica del arraigo popular o nacional: la cultura como identificación social orgánica se erosiona pero con mucha dificultad.

2.2) El concepto de nación.

Sostenido por Gramsci como la vértebra del Estado político actual el concepto de Hegemonía debe ser entendido como la unificación activa de la mayoría social en torno a una clase desempeñando las funciones de una voluntad colectiva. En sus notas sobre Maquiavelo Gramsci hace notar la necesidad de ofrecer al pueblo italiano la imagen de un mito capaz de enaltecer su espíritu y unificar a la sociedad revolucionaria partiendo de una identidad comunitaria reconocida en su historia. Descontando su perfil fantasioso, impreciso, los mitos gozan de la solidez constitutiva que el paso del tiempo hace resonar. El de Maquiavelo no es una creación ligera ni mucho menos, pretende con su eco encarnarse a la vida presente, hacerse intemporal y volverse impersonal: ser Maquiavelo mismo quien se vuelva pueblo. Visto hacia delante al mito lo envuelve la

²⁴ Ibid, pág. 53.

utopía, hacia atrás, la edad de oro. Una y otra etapa asocian creencias que desatan la recreación colectiva difícil de explicar pero determinante por su peso simbólico y cultural.

El sentimiento nacional está ligado a factores de estricto sustrato histórico. Fuera de él poco prospera al no serle reconocidos atributos propios, es decir, aquello con los que lo nacional vive familiarizado. Lo ajeno también nos atrae y nos seduce pero si no abre permanentemente nuestro interés, si no reitera esa fascinación inicial, desaparece para dar cabida a otros motivos que inciten en ese reconocimiento la participación: *lo que determina directamente la acción política -ha escrito Gramsci- no es la estructura económica sino la interpretación que se da de las llamadas leyes que rigen su desarrollo.*²⁵

Como creación histórica los hombres conciben su entorno producción de su propio arbitrio, tirones que se dan entre fuerzas activas y pasivas al interior de la comunidad y que en su efervescencia dan vida a la nación y a la producción cultural que los resguarda. Las leyes de una sociedad así forjada determinan cada uno de los actos individuales controlándolos y liberándolos a su antojo. Ninguna sociedad se plantea tareas o cuestionamientos que ella misma no este dispuesta- diríamos predispuesta- a resolver. Sus acciones abruptas son en el peor de los casos, esperadas tragedias. Estos jaloneos, motivaciones que se extinguen y atizan por la identidad de los grupos también a la sombra del Estado, cimbran a las instituciones existentes cuando lo "nacional" (asociado con la expresión popular) no se impone. Al llamado de lo nacional las turbulencias se canalizan para desplegarse en otra dirección y con nuevos bríos. Pero este nuevo furor para tornarse tal debe adquirir valía descifrándose su arraigo en la base, en el sector popular que es genuino motor de toda nación.

*"Recordar la frecuente afirmación de Marx sobre la solidez de las creencias populares como elemento necesario de una determinada situación: " cuando este modo de concebir tenga la fuerza de las creencias populares ... etc., etc."*²⁶

Tanto Marx como Gramsci vieron en el acto de la persuasión popular la insondable potencia de la fuerza material así alentada. Si un acto político no es nacional tampoco es trascendente, porque no llega a formar parte de una conciencia unitaria. La mentalidad, la forma de pensar, no se modifica por el mero intento de desearlo. Amalgama de generaciones precedentes, las creencias se suceden provocando costumbres y aplacando angustias. Es aquí donde Gramsci afirma que la historia aún en sus momentos pletóricos o de inflexión *"no se documenta sólo con hechos económicos"*. En ella, discretas, se esconden relaciones nada simples que aún con sus enredos nos traen evocaciones de familiaridad, de pertenencia, de la insalvable necesidad de los grupos sociales por dejar con su vivir un rastro de existencia. Los individuos, el común de ellos bajo cualquier tipo de régimen ve por su propio interés en

²⁵Sacristán, Manuel; *Antonio Gramsci, Antología*; Siglo XXI; México, 1978, 4ª edición, pág.46.

²⁶ Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975, pág.58.

la integración; se amolda a las circunstancias y participa de sus quehaceres dejándose llevar por una acción compartida. Por tal naturaleza esos intereses se unen. Los individuos convocados por una emoción exclusiva del interés personal, ajenos a lo nacional, solo confluyen:

“¿Porqué la mayoría de los individuos realiza sólo determinados actos? Porque los individuos no tienen más objetivo social que la coronación de su propia integridad fisiológica y moral: por eso se adaptan a las circunstancias, repiten mecánicamente gestos que, por experiencia propia o educación recibida han resultado adecuadas para conseguir el fin deseado: poder vivir”
“ 27

El grupo y los individuos están unidos por ese vivir pero que es un vivir cualitativo. Ni hombre ni dios, fuera de la comunidad el individuo simplemente no es. La condición de adaptarse al ambiente lleva implícita la idea de aproximarse a una mejor condición de vida de la que se podría alcanzar estando solo. Con la idea del mito Gramsci no persigue la unificación de la sociedad como si ella bastase para la transformación de la misma. Va de por medio una convicción *intelectual y moral* que rebase a los individuos y se haga del grupo o, en otras palabras, busca alentar la reforma cultural que mejore las condiciones históricas de la nación (políticas y sociales) tomando por base la activa participación de los sectores populares. No se trata de iniciar el proceso de formación política en la llamada voluntad colectiva para abandonarla posteriormente a los servicios de una vida doctrinal, al contrario, se quiere llegar a la raíz de lo nacional para asegurar que el llamado social llegue a todos y por todos perdure. Mucho antes que el Estado la nación y la cultura que de ella deriva, ya han forjado entre los miembros de su sociedad normas de conducta comunitariamente aceptadas y sin las cuales la organización misma se llega inexistente. Debemos recordar que el Estado y su origen representan un estadio superior dentro de la historia humana más nunca el motivo real de su organización fundamental. La organización nacional es resultante de una combinación original y en cierto sentido única. Ella tiene que entenderse y concebirse dentro de esta teorización hegemónica como el mecanismo para dirigir la suerte de una sociedad y también para controlarla.

2.3) El interés de clase social.

Si pudiéramos describir la obra de Antonio Gramsci con un par de palabras apenas enunciándolas convendríamos en ordenarlas del siguiente modo: *la construcción del momento nacional-popular*. ¿Qué significado tenía esto para nuestro autor?

Para Antonio Gramsci existe una diferencia clara entre el sentimiento nacional y el sentimiento nacional-popular. En manos del Estado, del personaje carismático, el sentimiento nacional es subjetivo porque puede ser cualquier cosa (un personaje de televisión, una frase, un emblema, otro interés de clase, etc.). Lo nacional-popular es

²⁷Sacristán, Manuel; *Antonio Gramsci, Antología*; Siglo XXI; México, 1978, 4ª edición, pág.46.

cosa distinta. Es una confluencia de voluntades integradas al sector más amplio del conjunto social. El momento tan importante para Gramsci constituye por la vía del hacer comunitario la conciencia del hombre colectivo. ¿A la clase dominante le interesa la existencia de esa constitución? Por supuesto, siempre que pueda orientarla y controlarla para los propios fines políticos. De hecho, todo Estado democrático, todo Estado moderno, tiene por ideal esta construcción nacional- popular que es 'El Dorado' de todo partido político. No es un esfuerzo sino varios esfuerzos reiterados los que hacen esta coyuntura y la empujan en su organización, en su júbilo, en su persistencia, a la *unión de fuerzas*. El interés de un grupo social dentro de este activismo político tiende necesariamente a identificarse con el discurso ideológico (más amplio, más elaborado, más ambicioso) pronunciado por una clase social. Cuando la crisis económica y sus efectos depresivos alcanzan los más variados horizontes del espectro sociedad civil ésta verá entonces la necesidad de asociarse por grupos clamando el respeto a *sus derechos inalienables*. Entonces sumará su apoyo a otros grupos afines y su desempeño se habrá identificado con una de las clases fundamentales. El intento de controlar los efectos de las crisis económicas en el desempeño político del Estado forma parte ya de la dinámica capitalista. La *universalidad* de ese capitalismo conlleva la *universalidad* de medidas preventivas en el sano despliegue del mercado transnacional. Mucho de esa profilaxis le compete a la ideología. Hay que buscar consensos de largo plazo, trabajarlos, insistir en ellos, dar a la sociedad civil la certeza de que el progreso —el ansiado progreso capitalista— es la solución a sus expectativas como particular, grupo o clase, dentro de la sociedad.

La lengua, la cultura, el partido político u otro tipo de institución en la vida política de la sociedad moderna en cuanto responde con su facultad organizativa y de integración a una continuidad histórica se convierten en legítima expresión de la vida nacional. Ideológicamente, las clases dirigentes han valorado elementos de la vida nacional para que de acuerdo a las circunstancias se conviertan en instrumentos de ataque y contraofensiva en su lucha política. Así vemos que para *salvaguardar el interés nacional* se efectúan entonces actos de nacionalismo, deberes que como Piñón indica "*competen en primer lugar a la burguesía*" porque el proyecto de nación que se cuestiona es el suyo. Aquí el pueblo no es alentado a movilizar fuerzas para una auténtica causa popular sino que sigue y resuelve el interés de la burguesía que, *de facto*, es el interés nacional

Vista desde el aparato estatal en su forma dictatorial, restringida, *transformista*, la hegemonía es la legitimación de lo existente en función de su apoyo institucional. Es, ciertamente, la forma más desarrollada de la lucha clasista proclamando como barrera y trinchera el mantenimiento del orden de las cosas, de la vida, de los ideales, etc; tal y como hasta entonces y fundamentalmente se han conocido. En un ambiente como este ajeno a la crítica fuera de esos marcos referenciales el llamado espíritu revolucionario, el interés de la lucha social, pierde impulso y se disemina ralo en el conformismo o la clandestinidad : donde existe un orden de cosas *suficientemente bueno* es difícil enrarecer el aire con hálitos de cambio tan inoperantes como innecesarios. La revolución

ha dicho Gramsci no es sustituir un orden por otro como instaurar por la vía de la conciencia *"la posibilidad de realización íntegra de la personalidad humana, reconocida a todos los ciudadanos..."*²⁸

De orden conservador están hechas las partes que se suman a la civilización burguesa y de desorden todos los resabios que deben cortarse. Orden público, orden social, partidos de orden, todo gira sobre un mismo punto y que desemboca en la consecución de las instituciones políticas que a su vez garantizan a la sociedad y al Estado el funcionamiento ordenado de las relaciones sociales y económicas. La consigna de orden tiene sí un poder mágico, taumatúrgico, que arroba a las muchedumbres salvándolas del pavor que tienen a la incertidumbre. Liberalismo y progreso han sido la norma de quien confía en el orden evolutivo y firme de la burguesía como ideología inalterable. En sus escritos sobre *"la doctrina de las ideologías políticas"* Gramsci señala:

*"(las ideologías)...son instrumentos de dirección política, así se podría decir que las ideologías son para los gobernados meras ilusiones, un engaño sufrido en tanto que para los gobernantes son un engaño querido y consciente. Por lo tanto las ideologías no son ciertamente arbitrarias, son hechos históricos reales que es preciso combatir y develar en su naturaleza de instrumentos de dominio no por razones de moralidad sino justamente por razones de la lucha política..."*²⁹

La ideología de la clase dominante busca relegar o conciliar perspectivas ideológicas dispares sometiéndolas a la falsa organicidad de un proyecto social generalizado y de suyo irreconciliable. El liberalismo nos dice nuestro autor es la fórmula que compendia toda una historia de luchas, de movimientos revolucionarios que concluyeron en la conquista de las varias libertades hoy alcanzadas pero siempre en medio de una confrontación estatal tormentosa. Fracaso y consagración para un grupo social son la pauta que guía esos acontecimientos libertarios cuya conclusión se atribuye según la clase dominante a un mero asunto de voluntad. Como "engaño querido y consciente" de la democracia liberal todo grupo social con su propia concepción de la realidad tiene cabida dentro de este régimen pero debe primero concretar su lugar atendiendo las instancias que marca la ley. La felicidad que se logra al cumplir los propios objetivos o la animadversión del conjunto social es lo que existe al final de cada proyecto alternativo incapaz de reconocerse cabalmente en la disposición del Estado...

"De la felicidad, naturalmente, entendida en el sentido de que todo lo malo que ocurre no recaiga como culpa en los individuos, y de que la razón de todo lo que no se consigue haya de buscarse exclusivamente en el hecho de que

²⁸ *ibid.*, pág. 2

²⁹ Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975, pág. 34.

los iniciadores no tenían aún la fuerza suficiente para afirmar victoriosamente su programa"³⁰

Inspirado en el principio de "dejar pasar" el liberalismo burgués por voz de sus intelectuales políticos no confronta las diferencias políticas, a lo más, las permite pero les pone obstáculos. Aquí los socialistas tienen la libertad de manifestarse y propugnar por sus ideales según atestiguan y respaldan los recientes doscientos años de historia sin que pueda decirse que el Estado burgués, negó ese derecho. Sobre estos vislumbres que se descubren de un estricto corte operativo y que se vuelven comunes a los distintos modelos de liberalidad, Gramsci destaca del Estado germánico lo que sigue:

*" (es un) Estado que no debe entregarse a las libres fuerzas espontáneas de los hombres sino que debe imprimir a toda cosa, todo acto, el sello de una voluntad, de un programa establecido, predeterminado por la razón... (Ahí) las clases tienen la convicción no retórica, no social, sino formada a lo largo de decenios de experiencia de una recta administración, de justicia distributiva, de que sus derechos a la vida están tutelados y de que su actividad debe consistir, para los socialistas, en intentar convertirse en mayoría y, para los conservadores, en seguir siéndolo y en demostrar enteramente su necesidad histórica de permanencia"*³¹

Como representación de un hecho cultural fundamental la idea de progreso se expande entre nosotros al grado de abrir una época y recorrerla infatigablemente. Su nacimiento y desarrollo corresponden a la imagen triunfal de que se ha alcanzado cierta relación regulada entre la sociedad y la naturaleza, una brecha en la cual los hombres en su conjunto "están seguros de su porvenir", pudiendo concebir por la vía de la inminente razón planes profundos, extensos y generales, para su vida.

Aunque existen aún males insuperados como el hambre y epidemias (nada complejas en su prevención) la ideología liberal se vale del progreso como un parámetro de desarrollo alcanzado que supone un mínimo—aunque no específico— avance y control en diferentes ámbitos respecto de etapas previas en las que, por ejemplo, la naturaleza y el azar no eran agentes controlables. Al progreso se suma el devenir pero no como una concepción política, sino filosófica. Es conveniente hacer este señalamiento porque la noción de progreso no puede desaparecer ni en la más acuciosa crisis estatal ya que forma parte sustantiva en esta ideología de superación con base en el *status quo* la cual, en estrictos términos filosóficos, halla su imbricada justificación en el campo de *la Dialéctica*. Vulgarmente progreso es evolución, filosóficamente es devenir, cambio, transformación, pero que implica en esa serie de alteraciones modificaciones esenciales o sea, nunca superfluas: un inevitable *mutatis mutandi*.

Cuando el cuestionamiento del ideal de progreso se presenta no ocurre la crisis de la ideología dominante en sí. Lo que presenciamos es la alerta ante el estallido formal de una falsa instrumentación que ahora se revela hueca y sus portadores, faltos todavía de

³⁰ Sacristán, Manuel; Antonio Gramsci, *Antología*, Siglo XXI, México, 1978, 4ª edición, pág. 20.

³¹ Ídem, pág. 21.

pericia progresista se escandalizan por tener que desempeñarse en algo que no pueden controlar:

" Si se define al hombre como individuo psicológico especulativamente, estos problemas del progreso y del devenir son insolubles y se convierten en puras palabras. Pero si se concibe al hombre como el conjunto de las relaciones sociales, pareciera que todo parangón entre los hombres en el tiempo es imposible, puesto que se trata de cosas diversas si no de heterogéneas".³²

La historia de las ideas como producto de un proceso real, concreto (recuérdese que las ideas no tienen su propias historia por cuanto son expresión directa de un contexto social determinado) pertenece a la historia de las formaciones económicas de la sociedad; son suyas, a ella le sirven y sobre la última de estas etapas es en la que se despliegan. Llegadas a la vida como un sistema de relaciones son la promoción, justificación y defensa del interés de la clase dominante como expresión reciente de ese cúmulo de transformaciones económicas anteriores. En última instancia el fin de todo estado capitalista es mantener y promover las relaciones económicas que le dan sustento ¿cuál es la primera instancia? *la de ser un estadio hegemónico, consensual*, una entidad donde lo estatal y lo nacional en su forma oficial y legítima se fundan hasta lograr un régimen con un mismo perfil ideológico de permanencia política y proyección económica universal.

Es un hecho dentro de los regímenes conocidos el que esta contradicción de imponer al conjunto social la propia perspectiva ideológica pase de una contradicción a una coincidencia, situación que se presenta con notoriedad en los momentos de coyuntura. Así como Gramsci ha fundado su teoría de la hegemonía sobre un principio de equilibrio inestable debemos suponer que en la base de su estudio está también la importancia y las características de ese momento de desequilibrio. Para él un momento coyuntural es la inflexión hegemónica de la clase dominante que da cabida y se explica sólo por la presencia de una hegemonía contrapuesta lo que lleva pues, al momento álgido de la lucha política en que una clase dirigente se pone a prueba junto con las fuerzas o clases de reserva que la acompañan. Podemos decir entonces que al calor de este desfase las fuerzas políticas se reacomodan poniendo en entredicho la vida y el seguimiento hecho a las instituciones hasta entonces conocidas y que en este accidente se convierten, directa o indirectamente, en puntos de menor incidencia o resistencia. Las crisis económicas del sistema capitalista que pueden arrastrar consigo al orden político dentro del estado democrático que les da cabida son los momentos en los que la organización política de la sociedad y la hegemonía estatal demuestran su consistencia. Aquí es donde se descubre el impacto que las crisis económicas producen en los estados democráticos. Son las trincheras políticas de esas democracias las que resisten

³² Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975, pág.. 43.

los embates del descontento social cuando este, organizado o no , se aglutina contra el poder estatal.

Bajo esta situación la lucha por el poder entre los partidos burgueses y pequeño burgueses, dice Lenin, se libra con miras a la redistribución del aparato burocrático que es el Estado. Pero el Estado es algo más que una suma redistribuible. Más que un objeto mecánico en sí el Estado es un complejo mecanismo cuyas relaciones y manejo dependen primero, de las relaciones de fuerza presentes y la capacidad organizativa que estas fuerzas tienen. Un movimiento social, el reclamo de una clase específica, un partido político; no nacen casualmente sino con naturalidad, nacen como una demanda inaplazable que una determinada clase se plantea y, por la misma condición de su planteamiento, se deduce que existen los medios para resolverla. Una nueva dirigencia como contrapeso a intereses de clase definidos puede desarrollarse en una sociedad que ha puesto en marcha la voluntad colectiva al mando de una nueva hegemonía reconocida y afianzada en la acción.

3- La organización política de la cultura.

La significación de la cultura para Gramsci sigue siendo una y muy amplia: hacerse dueño del propio yo. La cultura debe dejar de ser, a sus ojos, el producto acumulado de un saber enciclopédico que impide al hombre contemplarse plenamente. Este conocimiento así adquirido y depositado como en un recipiente solo aparece en nosotros en la medida que se hurga entre diferentes utensilios inconexamente encasillados. Una cultura así es, a su parecer, verdaderamente dañina, argumentando que sólo sirve para producir desorientados o gente que en el cúmulo de su saber se cree colocada por encima del resto de la humanidad. El estudiantillo, el abogadillo como los llama, que le han arrancado a la desidia y a la irresponsabilidad de los profesores una licenciatura, no son mejores que el obrero especializado que cumple puntualmente tareas indispensables para sí mismo y para los demás, haciéndose por ello tanto o más valioso. El conocimiento y la cultura no deben ser ni tienen por qué serlo , los ejes por donde corra y se legitime ese tipo de " intelectualismo cansino" más cercano por su motivación a la pedantería que a un aspecto formativo en el desarrollo humano:

"(por la cultura)... se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos, sus deberes. Pero todo eso no puede ocurrir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la voluntad de cada cual, como ocurre en la naturaleza animal o vegetal, en la cual cada uno selecciona y especifica sus propios órganos por la ley fatal de las cosas. El hombre es sobre todo espíritu, o sea, creación histórica y no naturaleza".³³

³³ Sacristán, Manuel; *Antonio Gramsci, Antología*; Siglo XXI; México, 1978, 4ª edición, pág. 15.

En medio de ese carácter histórico la cultura se regenera y se expande hasta donde sus propias condiciones materiales y sociales lo permiten, es decir, no puede ir más allá de lo socialmente determinado por la propia creación e influencia del entorno. La consciencia de las cosas se dibuja al interior lentamente y por atisbos primero unos y luego en todos, en un grupo que se descubre a sí mismo y a los demás tras un reiterado proceso de repetición y reflexión ambientados en y por la cotidianidad. Como factor clave de transformación política la cultura no es amasijo de conocimientos, de lugares, de actores, de fechas que deban primero desgranarse para después comerlas. El hombre cuando es capaz de comprender la naturaleza que le rodea está listo para comenzar a devorar con avidez cuanto satisfaga su curiosidad antes somnolienta sin que los demás, reconociendo la utilidad de aquello, dejarán de imitarlo:

“ Una vez que los hechos de Francia consolidaron de nuevo la conciencia, bastaba un movimiento popular en París para provocar otras análogas en Milán, en Viena, y en los centros más pequeños. Todo esto parece natural, espontáneo, pero en realidad sería incomprensible si no se conocieran los factores de cultura que contribuyen a crear aquellos estados de ánimo dispuestos a estallar por una causa que consideraban común”.³⁴

Conocerse a sí mismo según nuestro autor quiere decir reconocerse como una producción cultural, histórica, y eso no se puede obtener si no se conoce la historia de los demás y de la civilización compartida. Cada hombre y la cultura en que vive son elementos de un mismo contexto y fuera de él, en su negación, está la desubicación de quien se sabe inútil por estar fuera de sitio.

¿Tiene el estudiantillo la posibilidad de conocerse a sí mismo, de salvarse a su pretenciosa pedantería? En primer lugar no tiene necesidad de hacerlo pues tiene el derecho en una sociedad libre de ser pedante si así lo desea. Pero con miras a construir un *yo colectivo*, a ampliar sus horizontes reconociéndose en los demás, por supuesto que el asunto debería considerarse. Para zafarse de su encumbrado egoísmo el hombre tiene que hacerse junto con los demás, verse en la simulación y el ánimo de los otros como parte inicial de un proceso de concientización al que se llega con menor tiempo y esfuerzo por la ayuda de los demás. La cultura como aquí se entiende iguala a los individuos haciéndolos partícipes de un quehacer colectivo hecho voluntad general. El acto cultural es recreación del individuo en el contexto social fuera de cualquier *robinsonada*. Por eso es que para Gramsci la cultura *es una conquista superior de conciencia* y no un saber que se acumula, principalmente. Cultura es integración colectiva y para nuestro caso, integración de lo nacional-popular que en un momento histórico descubre sus derechos y obligaciones. La concientización para afirmarse como tal precisa de una interminable labor crítica que pueda reconciliar las propias ideas con el conjunto de los fenómenos que se van sucediendo. A través de la comprensión el hombre controla las fuerzas naturales y la espontaneidad antes infalible se vuelve rala.

³⁴ idem pp. 16- 17.

En los estratos sociales inferiores donde los hombres no han logrado aún apropiarse de su ser y menos de lo que es por sí ajeno a ellos los sucesos que van delineando su existencia son, con mucho, hechicerías; hechos inexplicables que obstruyen con la presencia humana una fluidez natural. Los movimientos privilegiados por esa espontaneidad son justamente por ello incontrolables y reacios a cualquier tipo de dirección rigurosa. La sombra de la voluntad no los cobija. Su haber caprichoso está condenado como referencia a la mera trama anecdótica. La historia de una sociedad es la evolución de las ideas que la han venido amalgamando y que se consolidan por su dirección y su utilidad en genuina expresión cultural, maneras de hacer y pensar que reflejan nociones básicas y estructuradas de un complejo social. Esas nociones que no desaparecen dan lugar a situaciones conceptuales más elaboradas cuya exigencia intrínseca de explicación puede conducir las a las vertientes religiosas o del mito cuando la inteligencia es incapaz digerirlas. Es aquí donde el auxilio de un método de conocimiento sólido se hace inaplazable.

Como ya hemos señalado las ideologías que prevalecen en una sociedad no son ciertamente arbitrarias, antes bien, son la recapitulación de hechos históricos específicos que motivados por grupos sociales atienden un inmediato interés político; asuntos que competen a la figura estatal y que deben quedarse reconciliados con los individuos, en lo sustancial, tal y como están. Para Gramsci hacer " historicidad " de las cosas con el fin de conocerlas y ver su proyección no es asunto de moralidad sino de estricta política. Si el conocimiento no se redescubre en una aplicación social entonces es espurio, únicamente libresco. Para el caso de las ciencias naturales su valor radica, nos dice nuestro pensador, no tanto en su criterio inquisitivo de verdad o falsedad. Aunque en estricto sentido ese es su motor lo más importante de ellas está en la infalibilidad del método que utilizan para acercarse a su evaluación final. Su baluarte está -amén de su resultado ideológicamente sesgado - *en dotar al ejercicio crítico de un método analítico y sintético que al depurar el pensamiento permita traspasar esa actividad al ámbito social.* Para Gramsci las ciencias pueden y deben extirpar de las sociedades el mal de siglos de atraso que representa el desempeñarse bajo la pauta acrítica y espontánea del sentido común. Para él era impensable que la modernidad científica y tecnológica producto de la lucha política y mercantil mantuviera incólume ese resabio. Si al hombre le correspondía dentro del reino animal y vegetal el derecho de transformar su entorno debieran combatirse prioritariamente esos acríticos niveles de conciencia que impiden el desarrollo y evolución continua de la humanidad:

" El trabajo científico rectifica la manera de conocer, rectifica y refuerza los órganos de las sensaciones, elabora principios nuevos y complejos de inducción y deducción, es decir, afirma los instrumentos mismos de la experiencia y la verificación... aplica su conjunto instrumental para establecer lo que en las sensaciones es necesario distinguiéndolo de lo arbitrario, individual y transitorio. Se estableció así lo que es común a los hombres, lo

*que todos los hombres pueden verificar del mismo modo independientemente los unos de los otros”.*³⁵

La realidad objetiva como obsesión científica no es para el autor lo más importante sino la oportunidad de ofrecer un método que ordene el pensamiento para su tarea de conocimiento. La ciencia unificando criterios debe ofrecer elementos de juicio que refuercen los mecanismos lógicos de pensamiento independientes a particulares puntos de vista. Por esta oportunidad la ciencia es *universal* y provee la facultad de distinguir entre un accidente y una ley.

Puesto sobre esta tela el conocimiento y la implementación de un método crítico adquiere dimensiones que en lo social y lo ideológico llevan inevitablemente al orden político. La cultura entendida como una forma rutinaria de ver y hacer no escapa, por su carácter de recreación, a la tarea del Estado.

Como conclusión a este apartado es interesante mencionar la opinión de Gramsci sobre el Fordismo y el Taylorismo en América como formas de producción que desataron dentro de esa sociedad, al controlar los hábitos y conductas de obreros aún fuera del espacio de trabajo, una verdadera “cultura fabril”. Se trataba, como él señala, de crear en el obrero actitudes maquinales y automáticas que en su reiteración le volvieran irreflexivo y falto de inventiva. El obrero perdía la iniciativa que podría desplegar en otras actividades o la reservaba para las disposiciones del trabajo. Su entorno ya no era el de los hombres sino el de las máquinas, su libertad estaba sujeta a horarios y su participación al pago por un servicio: nada capaz de recrearle ese ambiente fuera del ambiente en sí lo haría artífice de tarea alguna y menos aún si ese algo no reportaba un beneficio individual o familiar. En todo esto hubo de preexistir una necesidad y una serie de técnicas de re-educación.

3.1) El papel de los intelectuales.

Gramsci reiteraba que en las masas la filosofía no puede vivirse sino como una fe, un saber que en su calidad de verdad llega a nosotros de manera fortuita y por aproximación. Cegada por la retórica, la esperanza, la ilusión, el elemento popular es capaz de sentir pero no siempre ni cabalmente comprende aquello que percibe. Por eso es que a nuestro autor le interesa tanto el arraigo que consigue este tipo de fervor por ejemplo en el terreno religioso. La religión es un acto de creencia, no de crítica. En la voz del profeta las masas se levantan y buscan ansiosas el horizonte que en la tierra no han de encontrar. Al no criticar con agudeza lógica y analítica la masa no discierne ni evalúa certeramente, se lanza. Su educación elemental, anacrónica, descansa en el eco que hacen el rumor y el sentido común en su forma más simple. La masa precisa irrenunciablemente de un líder.

³⁵ Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, pp. 63- 64.

La cultura moderna, producto del Estado capitalista que ha hecho de la historia *Historia Universal* es particularmente idealista. Sus pretensiones descansan en el día de mañana que llegará sin duda con la fuerza del progreso. Y la suya no es una cultura popular. Si así fuera vivirla del folklore y para él, de la superstición pertinaz que al cabo de siglos no languidece. La masa y el progreso antes que un binomio son una contradicción. El sentir popular difícilmente se topa con el progreso porque le cuesta mucho orientarse. La masa por definición carece de ese sentido y quiere ansiosa reconocer fuera de sí a alguien capaz de canalizar esa espontaneidad vigorosa sin reparar finalmente en el rumbo de su trayectoria.

El interés de Gramsci por los intelectuales descansa en el conocimiento que ellos poseen pero nunca de forma libreca. Lo que de ellos interesa es su saber organizado, o sea, la habilidad que tienen de sistematizar y que en ellos ya ha constituido su conciencia. Los intelectuales para él son exactamente eso: idóneos instrumentos de organización, para el caso que nos ocupa, social y política. En torno a ellos la estructura y la superestructura dentro del Estado se unifican y mediatizan la relación entre la sociedad política y la sociedad civil. Su voz no es la de ellos (personalizada, individualizada,) sino la de uno de los grupos sociales en que se encuentran y al cual por una cuestión orgánica representan. La dominación política y la hegemonía de una clase social se logran en la medida que la postura intelectual logra articularse y acoplarse para tales efectos con las pretensiones del resto social. La noción especial que Gramsci contempla en los intelectuales hace referencia no a una figura como a un grupo específico de hombres que ejerce en su calidad de grupo político una función organizativa en un sentido muy amplio, o sea, abarcando todos los niveles de la sociedad (culturales, políticos, económicos,). Son sí, el punto que oscila entre el cielo y la tierra. En el cauce moderno los intelectuales no corresponden a una aristocracia cultural como en el medioevo, al contrario, forman parte de una realidad socio-política compleja y de constantes altibajos. A la pregunta expresa de si los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente o de si cada grupo tiene su propia y especializada categoría de intelectuales debe responderse, según nuestro autor, tomando en cuenta la posición que las actividades intelectuales realizadas ocupan en el complicado sistema de relaciones sociales en que los mismos intelectuales se ubican:

"...un trabajador está definido como tal, no porque lleve a cabo predominantemente una labor manual sino porque cualquiera que sea la labor que efectúa, él mantiene siempre cierto componente de labor mental, él está siempre dentro de ciertas condiciones y ciertas relaciones sociales".³⁶

Y su papel no estará definido por la carga de su trabajo sino *por su lugar*, terminante, en las relaciones de producción. En este plano *todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres en la sociedad tienen la función de intelectuales*. El intelectual insistimos sólo se describe "*en función de...*". Es el empleado

³⁶ Showsatack. Ane; *ibid* pág. 149.

digamos de la hegemonía social, del gobierno político, del Estado hegemónico, del grupo; con quien puede disentir o aprobar o colaborar para hallar solución política conveniente durante los momentos de crisis. Así pues la autonomía de los intelectuales existe en la medida de que deben desenvolverse entre la sociedad política y la sociedad civil con cierta reserva. En su organicidad los intelectuales han determinado sus funciones y el grado en que éstas van definiendo su capacidad de maniobra. Los intelectuales actúan motivados por la educación e instrucción recibidas y que los capacita para liderar dentro de esas pautas a un grupo social. Ellos son el producto inmediato de una comunidad a la que deben resguardo y a la que de manera innegable se vinculan.

“ el empresario capitalista crea para sí el técnico industrial , el especialista en economía política, el organizador de una nueva cultura, de un nuevo sistema legal, etc...”³⁷

En este caso y sin poder evitar que sus actividades especializadas lleven un estrecho vínculo con las necesidades económicas y corporativas de la clase capitalista, el grupo de intelectuales a su vez requiere de otros intelectuales seleccionados para la organización de la sociedad en general. No se trata de aceitar y renovar piezas de la maquinaria productiva atendida por un mantenimiento especializado; debe existir la certeza de que la sociedad en su conjunto habrá de demandar la producción que le es ofrecida y para la cual los especialistas mismos se han preparado sin que eso signifique, dada su limitación, poder ampliar sus funciones. Se trata así de asegurar por la vía de la expansión intelectual –organizativa- la creación de condiciones favorables para seguir impulsando a la propia clase o grupo social o, por lo menos, de encontrar quiénes en esa trama organizacional posean las cualidades requeridas para confiarles actividades específicas a futuro.

Los intelectuales no son únicamente organización ideológica, son la materialización y personificación de una conciencia clasista. Ellos pertenecen como categoría al mismo período histórico que la clase que los elabora al tiempo que dan a su clase homogeneidad y conciencia de su propia función económica, social, política. Ellos son la expresión ideológica-organizativa de una hegemonía en marcha.

Como grupo antagónico la clase proletaria debe preocuparse por crear su propia cadena intelectual, aquella que responda eficientemente al interés de ese estrato. La formación de una nueva orden de intelectuales al interior de una clase y como la alternativa política propuesta por Gramsci implicaría, con el cumplimiento de funciones ideológicas y organizativas diferentes a las de la hegemonía existente, la elaboración de una nueva cultura o manera de ver y hacer el mundo:

³⁷ Gramsci Antonio op cit Showstack Ane; idem pág. 152.

" El tipo tradicional y vulgarizado del intelectual está dado por el literato, el filósofo, el artista...En el mundo moderno, la educación técnica ligada estrechamente al trabajo industrial ,aún en los núcleos más primitivos y no calificados, debe formar la base del nuevo tipo de intelectual ...El modo de ser de un nuevo tipo de intelectual ya no puede consistir en la elocuencia motora, exterior y momentánea, de los afectos y las pasiones, sino que el intelectual aparece insertado activamente en la vida práctica como instructor, como organizador, "persuasivo permanentemente" pero no como simple orador..."³⁸

Es la complejidad de los propios Estados y la del mundo cultural la que define las tareas y perfiles del grupo intelectual. A diferentes niveles de desarrollo existen diferentes grados de intelectualidad según lo manifiesta, de acuerdo con Gramsci, la correlación *intelectuales-escuela-desarrollo técnico industrial-desarrollo técnico cultural*. Efectivamente, la complejidad de esta función puede medirse por la cantidad de escuelas especializadas y su jerarquización al interior de los Estados: cuanto más amplia es el área escolar y cuanto más numerosos son los grados verticales de la enseñanza, tanto más complicado es el mundo cultural y la civilización de un Estado. Una descripción así puede vislumbrarnos la tarea del nuevo intelectual ineludible a la integración de la unidad social. Fuera de esta proyección la imagen dogmática del anacoreta monástico ya no existe, del mismo modo que la integración social ya no puede dejar de pensarse como una función política en la cual una dirección " inexistente o nebulosa" diera lugar a una nueva " fuente ovejuna".

3.2) La sociedad civil.

Como parte complementaria de la sociedad política la sociedad civil debe ser también comprendida dentro del concepto de Estado como una fórmula que garantiza en éste la postergación de un equilibrio inestable, momentáneo, al interior del conjunto social. De acuerdo con Gramsci y fuera de esta ecuación la sociedad civil se vuelve una noción dispersa o ambigua. Cuando nuestro autor nos dice que el Estado opera también a través de organizaciones falsamente privadas como la iglesia, los sindicatos, la escuela, etc., quiere decir que la sociedad civil bajo la égida de la ideología dominante es finalmente un agente corporativo cumpliendo su compromiso de subalternidad.

" El cambio de significado que sufre el concepto de sociedad civil en Gramsci con respecto de Marx no lo debemos buscar en la definición o el concepto. Creemos que es algo más profundo o histórico . Responde al momento del estudio de las condiciones subjetivas dentro del tiempo

³⁸ Gramsci, Antonio; *Los intelectuales y la organización de la cultura*; Juan Pablos editor; México, 1975; pág. 14.

*histórico que le tocó vivir a Gramsci . Cambio que se debió a las experiencias propias del pensador italiano: su actividad política, la crisis del estado liberal, el advenimiento del fascismo y la congruente transformación de la sociedad civil”.*³⁹

Los distinguos que sobre el concepto sociedad civil hay entre Marx y Gramsci no deben buscarse en el concepto sino en el recurso histórico. Cuando Marx ve la sociedad civil como un elemento estructural lo hace porque, efectivamente, en ella se suceden todos los enlaces y las relaciones que hacen la vida económica; la sociedad civil es el motor y el móvil de toda transacción ¿o es que llegan las mercancías por sí mismas a los centros de intercambio, se intercambian entre ellas por sus propios deseos? La sociedad civil en esta perspectiva es el lugar de recreo de la ideología burguesa, el sitio en que las relaciones económicas y jurídicas cobran auge. Pero sucede que al hablar aquí de relaciones jurídicas, de aspectos normativo-organizativos, la sociedad civil ya no es base del estado, *estructuralidad pura*, o no solamente eso. Como organización y reglamentación que se reconoce en el ejercicio del Estado como un ejercicio ético, dice Gramsci, la sociedad civil es parte activa, protagónica de un momento *superestructural* y con ello, parte clave de la promoción ideológica, cultural, espiritual e intelectual dentro del Estado hacia *lo nacional*. Esta es la parte que más interesa al pensamiento gramsciano y que llega hasta nuestros días con clarividente resonancia: ¿ es la sociedad civil en la era de la globalización parte clave de la promoción ideológica, cultural, espiritual e intelectual hacia lo nacional; o es el estado quien decide cuál es y cómo se distribuye esta promoción relegando a la sociedad civil al terreno ‘de lo estructural’? Gramsci no niega que la sociedad civil sea ‘el reino de las relaciones económicas’ pero no puede dejarla ahí porque en ella está ser cualitativamente diferente. Cuando él nos dice que “la historia de un pueblo no se puede documentar sólo por hechos económicos” nos dice que en la sociedad civil recaen –y con mucho peso- decisiones políticas que pueden transformar radical, totalmente, los momentos de crisis política:

*“ El anudamiento de la causación es complejo y embrollado y sólo ayuda a desentrañarlo el estudio profundizado y extenso de todas las actividades espirituales prácticas”.*⁴⁰

Y entiéndase por lo anterior *actividades históricas*. Porqué cuando parece que la sociedad civil en diferentes momentos tiene la oportunidad de decidir ‘revolucionariamente’, transformadoramente, su desarrollo político los cauces que la llevaron a esa algidez terminan por hacerse nudo? Este sería un buen prólogo a la obra de Gramsci. Según parece, ocurre que en último instante el Estado democrático en medio de la turbulencia hace concesiones ‘transformistas’ que le permiten engullir los movimientos sociales y asimilarlos, hacerlos parte de sí. El Estado no actúa solo, sus administradores no están solos ni en desorganización u organización a medias. Inclusive

³⁹ Piñón, Francisco; *ibid* pág. 282.

⁴⁰ Flores Olea Victor; *Marxismo y democracia socialista*; UNAM, México, 1974, 2ª edición, pág. 25.

sus alcances, sus nexos, sus ayudas, pueden estar más allá de la frontera que hace a la burguesía nacional. Visto así el Estado es una trinchera que contiene a una parte importante de la sociedad civil cuando ésta se subleva: las crisis económicas y políticas forman ya parte del sistema capitalista. Esto no es mero economicismo: las crisis económicas no garantizan nada contra los bastiones políticos de la sociedad civil si estos se mantienen con un mínimo de cohesión. La estructura económica no será la que regule mecánicamente las instituciones políticas pero sí puede determinar su grado de eficiencia. Un Estado moderno democrático, republicano, etc; no confronta a la sociedad civil, consensu con ella de la misma manera que el capitalista no explota al trabajador: contrata sus servicios a cambio de una remuneración que le permite su subsistencia. La diferencia terminante entre la sociedad civil hoy y la clase proletaria no está en el cuello blanco o el calzado industrial, sino en la conciencia de clase que el grueso de la población en la era global, abiertamente asalariada, va a asumir cuando vea truncas sus perspectivas de crecimiento o mejoría de vida.

El Estado capitalista tiene hoy como ayer una doble tarea política: convencer a los asalariados que el capital tiene una noble labor en el territorio nacional y segundo, que él es un Estado democrático a saber, un espacio donde se impone "la decisión de la mayoría ciudadana".

Ante el triunfo del fascismo Gramsci se preocupó por elaborar una teoría revolucionaria que en un acentuado marco leninista fuera capaz de atender las necesidades sociales y políticas del occidente europeo dispares y mucho más complejas que las formaciones de la Rusia zarista:

"...entre el poder político y las masas explotadas (de occidente) se había integrado una sociedad civil altamente diversificada y representativa de múltiples intereses encontrados, fundamentalmente heterogénea y capaz de resistir el efecto catastrófico de las crisis; los antagonismos y las tensiones eran reabsorbidos por ella con cierta facilidad y rapidez"⁴¹

Si Lenin había tenido el acierto de conducir la toma del poder para la clase proletaria por la vía de un ataque frontal, era claro para él y para Gramsci que aquella eventualidad sería prácticamente imposible de repetirse en incursiones futuras. De entonces en adelante, ante la sólida formación de las democracias occidentales que frenarían cualquier intento de asalto directo al Estado, hubo la necesidad de desarrollar para la causa revolucionaria la teoría de la guerra de posición:

"La estructura de la sociedad civil (occidental) presentaba un sistema de trincheras que, aún debilitadas aquí y allá, era capaz de organizar en el momento decisivo una línea de resistencia eficaz. De lo que se deriva que en

⁴¹ Idem

una sociedad compleja y múltiple las masas no pueden ser lanzadas sin menoscabo a la toma del poder."⁴²

Dentro de las filas del socialismo ruso la clásica interpretación de la crisis económica como momento oportuno del estallido social –estructural, fuente de esperanzas revolucionarias y libertarias, se había convertido ya en una doctrina. Ese "economicismo" dejaba de lado la complejidad del conjunto social y el refuerzo adquirido por el Estado ante la resistencia exitosa a crisis repetidas. Si la parte estructural por razones materiales no podía asegurar ese refuerzo necesario, tocaba a la parte superestructural crear las condiciones que mediatizaran en el ánimo de la sociedad los embates de una depresión pasajera y momentánea a la que el espíritu pudiera sobreponerse. Se trataba de ofrecer a una imposibilidad material el júbilo que hay en alcanzar en medio de las adversidades un comfortable ideal. Por eso la sociedad civil en Gramsci es un momento superestructural y no una descripción física exclusivamente, es decir, ella representa con su *proceder* el conjunto ideológico-cultural-intelectual en el contexto socio-político. Ella no es como el marxismo ramplón lo entiende "un elemento de las relaciones económicas" que peregrinamente da lugar a la esfera política. En la concepción del Estado capitalista la sociedad civil es el cimiento inmediato, consistente y flexible de la superestructura política y jurídica mismas. Su quehacer es la expresión del pensamiento que integra a los diferentes estratos de esa comunidad convirtiéndose en pensamiento afín, un hacer y un pensar que determinan lo que para cada uno es común y valorable. En su forma ideal la sociedad civil se distingue como momento posterior al de un primario orden organizativo en la vida estatal: como sociedad consciente de sus finalidades y determinaciones políticas la sociedad civil debe condicionar y regular el ejercicio del Estado sin que este vínculo pudiera ser de otra forma. La sociedad civil es condición de consenso, la instancia a través de la cual la sociedad política llega al poder y lo utiliza.

Como un hecho de reestructuración social una verdadera revolución debe identificarse con el repensar de la vida cultural entendida como la labor práctica hasta entonces conocida. Un reacomodo de tal tipo llevaría a la sociedad en cuestión directamente a ser diferente, a una sociedad que Gramsci llama "*más política; servirse del elemento político, tener menos miedo a la política*". Desde la visión dominante la opinión pública es el contenido político de una voluntad política que puede ser discordante. Con miras a controlar ese ambiente cultural donde la decisión política se hace opinión pública y cotidiana, se desata la lucha por la propiedad de esos órganos formadores de un criterio masivo: prensa, radio, partidos políticos, congresos o parlamentos, televisión, etc. La opinión así surgida es la concreción del enlace necesario entre la sociedad política y la sociedad civil, circunstancia que favorece el consenso en torno a cada acto que se practica y que constituye la suma de un proyecto. La labor funcional de la sociedad civil

⁴²Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*; Juan Pablos editor; México, 1975; pág. 94.

queda ahí, en constituir con su aval las condiciones propicias para que el bloque histórico o la hegemonía capitalista logren llevar a mejor puerto su propuesta política.

II.- EL CONTEXTO SOCIOPOLITICO DE LA GLOBALIZACION EN AMERICA LATINA

1.- EL CONCEPTO DE GLOBALIZACION Y SUS CARACTERISTICAS.

Resulta innegable el activo papel del Estado dominante en la construcción de la sociedad global así como inconsistente el hecho de menospreciar esta influencia para los fines de análisis sobre el contexto internacional en cualquiera de sus enclaves. La era global se descubre a los ojos de todos como el cenit de la expansión capitalista por el mundo y con ello, la historia del mundo se universaliza con la potencia que antes no pudo alcanzar. Aunque las formas de control del Estado siguen siendo predominantemente nacionales, su contenido se ve sujeto en lo elemental a presiones externas cuyos intereses están determinados por el beneficio del capital en este su recorrido. En el desempeño competitivo que ilustrará indefectiblemente la nueva realidad transnacional la eficiencia de la base económica en cada Estado del mundo se eslabona para instituir, de facto, la *base estratégica* del sistema. En esta trama de hegemonía internacional y dominio podemos reconocer que la mecánica en la centralización del poder local mantiene lineamientos que aseguran *por asociación de intereses* la ambientación y reproducción del sistema capitalista en su conjunto; una reproducción que se asegura desde el poder del Estado a nivel nacional por una coincidente *analogía* con el resto del mundo, situación que estructurada a nivel internacional y sin alguna otra alternativa ideológica *como contrapeso real*, ofrece en términos políticos y económicos lo mejor que el capitalismo puede dar. Por tal motivo el pensamiento de Antonio Gramsci y su teoría de la Hegemonía nos aproximan con mucho acierto a los mecanismos que en nuestros días rigen las leyes del juego global. Sobre las extensiones del mercado y el capitalismo global López Villafaña nos dice:

"Uno de los grandes saltos de los conglomerados humanos consistió en el establecimiento de organizaciones económicas estables que hicieran viable la reproducción de la vida. El desarrollo de la agricultura en el entorno inmediato fue la base de este primer impulso. Luego siguió el desarrollo de la manufactura y de las primeras industrias. Mas tarde vino la necesidad de buscar mercados externos para colocar los excedentes de la producción que la economía local no podía absorber, y concomitantemente la obtención de productos o la realización de negocios en los mercados que aumentaron la rentabilidad e hicieron factible el intercambio entre diferentes mercados. Así

pues, es desde el surgimiento de relaciones estables entre las diferentes regiones y mercados del mundo desde donde se puede hablar de globalización".⁴³

De acuerdo con Villafaña podemos entender la globalización como correspondiente a una nueva etapa en el desarrollo del sistema capitalista que deja atrás los límites de "lo nacional" para desenvolverse ampliamente en un ámbito de interés "transnacional", guiándose por una lógica que obedece a las necesidades impuestas por distintos actores económicos que liderean este proceso en el plano mundial. Jhon Gray, a quien su descripción profesional reconoce como profesor en la Universidad de Oxford, ha publicado en fechas recientes un texto que interpreta "las desilusiones del capitalismo globalizado" bajo el título de *Falso amanecer*. En uno de los párrafos a esa composición crepuscular puede leerse lo siguiente:

" Una parte importante del debate actual confunde la globalización –proceso histórico que durante siglos ha estado en curso – con el efímero proyecto político de un libre mercado de amplitud mundial. Entendida con propiedad, la globalización se refiere a la interconexión creciente de la vida económica y cultural entre las distintas partes del mundo. Este es un rasgo cuyos inicios podrían fecharse en un análisis retrospectivo en pleno siglo XVI, en la proyección del poder europeo hacia otras partes del mundo a través de políticas imperialistas... Los pensadores convencionales se imaginan que la globalización tiende a crear una civilización universal mediante la propagación de los valores y las prácticas de Occidente, particularmente, del Occidente anglosajón ".⁴⁴

La opinión del profesor Gray parece puntual aunque creemos pertinente hacer algunas observaciones que el referido texto no aclara. Efectivamente, la globalización y "el proyecto de un libre mercado a nivel mundial" no son lo mismo, pero debemos entender que los procesos históricos se suceden albergando proyectos políticos que definen el curso de lo que llanamente reconocemos hoy como la *Historia*. Los *procesos* como los *proyectos* citados son por definición momentos que quieren dar lugar a algo preconcebido y que de suyo, se considera valioso. En la perspectiva gramsciana como veremos economía y cultura aún como hechos perennes, son aspectos que en lo político y en lo histórico, confluyen. La globalización estamos ciertos, es un escenario ideológico donde se presenta la puesta del mercado mundial en expansión, en universalización; un alarde de ciencia y tecnología que estrechan caminos y que los Estado nacionales y sus instituciones falsamente privadas vitorean como la maravilla de la modernidad que sólo se alcanza con la apertura comercial y el desarrollo nacional correspondientemente afín. La globalización ni es un fenómeno fortuito, natural o espontáneo ni mucho menos incentivado por la nobleza de las gentes que liderean las empresas comerciales en el

⁴³ Villafaña López Victor; *Un informe del UNRISD para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social; Globalización y regionalización desigual*; Ginebra 1995; libro XIII, pág.18.

⁴⁴ Gray Jhon; "Falso Amanecer", *Nexos*, México, noviembre de 1998, pág. 13.

mundo y que financian investigaciones para ver un mundo 'tomado de la mano'. La expansión de la humanidad por el mundo ha sido una constante no desde el siglo XVI sino que alcanza los tiempos más remotos del mundo conocido, pero es hasta las últimas décadas que ese fenómeno alcanza una potencia y vertiginosidad tal que su peculiaridad histórica nos permite hablar en cualquier parte del mundo de un mismo tema sin equívocos: *la globalización*. Estamos de acuerdo con Gray cuando dice que este fenómeno es una interconexión creciente de la vida cultural y económica entre distintas partes del mundo pero preguntémosnos, a qué inercia obedece ese *ritmo creciente*, cuál es su hábito de fuerza que le permite propagarse con características comunes y perceptibles entre diferentes culturas. La globalización afecta la vida de los ciudadanos en el mundo si no de igual manera sí de forma infalible. Estas personas no están conviviendo depositadas *en tierra de nadie*. Viven asociadas, organizadas, bajo el contexto de la ley al interior de un Estado que rige su desempeño cotidiano en un marco de *intereses comunes* y de aspectos organizativos (ideología, trabajo y cultura, básicamente). Si decimos que la globalización incide sobre la vida de los individuos a través de aspectos 'económicos y culturales' ¿debemos entender que lo hace fuera del margen estatal, del margen capitalista, del margen democrático, del margen del consenso, de la teoría política de la Hegemonía propuesta por Antonio Gramsci? Hoy, al margen del Estado no hay nada ("*...o casi nada / que no es lo mismo pero es igual*", como diría el cantautor cubano Silvio Rodríguez *en una de sus letras*.). Economía y cultura son piezas elementales del desarrollo social que no pueden pasar inadvertidas por los Estados modernos en su labor política de promover y reproducir lo que presumiblemente su sociedad quiere que reproduzcan. Crear una 'civilización universal' en la que el mercado y el capital financiero puedan operar con altos rendimientos sigue siendo el ideal imperialista que no se puede ignorar en la era de la expansión *universal* ¿o puede el capitalismo obtener mayores dividendos ahí donde es denostado, donde priva la incertidumbre, la inestabilidad económica y política?, ¿Se conforma el capital acaso con no expandirse, con no lograr su universalización? Los valores y las prácticas del occidente y *principalmente del occidente anglosajón* son las asignaciones ideológicas y culturales que en la era del mercado mundial han demostrado ser propicias para la exploración y explotación del capital, yendo a la par de un desarrollo científico y tecnológico que economizando ofrezca mayores y mejores resultados para los practicantes. ¡Este pensamiento convencional es el que la historia de la sobreexplotación ha forjado! Si algo alienta al fenómeno global es el auge de la expansión comercial que lo ha visto nacer, crecer, reproducirse y que no puede separarse de la práctica estatal como función ideológico-política. La globalización no escapa a la política ni la erosiona, la somete al imperio de un mercado que se universaliza. El profesor Gray señala con desdén a los 'pensamientos convencionales' pero no les da nombre. En la perspectiva de Antonio Gramsci el marxismo tiene por principio justamente eso: lidiar contra la convencionalidad de pensamiento que paradójicamente en la era de la industrialización, la modernidad o posmodernidad todavía nos inunda. Antes que Jhon Gray, Karl Marx ya vaticinaba esa universalización del mercado y de un ambiente ideológico propicio en la mira de las 'grandes finanzas'. *La globalización*, como eufemísticamente se ha dado en llamar esta promoción *de un mundo al alcance de todos*, se ha convertido ya querámoslo

o no, en la ideología del capital: ideología, economía y cultura; tres pilares en la existencia social que sirven de acicate a la escalada global no pueden menos que volver a ser puestos sobre la mesa de discusión. Por la necesidad de ese análisis y de un contrapeso ideológico que nos permita ver la realidad desde otra perspectiva es que hemos traído a Antonio Gramsci. Globalización, globalidad, globalismo, aldea global, etc; no son situaciones fortuitas e independientes en la historia de la humanidad. Son un proceso que el capital ha inaugurado y le beneficia, insertándose por ese hecho en el curso de la *historia que se hizo mundial*. Hay algo más que hoy se puede decir de la globalización y que ha acelerado su expansión y auge por el mundo: ella forma parte primordial de un proceso de reestructuración económica internacional reciente ¿O es que no ha existido una crisis -esclerosis- del mercado financiero mundial hace un par de décadas?, ¿no hacían falta nuevos mercados dónde invertir dinero estéril?, ¿no había necesidad de acelerar la apertura e integración comercial en el mundo y con las regiones que no estaban integradas a este sistema? Y para concluir: ¿no había necesidad de convencer al mundo -potencial comprador de mercancías y servicios- de las bondades que ofrece un mercado floreciente como el que hace a los países más industrializados del mundo, de salir finalmente de la semindustrialización, del tercer mundo; de vivir de una vez y para siempre en una cultura de progreso incesante?

Hecha esta ambientación aclaratoria el significado del concepto "globalización" no es ahora dado por el investigador Rodolfo Cerdas:

" Entendemos como globalización el acelerado proceso de cambio que en el ámbito mundial se ha venido desarrollando en todos los ámbitos del quehacer humano, pero muy particularmente en lo referente a lo militar, lo económico, el comercio, las finanzas, la información, la ciencia, la tecnología, el arte y la cultura. Este cambio ha conectado por primera vez, de manera prácticamente inmediata, a todas las regiones del planeta entre sí y proyectando de igual forma los efectos del acontecer en esos diversos campos a lo largo y ancho de toda la geografía planetaria. Sin embargo este proceso no tiene un carácter unívoco e igual. Sus formas de expresión, así como su significado se van matizando por una serie de condicionamientos que colocan, en una nueva dimensión, las diferenciaciones sociales y culturales al interior de cada sociedad y entre las sociedades mismas ".⁴⁵

Como expresiones elementales del desarrollo de las sociedades y los Estados, la economía y la cultura establecen los principales condicionamientos al fenómeno global sin ser erosionadas pero tampoco manteniéndose indemnes a este empuje. Como un fenómeno moderno, una expansión voraz de los logros alcanzados dentro del capitalismo, la globalización sacude jerarquías institucionales a fin de ocupar un sitio entre ellas. La era global acelera el desarrollo de la información, del comercio, de la industria, dejando en

⁴⁵ Cerdas, Cruz Rodolfo; *América Latina, Globalización y Democracia*; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Costa Rica; 1997, pág. 27.

un segundo plano a las clases o grupos sociales que no se incorporaron al aire de modernidad que la agita. Su ideología es la de la modernidad, su cultura la de la eficiencia. Cada espacio que la globalización gana en el mundo a través de sus adeptos busca ser un anclaje para el capitalismo en lo económico y en lo político. Su éxito es ese, ganar adeptos en una época de crisis en la que el mercado se tiene que ampliar. *Economía y cultura* establecen los propios condicionamientos en la jerarquización de un sistema que ha hecho de la desigualdad su motor y su razón de existencia. Las culturas del mundo no deben su existencia al mercado y para que éste se les pueda integrar aún con el riesgo de desestabilizarlas tiene primero por la vía de la promoción estatal y de la burguesía nacional que reconciliarse con ellas, hacerles saber de los beneficios que puede proporcionarles este giro visto como un despegue *moderno* (v.g. sin tradicionalismos) en conjunto y en proyección nacional: ir a la par del mundo en la búsqueda por la vanguardia. Es desde aquí que podemos señalar algunas de las características relevantes de este fenómeno, por su agudeza, propio de fines del siglo XX. Colocados en esta perspectiva podremos comprender mejor sus significados políticos y sociales en América Latina ante el nuevo sistema de relaciones internacionales surgido después del fin de la guerra fría y la desaparición de la URSS, ambos temas sucesos clave en la ubicación temporal de este auge globalizador y que nos permitirá extender nuestro trabajo hasta los fines inicialmente proyectados.

Entre las características de la globalización que permitan acercarnos al mayor dimensionamiento posible de este fenómeno y que son *universalmente aceptadas*, podemos mencionar las siguientes:

- i) *Su carácter global.* Esto quiere decir que en la época contemporánea los fenómenos que tienen lugar en un sitio del planeta se proyectan sintomáticamente en otras regiones del orbe con consecuencias hasta superiores a las esperadas, rebasando con mucho la estricta referencia nacional. Si el comercio internacional unió al mundo, debe mencionarse que los medios de comunicación vía satélite y el desarrollo de la computación hacen del planeta uno solo de alcance simultáneo. Quedar al margen de esa interconexión global es quedar fuera del curso normal de la historia y marginarse de las corrientes más fuertes del desarrollo científico, tecnológico y cultural de la civilización.
- ii) Otra característica está dada por la *universalidad o generalidad* del fenómeno. Su desenvolvimiento abarca todas las esferas del quehacer humano: el comercio, las finanzas, la economía, la ciencia, la tecnología, la política, etc. Nunca antes en el curso de la historia esta interconexión y su claridad nos habían sido tan manifiestas como las dos décadas recientes lo han probado.
- iii) *Su asimetría.* No obstante su condición global y universal, la globalización no tiene un mismo impacto en naciones como El Salvador, Nicaragua o Bolivia; que entre aquellas que integran el Grupo de los Siete o cualesquiera países del llamado

primer mundo. Los filtros sociales y nacionales, en relación directa con el nivel económico, financiero, cultural, militar y tecnológico de cada sociedad, juegan aquí un papel clave para determinar los alcances y significaciones reales y concretas del fenómeno global.

- iv) *Su carácter diferenciado.* Los costos y efectos de este proceso se distribuyen de manera diferente en las distintas partes del planeta. Los descubrimientos e innovaciones no tienen así igual realce según se trate de países desarrollados o subdesarrollados, según se esté en la elite social, política y cultural dirigente de la nación, o en uno de los estratos marginados o subalternos, etc. Hay, evidentemente, una diferenciación que no puede ignorarse, aunque haya también una interconexión que no deja de operar e influir en todas partes.
- v) *Su acelerada manifestación.* Los fenómenos que la caracterizan se han producido en un lapso menor al promedio de una generación, y ciertamente inferior a lo que dura el lapso de vida humana en promedio. Esta misma condición nos explica por qué la globalización nos parece *devastadora*. Se trata de un fenómeno socio-histórico que ha sacudido desde sus raíces los mecanismos de estructuración social y política prevalecientes a lo largo de todo el siglo XX. La modernización económica y el cambio social que la ha acompañado, tienden a separar a los pueblos de su identidad local tradicional, debilitando en general, al Estado como elemento de identidad común. Se quiebran así los tradicionales referentes políticos, morales y costumbrismos conocidos. Sin ser fatal, la crisis de un lugar es rápidamente asimilada en otro sitio.
- vi) Es interesante señalar que la globalización provoca en las sociedades actitudes que podríamos calificar de *instintivamente regresivas*. La pérdida que la acompaña de los referentes sociales tradicionales, a los que estaba habituado el ciudadano y las colectividades, lleva a los individuos en retroceso a los referentes comunitarios más primarios: la religión, la etnia, el neo-nacionalismo, ya sea de carácter religioso, étnico o cultural y, en última instancia, a la fuerza como mecanismo cohesionador y estructurador de un orden que se percibe en decadencia.⁴⁶

Qué es a todo esto la globalización, concretamente: el referente ideológico de la expansión comercial, la serie de ideas que entrelazadas definen una realidad y dan a las sociedades un sentido o un proyecto para sus vidas. Un proyecto que impulsado desde el Estado y por la clase social que lo administra da curso a *un proyecto nacional*. En la globalización no todo es radiante y eso es algo que debemos enfatizar porque es necesario cuando mayormente se pregona el buen asombro. Concluyamos el presente apartado con las palabras de Carlos Marx que creemos amén de la redundancia, muy oportunas:

⁴⁶ idem, pág. 29.

" La humanidad adquiere el dominio sobre la naturaleza pero al mismo tiempo el hombre se convierte en esclavo de los hombres y de su propia infamia. La misma luz pura de la ciencia parece que tiene la necesidad, para resplandecer, del contraste de la ignorancia. Todos nuestros descubrimientos y todo nuestro progreso parece que tienen por resultado dotar a las fuerzas materiales de una vida inteligente y de degradar al hombre hasta convertirlo en una simple fuerza material. Este antagonismo entre la industria y las ciencias modernas por un lado, y la miseria y la decadencia por otro, esta contradicción entre las fuerzas productivas y las condiciones sociales de nuestra época son un hecho, un hecho patente, innegable, aplastante".⁴⁷

2. - EL CONTEXTO SOCIO –POLITICO DE LA GLOBALIZACION.

Es difícil negar que la intensidad de la producción que hoy mueve a la economía mundial ha motivado una serie de cambios en la vida diaria de las personas en cualquier parte del mundo, más aún cuando se descubre que esas poblaciones se han integrado recientemente y con bríos a la dinámica del comercio mundial. En la última década la llamada 'producción nacional' (de mercancías, de plusvalía) se disipa y abruptamente se vuelve *producción internacional*. Los Estados modernos no viven y producen ya para la exclusiva situación nacional. El comercio siempre ha buscado ir más allá de su área de influencia pero particularmente en el capitalismo lo ha hecho con desmesura. Expansión comercial y aceleración productiva, el espíritu del modelo descansa en ambas tareas que curiosamente vienen a uniformar en tiempo y espacio un modelo cultural e ideológicamente diverso. Los pasos de esa uniformidad, de ese desarrollo, resuenan donde la expansión da muestra tangible de rentabilidad. No se trata de una rentabilidad generalizable. Hablamos de grandes capitales, de Estados cuyo imperio es perpetuar carencias que el mercado bajo sus reglas puede paliar:

" En la gran reflexión hegeliana sobre la sociedad burguesa la filosofía del Derecho, escrita en los años veinte del siglo pasado, el pensador (Hegel) intuye que el desarrollo de la sociedad liberalista genera inevitablemente una polarización entre el trabajo y el capital. La creciente "acumulación de riquezas" de los que tienen en demasía aumenta la "dependencia y necesidad" de los trabajadores, lo que genera el fenómeno de los miserables: "la reducción de una gran masa por debajo de la media de una determinada manera de subsistencia lleva a la aparición del vulgo ".⁴⁸

⁴⁷ Karl Marx, op cit Dieterich Heinz; *La sociedad global*; ed. Contrapuntos y Joaquín Mortiz; México, 1996; 2ª edición , pág. 58.

⁴⁸ Dieterich Heinz; idem pág. 60

La aparición masiva del vulgo es la materialización de ese crecimiento prolongado, ambivalente, real, del capitalismo que gana en dinero lo que pierde en *sentido ético*. Cuando el capital busca nuevos espacios de promoción y la más pronta manera de llegar a incidir favorablemente en ellos no es movido por un samaritanismo o un sentimiento de hermandad. Lo suyo es acumular riqueza, obtener recursos; no repartir caridades. Sus actos antes que políticos son en sustancia *finés económicos*: al Estado lo político, al mercado lo económico; el capitalismo es la suma de ambas cosas que coexisten y operan imbricadas porque el capital como cualquier programa económico precisa de un ambiente propicio para su desempeño. Lo suyo no es igualar condiciones de existencia: ese no es un asunto rentable.

Esta necesidad expansiva y de sobreexplotación conceptualizada en los siglos XVIII y XIX como *colonialismo*, en el siglo XX como *imperialismo* y actualmente como *globalización* según Heinz Dieterich, pasó de la acertada intuición filosófica de Friederich Hegel al campo de la investigación científica con Karl Marx. Nada ha surgido de la nada. El mundo es hoy lo que el capital en los últimos siglos y décadas ha querido que sea. Si ha existido una inercia global es la de ese capitalismo rapaz hacia su universalidad. Si bien la globalización como un fenómeno de alcance mundial tiene ya su propia dinámica respecto de etapas capitalistas anteriores, es justo decir que se produce en un contexto socio-político que facilita su expansión y le permite explicarse, consecuentemente, como resultado de las profundas transformaciones científicas y tecnológicas que según veremos, caracterizaron los cambios políticos y sociales en las últimas décadas.

Con la finalidad de aproximarnos al impacto que la globalización ha generado en nuestro país es preciso hacer un breve preámbulo de cómo se encuentra el mundo ante esta sombra global hace apenas unas décadas y principalmente en la región latinoamericana, ello en un periodo que de ordinario ve al concepto en cuestión *globalizarse*.

2.1) los cambios mundiales.

Si el marxismo introdujo la economía en la política mediante la estructuración, la globalización lo hizo a través de *las analogías formales* que se establecen entre la democracia, el pluralismo y los procesos electorales; "...con el mercado, las bolsas de valores o las asambleas de accionistas".⁴⁹ De acuerdo con el Dr., José Luis Orozco, tales comparaciones reales han acentuado la *mercabilización* del proceso político asociándose presumiblemente a este proceso el de la democratización de los Estados acontecida para América Latina en fechas recientes.⁵⁰ Un punto que hace factible este vínculo entre lo político y el marcado carácter económico de la era global podemos encontrarlo en los

⁴⁹ Orozco José Luis; *Breviario político de la globalización*; Siglo XXI, UNAM, 1ª edición, México, 1997, pág. 191.

⁵⁰ idem

alcances de las empresas privadas que captan aspectos decisivos en la política nacional de los Estados y a nivel internacional.

Es de las diversas etapas históricas que dividen la Historia la tarea de universalizarse, de hacerse mundo. Que con el capitalismo esta universalización se ha llevado a cabo mas extensa y más rápidamente sobre todo después de la guerra fría es una realidad incuestionable. Hoy estamos presenciando lo que quiere ser la concreción de un "sistema mundial" cuyo epicentro es la transnacionalización del capital: los Estados del mundo se están incorporando a ese modelo global y ello ocurre sin el pleno consenso social propio de una estructura democrática, de una democratización que es tan aplaudida. No hablamos solamente de una expansión geográfica. Hablamos de una expansión capitalista en todas sus facetas, en todos los ángulos de la vida social, cultural y política que ello implica para expandirse de acuerdo a los beneficios proyectados. Así, no es una exageración o un convencionalismo hablar de una "civilización universal" si bien las culturas nacionales no pueden erosionarse de un plumazo. Los efectos de tal universalización están depositados en las estructuras políticas que usan las formas sociales y culturales para retroalimentar su propia dinámica:

"Las unidades de tal sistema serían los aspectos económicos de la conducta de todos los individuos o grupos cuyo comportamiento tenga alcance económico, tanto si su carácter es primordialmente económico, como si fundamentalmente sirven a otras funciones más amplias, pero ocasionalmente tienen un comportamiento económico".⁵¹

El rol que a cada sujeto correspondería dentro del "sistema económico internacional" para mantener un específico grado de eficiencia general puede corresponderse muy bien con el enfoque anterior. Ciertamente los efectos sugeridos no pueden pretenderse con la objetividad enunciada *pero se espera programadamente que así ocurran*. De acuerdo con el internacionalista Daniel S. Papp el gran acontecimiento posterior a la guerra fría ha sido "el redescubrimiento de la economía":

"¿Qué podría reemplazar el sistema que hacía a las relaciones internacionales?, ¿Qué podría convertirse en el concepto organizador dominante en los actuales usos internacionales?...el redescubrimiento de la economía fue la culminación de una serie de situaciones que cuando se juntaron hicieron imposible ignorar o pasar por alto la importancia que tiene la economía internacional".⁵²

De acuerdo con S. Papp tales situaciones incluyeron:

- la transformación de Estados Unidos como principal acreedor para las naciones deudoras del mundo.

⁵¹ P.A. Reynolds op cit Paulino E. Arellanes; *ibid*, pag.85

⁵² Daniel S. Papp; *Contemporary International Relations*; USA, 1993 pág. 3.

- el colapso económico de la URSS.
- el inicio de la integración de la post comunista Europa central y Estados socialistas al interior del sistema económico occidental.
- el movimiento del centro de crecimiento económico internacional hacia el pacífico occidental.
- la decisión de Europa occidental para crear un mercado europeo único.
- la continua inhabilidad de un largo segmento de países en desarrollo por crecer económicamente y, la transformación a bancos electrónicos de muchos de los mercados financieros en el mundo.⁵³

La era global y su sistematización, su relevo al orden de cosas que sucumbieron con la guerra fría y le sirvió de parteaguas, solo puede estructurarse en la lógica del mercado triunfalista por la expansión de la economía en el mundo. Es el redescubrimiento de la economía en la era global y su afán hegemónico por el mundo lo que incentiva las formas y los usos de las doctrinas políticas al interior de los Estados, mismas que requieren *de un suficiente consenso nacional para ponerse en marcha y asegurar su mantenimiento*. La labor de consenso nacional es simultánea y abiertamente por una nueva conciencia del orden internacional *que hace y da forma* al orden interno. La economía ha compenetrado el espectro de la política al interior de los Estados en el mundo impulsada por el repunte asombroso del mercado que hace de la globalización un acto de fe. El fin de la guerra fría creó implícita o explícitamente como acontecimiento histórico el clima de una impostergable opinión sobre el curso de la relación internacional y las *precondiciones políticas* para encauzarlo y administrarlo; esto es, buscando los requisitos para que el flujo de capitales, bienes y servicios transnacionales pudieran volcarse ahí donde se requiere ayuda financiera pero de acuerdo a los lineamientos de la economía liberal. El complejo financiero global restaurando el *laissez faire* impuso a los gobiernos nacionales, en supuesta consecuencia con "la recuperación del mercado local", el control de la inflación, los déficits y la deuda a fin de evitar "movimientos desestabilizadores" del capital, hechos que fijaron para el Estado en su política económica y social nuevas reglas del juego *sustraídas* a los gobiernos nacionales y jamás planteadas de hecho, en un marco institucional de consenso propio de un contexto democrático. Como optimizador de la preponderante realidad económica sobre la cual gira la estabilidad de un país, el mercado vino a enfrentar la improductividad y obsolescencia de aparatos políticos estancados en sus formas de producción y gobierno tradicionalistas. De nada servía al socialismo, al nacionalismo localista, a cualquier forma primitiva de mercado, pretender recuperar en el contexto macroeconómico el control de las industrias estratégicas y refundar una economía de bienestar o de mero paliativo: moviéndose por desfase a contracorriente de la ciencia y la tecnología condenarían cada intento al aislamiento, al desgaste estéril, y al atraso estructural. Entradas en crisis las entidades políticas necesitan "nuevos comportamientos", "nuevas instituciones", una "nueva manera" de impulsar *una proyección nacional que ya no se reconoce en sus formas organizativas y representativas*

⁵³ idem, pág. 5.

conocidas. El mercado sentó entonces las bases para sumar estrategias económicas comunes entre los Estados de una región geográfica donde prevalecería el incremento de ventajas mutuas como regulador de orden, de crecimiento y de la ampliación a un Mercado Común. Ante esto, se hizo necesario uniformar la normatividad política y transferir ese compromiso de orden nacional a una entidad supranacional. En ese "triumfo del liberalismo" la era global plantó su semilla ideológica. La globalización con su parafernalia científica y tecnológica, cultural, comercial, que sigue dividiendo al mundo en realidades opuestas, mistifica el universo empresarial *totalizándolo* al incorporarlo al Estado. El Estado totalitario es hoy el que opera con corporaciones privadas centralmente dirigidas y que en su necesidad nacional ha hecho del régimen democrático un proceso electoral periódico que da el visto bueno al proyecto de administración y transnacionalización financiera. La democracia como quehacer político nacional dentro de los Estados capitalistas se vuelve dogmática. El "fin de las ideologías" es, paradójicamente, la era de la transnacionalización financiera como ideología, del acriticismo político que mira a la postmodernidad como lo mejor o lo elegible ante la falta de opciones. Este consenso político nacional que el Estado se encarga de publicitar es con mucho, la principal tarea global.

2.2) Los cambios en América Latina.

En el ámbito regional, que es nuestro plano de mayor interés, nos ocuparemos de América Latina por ser referente inmediato del cambio reestructurador de la economía en el mundo durante la década de los años ochenta y del cual México es partícipe clave. Entre los cambios que se han producido dentro del contexto globalizador en América Latina, son de destacar los siguientes:

- i) *Transición de la guerra a la paz*. Esta transición marca la vida política de naciones que tuvieron que sufrir el desgaste y los costos de un enfrentamiento militar interno, como el Salvador, Nicaragua, Perú, en cierto modo Panamá, Argentina y Uruguay. La firma de acuerdos o el cambio de políticas estatales, permitieron el tránsito de una situación de guerra interna y violación de los derechos humanos, a otra de pacificación y de establecimiento de nuevas reglas democráticas del juego político. Esto, a su vez, permitió afrontar otras dimensiones de la práctica política
- ii) *Transición a la democracia*. Se presentan así las condiciones para afrontar las tareas de una transición política de los regímenes autoritarios, de sustentación militar, a otros de carácter democrático. Teóricamente, se buscaba que la transición se orientara a la construcción de un sistema democrático representativo; pero la realidad mostró ser mucho más compleja y difícil, sobre todo por la ausencia de instituciones bien consolidadas, que ante las difíciles condiciones socioeconómicas en que hubo de darse el proceso, solo originaron, en algunos casos, la aparición de un sistema democrático pero de carácter delegativo.

- iii) *Transición a un nuevo modelo económico.* Como si las tareas de la transición política no fueran suficientemente complejas en sí mismas, debieron combinarse con otro proceso de cambio profundo, referido al modelo económico imperante. Este, que había buscado el desarrollo hacia adentro mediante la sustitución de importaciones, resultó limitado e inoperante al largo plazo, lo que obligó a cambiar la orientación y buscar, ahora un modelo de desarrollo hacia fuera, de carácter neo-exportador, más inclinado hacia el libre mercado y mucho menos al mercado regulado e intervenido por la acción del Estado. Fueron estos objetivos los que junto con el problema de la deuda externa, su servicio y la inestabilidad inherente a procesos inflacionarios incontrolados, los que alimentaron desde afuera la de los llamados *Programas de Reajuste Estructural*. Estos se convirtieron rápidamente en el eje de las políticas económicas de la región, pues fueron requisito indispensable para tener acceso a los empréstitos y facilidades brindadas por el sistema financiero internacional y los organismos correspondientes o afines (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo Monetario Internacional, entre otros).
- iv) *Transición a un nuevo modelo de Estado.* Esto implicó una modificación sustancial del modelo de estado imperante en la región. Se pasó así de un Estado benefactor e intervencionista a un nuevo modelo de Estado coordinador, que debía no sólo restringir sus áreas de servicio y función, sino también desprenderse de importantes ramas de actividad, mediante acelerados programas de privatización. Se dio así inicio a diversos programas de *Reforma de Estado*, en la búsqueda por incrementar la eficiencia, la mejor utilización de los recursos escasos y ampliar el espacio para el desarrollo de la iniciativa privada y la inversión extranjera.⁵⁴

Es un hecho que durante la década de los años ochenta la vida económica y política de los Estados latinoamericanos sufrió una transición. Venidos en su mayoría de una experiencia política de mano dura y de un atraso económico similar (envueltos en crisis, subsidios y deuda internacional, formaciones pre-capitalistas bastardas...), su situación particular los había mantenido reclusos de las *grandes finanzas* mientras el mercado en el mundo mantenía su marcha. Pero la crisis de la economía internacional anunciada desde la década de los setenta se hizo también suya, y la posibilidad de mantener los peculiares esquemas de gobierno en su estructura pre-capitalista se vino a menos: los Estados latinoamericanos sin recursos económicos disponibles dentro o fuera del país por un lado, y la saturación del mercado internacional por parte de los principales proveedores que entraban en crisis y buscaban nuevos mercados, por el otro, hicieron necesaria una reestructuración económica y política de gran magnitud que iniciara a nuevo ritmo la maquinaria capitalista mundial. Sin dinero venido del exterior, sin mercados donde ofrecer sus productos, las economías latinoamericanas se vinieron a pique y con ellas el estallido de estructuras políticas sostenidas por la fuerza vino a

⁵⁴ Véase, Cerdas Cruz Rodolfo; *América Latina, Globalización y Democracia*; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Costa Rica; 1997; pp. 30-35.

resquebrajarse: ¿qué pasó con esos regímenes políticos autoproclamados democráticos y que el capitalismo en medio de la crisis sostenía?, ¿cómo reconstituyeron ahora en medio de esa innegable crisis política su baluarte hegemónico, a qué se lo deben? Aquí es donde podemos auxiliarnos de Antonio Gramsci porque esos regímenes, a diferencia de décadas anteriores, no han tomado la fuerza como *principal instrumento de orden* dando lugar a la búsqueda de consensos por una nueva reconstrucción nacional que mire hacia la integración comercial, la modernización: una raíz económica para una enramada capitalista, el proyecto global.

3.- Efectos ideológicos y políticos de la reestructuración económica en América Latina.

"La política es la sombra que el gran capital arroja sobre la sociedad; la atenuación de la sombra no modificaría a la sustancia".

Jhon Dewey.

El libre mercado tal y como lo conocemos hoy no puede organizarse de otra manera sino como construcción estatal, es decir, como una política de Estado. Las maneras, los usos, las directrices, los acuerdos comerciales y las negociaciones que se entrecruzan en el mercado mundial responden cada una y en su conjunto a esa demanda de operatividad que exige para su expansión el capitalismo global. Desde una postura que tiene que ver estrictamente con las formas de producción y los vínculos superestructurales que ésta origina, la caída del régimen comunista significó también, en términos políticos, la cancelación de alternativas ajenas a la sombra del capital y el mercado mundial. A partir de ese derrumbe y donde quiera que el mercado se abrió paso, las relaciones de competencia y desigualdad entre los individuos se volvieron intrínseca y extrínsecamente cosa legítima: un Estado, una sociedad que se ha integrado a la red del sistema capitalista participa con su actividad comercial eficiente en el *desempeño político* de dicho esquema porque ese mercado, lejos de ser un mero instrumento de poder, se identifica con la naturaleza misma del modelo operante. Por lo anterior podemos deducir que si ha de pretenderse el seguimiento de los efectos políticos e ideológicos que la globalización ha causado en América Latina (cómo es que se han modificado en esta zona las relaciones de poder y el entorno que las codifica), primero habría que indagar sobre los inicios de esta magna apertura comercial que en la región se llevó a cabo y que tuvo, como antesala global, la renegociación de la deuda financiera internacional con los principales acreedores y socios mayoritarios del mundo a mediados de los años 80s y que marcó indudablemente un momento coyuntural en la historia del sub-continente. De esta manera podemos justificar apreciaciones como la de Héctor Aguilar Camín, que sobre el tema ha señalado: *"Es una realidad que no está sujeta a discusión, no hay alternativa a un mundo globalizado, es un proceso galopante*

de integración financiera, bursátil, comercial, que es parte de la historia del mercado mundial.⁵⁵

Las dos últimas décadas en América Latina han constatado dos discursos que dentro del contexto capitalista legitiman la llegada e instrumentación de las prácticas globales, a saber:

- la modernización económica y,
- la transición a la democracia (liberal, formal, fiduciaria o electoral).

Modernización y democracia son aspectos dentro del régimen capitalista que por experiencia histórica deben su cuestionamiento al hecho de presentarse incompletos o, si bien resulta, a la necesidad de fuerza con que los arranca un estallido social. La modernización económica supone un fin social: generar riqueza que permita un cualitativo y específico nivel de vida a la población; mientras que la democracia sería entendida como un autogobierno venido de la decisión popular. Ambos casos como señala el marxismo y desde la perspectiva de los grupos políticos aferrados al poder en sus Estados devienen en *un engaño querido y consciente* que perpetúa el orden de cosas en medio de falsas expectativas y agudización del conflicto social. Qué se ha hecho de las democracias en el mundo, en el entonces lado occidental, se ha preguntado Gramsci. *Porqué en sus alzamientos populares resisten y terminan apoyando a sus regímenes tachados de opresores. Cuáles son los efectos políticos que siguen a las crisis económicas y en los que se resuelve finalmente la victoria de estos embustes o democracias a medias, reiniciando el ciclo del capital que es lo que esta detrás y verdaderamente le importa al régimen.* Está el recurso de la hegemonía y eso es lo que Gramsci nos quiere descubrir.

La crisis estructural que recorrió el mundo en los años 70s y 80s conoce igualmente dos etapas bien diferenciadas. En la primera los componentes de la crisis se fueron desarrollando sin que los gobiernos ni el capital mundial encontrarán respuestas satisfactorias. El capital tardó varios años antes de encontrar una solución integral – política y económica pero también social- para recuperar su hegemonía y recomponer la tasa de ganancia perdida en incrementos salariales, bajas productivas y retrocesos fiscales alrededor de sus mercados. Al final encontró una atractiva respuesta en el monetarismo: los gobiernos conservadores de Ronald Reagan (EEUU) y Margaret Thatcher (Inglaterra) realizaron en sus países una masiva redistribución de la riqueza desde los pobres hasta los ricos y de los trabajadores hacia el capital. Esta tendencia económica – política de ampliar los alcances del capital y sus mercados y que conocemos como neoliberalismo⁵⁶ se impuso en todo el mundo capitalista desarrollado, puesto que

⁵⁵ Aguilar Camín Héctor: "Globalización y Neoliberalismo"; *Nexos* 251, México, noviembre 1998, pág. 43.

⁵⁶ Al respecto Enrique Semó nos dice:

"Lo que en América Latina llamamos *neoliberalismo*, en los países anglosajones se conoce con el nombre de *tatcherismo* o *reaganomics* y se conoce en los medios académicos con el apelativo acuñado por Jhon Williamson,

la competencia así surgida obligaba a todas las economías desarrolladas "a crear las condiciones adecuadas para un relanzamiento de la acumulación de sus capitales nacionales".⁵⁷ Era una llamada a las burguesías nacionales para reactivar juntos la economía internacional.

Ante la negativa de reconocer fallas inherentes a la dinámica del modelo capitalista la nueva hegemonía del capital procuró encontrar chivos expiatorios de la crisis que sacudía a las sociedades desarrolladas. Como culpables oficiales de tal saturación fueron designados por la lógica neoliberal los trabajadores y los países del tercer mundo, especialmente los países semindustrializados y los productores de petróleo. Aquellos eran responsables de la caída de la rentabilidad de las empresas, debido a que apoyándose en el poder de sus sindicatos en las empresas y en la situación de virtual pleno empleo, habrían impuesto al capital incrementos salariales que redujeron excesivamente la tasa de ganancia de los capitalistas, fomentando con ello su desconfianza y la baja en la rentabilidad de las inversiones provocando, por tanto, la caída de éstas y el estancamiento de alcance internacional. Además, esas demandas excesivas de la clase trabajadora al Estado en materia de gasto público, alentadas comúnmente por políticos populistas, contribuyeron a minar las ganancias lo que desembocó finalmente, en la crisis fiscal del Estado y su completa inoperancia.

El ataque consecutivo contra los trabajadores y sus demandas, la fuerza opositora organizada en la empresa a favor del sector social que ellos representaban, y su participación en la renta nacional, empezaron a formar parte del dogma neoliberal y a constituirse en la base de las políticas de flexibilización y desregulación del mercado de trabajo en todos los países desarrollados a fin de debilitar su capacidad de negociación. Al mismo tiempo, los países desarrollados empezaron a aplicar para sí y a exigir a sus asociados la aplicación de contrarreformas fiscales orientadas a reducir la presión fiscal sobre las ganancias del capital. Se consolidó con esto en un acuerdo implícito el ataque al Estado como figura pública y rectora del *welfare state*, embate que sirvió además para transferir al mercado determinadas áreas que socialmente se consideraban bienes y servicios de bienestar social que el propio Estado debía suministrar, logrando con ello el paso libre al proceso de privatización para esas áreas.

del Instituto de Economía Mundial, como *Consenso de Washington*, entendiéndolo por Washington no solo el gobierno estadounidense, sino también las instituciones y redes de líderes de opinión: expertos del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Brain Trusts, así como los banqueros y ministros de Hacienda más cosmopolitas que se reúnen en la ciudad que funge como capital del mundo, para definir *la sabiduría económica del momento*". SEMO, Enrique; *Transición Política y Reforma de Estado*, Grupo Parlamentario del PRD y su Comité Ejecutivo Nacional; México, 1ª edición, 1996; pág. 220.

⁵⁷ Arriola Palomares Joaquín; *Centroamérica: entre la desintegración y el ajuste*; Centro de Documentación y Estudios para la Paz; Cataluña, 1997; pág. 3.

En América Latina los trabajadores asalariados urbanos representan un papel menos relevante en el proceso de acumulación que en los países desarrollados. Esto explica que los programas de ajuste estructural en esta región pongan gran parte del acento en la situación del sector público: déficit fiscal y privatización son, respectivamente, los dos grandes objetivos de las políticas de estabilización y de los programas de ajuste. Estos programas representan pues, la puesta en marcha en América Latina de las políticas monetaristas o neoliberales dominantes durante la década de los 80s en casi todo el mundo capitalista con sus particularidades: el Estado cumplía en las décadas anteriores un papel fundamental, tanto desde el punto de vista del consumo como de la inversión. Con su actividad, suplía de alguna manera las deficiencias del proceso de acumulación, es decir, la debilidad del sector capitalista nacional en casi todos los países de la zona. En la tónica ahora presentada las privatizaciones han servido fundamentalmente en beneficio del capital transnacional que se queda con la mejor parte de los activos empresariales nacionales. En consecuencia, la dependencia de América Latina se renueva y profundiza desde su ser estructural por partida doble: al creciente control transnacional de los procesos de acumulación nacional se suma el desgaste de la administración estatal que en su actividad pública no puede siquiera cumplir con las funciones regulatorias mínimas en materia de aportación infraestructural y reducción del coste de reproducción de la fuerza de trabajo (salud y educación, principalmente).

De acuerdo con el economista Alonso Aguilar *los Programas de Ajuste Estructural* están constituidos por:

- La privatización de numerosas empresas públicas, incluyendo algunas de importancia estratégica.
- La devaluación de las monedas propias, para hacer más competitivas sus exportaciones.
- El estímulo a la exportación como la principal condición de crecimiento.
- La reducción del déficit presupuestal del gobierno, sobre todo a partir de la disminución del gasto en servicios sociales.
- La sustancial reducción de aranceles y la adopción de una política irrestricta del "libre comercio", abandonando toda clase de medidas proteccionistas.
- La desregulación para estimular al capital privado.
- El otorgamiento de estímulos a la inversión extranjera.
- La adopción de políticas monetaristas que reduzcan circulación y el monto del crédito interno y externo.
- La reducción de los salarios reales.

Es innegable que estas reformas económicas i) obedecen lineamientos políticos y ii) promueven el descontento social. Aguilar mismo concluye que la aplicación de tales proyectos en países latinoamericanos ha contribuido fundamentalmente:

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

- A debilitar al Estado, incluso a eliminar su intervención en múltiples campos y restringir su función reguladora.
- A convertir monopolios públicos en privados.
- A depender más de la inversión y el financiamiento del exterior, en vez de estimular el aumento y la mejor utilización del ahorro interno.
- A fomentar un consumismo que no corresponde a la capacidad de compra real de la mayoría y que, dada la apertura comercial irrestricta y el malinchismo de amplios sectores, se traduce en importaciones desmedidas que entrañan una severa competencia sobre todo para numerosas empresas pequeñas y medianas, un desperdicio de divisas y una fuerte presión sobre la balanza de pagos.
- Al no crecimiento económico y aún, al estancamiento.
- A enormes transferencias netas de recursos financieros de los países pobres a los ricos, no obstante las cuales, las deudas externas no sólo no disminuyen sino que se incrementan.
- A colocar a los países subdesarrollados que acepten tales programas, en posición cada vez más dependiente y subordinada, lo que trae consigo que *las decisiones económicas más importantes* (entiéndase, "*aquellas cuya sombra acarrea decisiones políticas importantes*") se tomen de hecho en el extranjero, sin tener en cuenta los intereses de los países afectados, ya que los más poderosos acreedores internacionales se sienten con el derecho a intervenir en los asuntos internos de los países deudores sin importarles el derecho internacional ni la soberanía nacional

"Todo parecería demostrar que, como dice un autor, más que una "aldea global" (*Global Village*) estamos ante un proceso de "pillaje global" (*Global Pillage*)"⁵⁸

Acusar el impacto político que la globalización como ideología ha tenido en América Latina y principalmente en México no puede hacerse sin este *recomido economicista*. Gramsci entiende las ideologías como *instrumentaciones que sirven a una determinada estructura*. Creemos conveniente sentar las bases de esta estructuración y ver en función de ellas, de toda su orquestación, el peso que va a tener el discurso global, su importancia: ella va a dar *la facultad organizativa* de eso que desde abajo, se esta moviendo. No se puede disertar de ideología desde la ideología misma como tampoco se puede comparar indiscriminadamente la vida cultural y el desarrollo de un país con otro. Hay que dar precedentes y los que hacen la bienvenida a la ideología global están aquí.

La integración de las economías latinoamericanas al mercado mundial en condiciones de marcada y desfavorable desigualdad competitiva con sus principales socios comerciales profundiza los nexos de su dependencia estructural, constriñendo sus perspectivas de desarrollo a las asignaciones caprichosas de ese entorno. Esa dependencia con los centros mundiales de poder está regulada por la alianza implícita que existe con las clases políticas y empresariales nacionales cuyos proyectos políticos

⁵⁸ Aguilar M. Alonso; *México y América Latina: Crisis-Globalización - Alternativas*; editorial nuestro tiempo; México, 1997;pp 62-64.

y económicos se reconocen ahí, en esa permanencia de la expansión comercial y el ejercicio del poder. Una vez que el sistema capitalista internacional de producción se internacionaliza, en las naciones dependientes deja de existir una relación necesaria entre desarrollo, independencia nacional en términos políticos y una *burguesía nacional*, porque la burguesía así llamada atiende ahora las situaciones económicas y políticas que le son favorables para allegarse vínculos con el exterior.

Naturalmente, no descubrir en esta construcción consecuencias políticas, situaciones que inciden de forma aguda y directa en la relación de dominio Estado-sociedad y entre la relación social por sí que ve alteradas sus mediaciones y ritmos de trabajo y vida tradicionales, sería una necesidad. Vale decir ante esta panorámica del capital que la sombra de la globalización ha impuesto *su propia política* abriendo para la región un momento crucial. Es difícil oponerse a lo que parece un axioma: los lineamientos económicos neoliberales establecen condiciones y directrices políticas para las tradicionales formas de dominio y ejercicio del poder en los Estados latinoamericanos en cuanto estrechan, aceleran y modifican sus estructuras productivas enlazándolas simultáneamente a las específicas demandas del mercado mundial. A este respecto una cosa más debe decirse: los cambios que ocurren en el mundo económico y político han tenido como corolario la igualdad de oportunidades, en cualquier ámbito, para todos los habitantes de la aldea global; voz que se ha convertido en muy útil referencial ideológico.

Como Gramsci hubo señalado, la política se corresponde con el nivel más desarrollado de una formación social: la concreción del Estado como figura rectora de esas relaciones predominantes y su manutención. La época contemporánea se caracteriza por un esfuerzo extraordinario de la acción política por movilizar a las masas. En esa movilización lo que está en juego son las ideologías que sirven de motor y de escalada a un proyecto social de alcance nacional y que sacude a un sector muy amplio. En la era global la política tiene más que nunca un peso tremendo, cuanto más cuando se entiende que los hombres *toman conciencia en la ideología*. Históricamente, podemos decir que el desempeño político el Estado nunca antes; había sido tan superestructural! Hoy la política quiere decir mucho antes que fuerza, que coacción, que coerción, *Hegemonía, consenso*. Por eso es que en la política la violencia resulta un acto vituperable. La política es hoy es una clara e insistente labor por conseguir un consenso suficiente dentro de la sociedad civil, que ella se vea reflejada por este acuerdo mutuo en el ejercicio del Estado democrático. Sólo en esta comunión entre la economía y la hegemonía el capitalismo puede hoy funcionar. En la libertad que sus estados democráticos les garantizan los hombres –y las mujeres- deciden con quien y bajo qué términos realizan sus acuerdos. Diríase que sin la oportunidad de expandir el mercado, sus fronteras territoriales, las relaciones que él propicia, el ideal de libertad no se cumple y no puede prolongar su máxima de bienestar *por igual* ahí donde se le impone una barrera. El Estado burgués a diferencia de sus precedentes no logró de sí una dictadura irresoluble. Por el contrario circunstancias históricas lo llevaron a ser el primero en hacer del consenso social una *raison du être* sin verse por ello obligado a la oprobiosa necesidad de la imposición. Con la institución de la vía democrática como

mecanismo estadístico que confiere un probado voto de consenso ("abajo el privilegio para unos cuantos") el capitalismo no abolió la idea de la diferenciación social sino que la condicionó a cuestiones personales – y por extensión sociales – en las que la política como mecanismo de gobierno poco podía enfrentar. Son los individuos unipersonales y no la sociedad lo que entra en disfunción. Por decreto, por formalidad, bajo este régimen cada individuo tiene derecho a una oportunidad equitativa para hacer el mejor uso de su capacidad potencial dentro de los márgenes permitidos sin importar el gusto de su elección justo porque ese precepto de libertad y de igualdad es expresión directa del liberalismo. Hasta dónde esa igualdad de oportunidades en América Latina es una realidad desde la instauración de sus recientes regímenes democráticos en los cuales la función principal del Estado es complementar la labor de apertura y competencia mercantil:

" Lo ideológico de la categoría resulta claro a primera vista porque una política que se limita a proporcionar solo una igualdad formal de oportunidades, renuncia deliberadamente a combatir de manera activa la desigualdad real".⁵⁹

En la perspectiva de Antonio Gramsci la necesidad de combatir cada uno y entre todos la desigualdad real es lo que marca el ideal del hombre colectivo. Buscar la mayor homogeneidad posible con los recursos que se tienen es el lugar donde descansa la libertad, una libertad que se explica dentro y después del compromiso que guarda el hombre colectivo en su empeño intelectual y moral. La competencia y la igualdad son pues los caminos por los que transita el perfeccionamiento de las democracias latinoamericanas dentro de este escenario del capital.

Por muchos años, guerra civil, dictadura y crisis económica, se tomaron como referencias inmediatas de la realidad latinoamericana. Durante la década de los 80s la denominada Comunidad Internacional, básicamente integrada por organismos financieros internacionales, el sistema de Naciones Unidas, los medios de comunicación y los gobiernos de los países ricos como el Grupo de los 7, coincidieron en apreciar una nueva coyuntura en América Latina marcada por la presencia de sistemas democráticos de gobierno. Ciertamente en la mayoría de los países de la región los gobiernos eran elegidos en procesos electorales medianamente limpios respondiendo con ello a la opción más votada por los electores, pero la existencia de gobiernos electos por sufragio universal no garantiza que nos encontremos ante sistemas de verdadera, firme y representativa participación popular. En particular tres son las situaciones que limitan en casi todos los países de la región la extensión de la democracia que se volvió tan loable:

⁵⁹ Dieterich, Heinz: *ibid* pág. 103.

- *El subdesarrollo de la institución estatal*, que se traduce en la continuidad de un sistema administrativo precario que impide la igualdad de trato a los ciudadanos por parte de la administración pública. En tal estructura la corrupción se vuelve particularmente gravosa, lo que en la práctica se traduce en la inexistencia de división real de poderes y en la ausencia de garantías mínimas para el funcionamiento del estado de Derecho.
- *La pobreza*, que abarca a la mayoría de la población latinoamericana, significa exclusión y marginación también de la vida política lo que se traduce, para un grueso importante de la población, en la imposibilidad de ejercer sus derechos de ciudadanía. En este rubro, *ciudadanía* y *pobreza* se han convertido en un contradictorio dualismo en la democracia latinoamericana.
- *Los ejércitos*, cuya autoridad no se encuentra subordinada al poder civil más que de forma parcial o precaria. Lejos de ser un instrumento de defensa nacional, los ejércitos se han constituido como espacios de poder al interior de los mismos Estados con una importante capacidad de negociación.

Cabe señalar que el grueso de los destinos globales sigue siendo definido en gran medida por las necesidades competitivas de las empresas transnacionales. No es casual que el proceso de transición democrática en la región latinoamericana coincidiera con el proceso de modernización económica. No se trata de reconocer ambos acontecimientos como uno solo. Más bien se trata de verificar que ambos llevan caminos paralelos en la expansión comercial en el ámbito mundial pero que innegablemente se han complementado al grado de confundirse construyendo una proyección capitalista global. La empresa transnacional por ejemplo, con la independencia que su fuerza económica le otorga respecto del país en que se encuentra ubicada, puede operar confiadamente lejos del control democrático y de esas *mayorías ciudadanas* que constituyen el objeto de su actividad.⁶⁰ Es un hecho que bajo esas condiciones el ambiente social en torno a la vida transnacional sea consecuentemente *de pro-transnacionalidad* de la misma manera que la antigua fábrica fordiana era capaz de modificar con base en lo fabril las completas relaciones de una comunidad que dependía de ese centro y ese trabajo para su seguro sustento. Solo que hoy al slogan *producción* con su restringido uso fabril se ha impuesto el de *estabilidad económica* con la trascendencia nacional e internacional que conlleva: lo

⁶⁰ "De las alrededor de 7000 empresas transnacionales que habían en los años sesenta, el número ha ido creciendo hasta 37000 (1995). Sus ventas combinadas superan la totalidad del comercio mundial que en 1992 alcanzaba la suma de 5.8 billones de dólares. En los EEUU, que tiene la mayor parte de las transnacionales, el 80% de las mercancías facturadas en dólares fuera del país no son exportaciones sino ventas de empresas afiliadas, comercio intra-empresas (*intrafirm trade*), productos licenciados o vendidos a través de acuerdos o franquicia. A nivel del mercado mundial se calcula que alrededor del 40% del comercio mundial no se realiza a través de un mercado libre sino como comercio intra-empresarial".

Dieterich, Heinz; *ibid*, pág. 49.

importante ya no es producir sino rebasar la escala inmediata para entrar al terreno macroeconómico que es ya, el objetivo principal. Es en torno al aspecto económico por sí que se regulará la oferta de trabajo, de educación, de salud, de atención social, etc. Se trata de postular al mercado como proyecto de vida, es la creación de condiciones favorables para su desempeño y el incremento en sus tasas de ganancia lo que se busca y de ahí en adelante, lo que las igualdades ciudadanas en plena libertad puedan alcanzar:

“ Mi experiencia en la campaña (presidencial, sostiene F. H. Cardoso) es la siguiente: todo eso es simbólico. Se necesita crear un mito. Y tienes que contar la misma historia repitiendo quién es el bueno y quién es el malo... Es binario: el bueno y el malo. Y tienes que contar durante toda la campaña, de varias maneras, el mismo mito. En nuestro caso es la moneda. ¿Qué es lo malo? la inflación. ¿Y qué es lo bueno? La estabilización... Y en cada ocasión vuelvo a mencionar el mito principal: el mito en el sentido antropológico. Tienes que llegar a la estructura más elemental e insistir en ella”.⁶¹

Resulta una pena que el conocimiento de la naturaleza humana reflejado en la figura del mito sea utilizado de manera tan miserable, dicho esto, por la mencionada prefabricación consensual bien ilustrada en la competencia electorera; ¡Una esperanza maniquea recorre las democracias latinoamericanas! Ya lo hemos desglosado en el capítulo precedente. El mito es una representación simbólica común a una cultura. Bajo su imagen una cultura sintetiza su pasado histórico. Esta es la verdadera importancia del mito que es rescatada por Antonio Gramsci: el arrastre social que en una cultura específica un mito tiene. Todas las sociedades en todos los tiempos han construido sus mitos y la era global, fuera de la competencia electoral, tiene los suyos: modernización, progreso, el mundo mejor que no llega porque la riqueza no gotea lo suficiente... Los mitos son una rememoración. ¿O tiene todo el mundo global (sic) los beneficios completos y copeteados de la globalización, del progreso, de la modernización... ? Si existe un verdadero proceso democrático en el mundo está en manos de la clase dominante a nivel mundial porque ninguna libertad de pensamiento, ninguna ideología alternativa, debe provenir de otro centro que no sea del que dirige el mercado global. Nuestra realidad efectivamente es *virtual* y ella se descubre mucho más deseable que la dictada por la condición material en esta zona. Esa ambientación se aproxima con mucho a lo que el sociólogo Karl Manheim describe como *la esencia de la propaganda* (el alma de la empresa transnacional) que consiste en *“ la determinación del nivel de la realidad en el que se llevarán a cabo las discusiones y los actos”*. Por nivel de la realidad *“queremos decir que toda la sociedad crea un clima mental, en el que ciertos hechos y sus relaciones mutuas se consideran fundamentales y merecen el calificativo de ‘reales’, mientras que otras ideas son calificadas de fantásticas, utópicas o poco*

⁶¹ Cardoso Fernando Henrique op cit Dieterich Heinz; idem; pág. 158.

realistas".⁶² Es cierto que toda sociedad produce un tipo de ideas predominantes que conducen su realidad y le dan forma, pero lo que podríamos llamar una "ideologización" no es nada más un sumirse conscientemente en una proyección de vida, es también una *adoctrinación*, que hace las veces de plétórico determinismo acuñado por la obediencia y el ánimo de las masas; fe, optimismo y entretenimiento en sociedades con educación deficiente son los bastiones del nuevo ciudadano democrático hacia el siglo XXI, atrincherado en una causa que supone propia e irremediable. En ello contribuyen enormemente los medios de comunicación y de forma especial los que producen un fuerte impacto visual: telenovelas *rosas*, canales de *cartoons* para niños, películas policíacas y de acción, documentales espectaculares, canales para la compra electrónica desde el hogar (tele marketing), programas 'interactivos' en los cuales el espectador puede ganar algo si llama al programa, reality shows, entre muchos otros, complementarán el menú ideológico preparado por los comunicólogos y especialistas para el vasto número de marginados que habitan los *ghettos* de la aldea global. Al respecto resulta interesante la opinión de dos de los principales empresarios en el área de comunicación de nuestro país. Primero, el señor Emilio Azcárraga Milmo:

" México es un país de clase modesta muy jodida y que no va a salir de jodida. Para la televisión es una obligación llevar diversión a esa gente y sacarla de su triste realidad y de su futuro difícil. La clase media, media baja, media alta, los ricos como yo, no somos clientes, porque los ricos no compramos ni madre. En pocas palabras, nuestro mercado en este país es muy claro; la clase media popular".⁶³

Y, en segundo sitio, la opinión del señor Ricardo Salinas Pliego, que nos dice:

" Si me preguntan a donde me gustaría volver a vivir respondería que en la etapa de la conquista, del lado de los conquistadores. No creo en la democracia: no hay democracia en México y espero que pase mucho tiempo antes de que la haya, porque hoy los mexicanos no están preparados para ella".⁶⁴

Si los medios de comunicación son capaces de crear y consolidar la opinión pública y con ello de cohesionar al conjunto social, he aquí la versión editorial de los principales agremiados en México para quienes el interés principal que los mueve es el uso clientelar (buscar clientes) y el afán de poder que persigue toda conquista.

Como hemos visto existen mecanismos de organización y dirección inherentes al proceso global que modifican la vida política de los Estados latinoamericanos

⁶² Manheim Karl; op cit Dieterich Heinz; ibid pág. 105.

⁶³ Azcárraga Milmo Emilio op cit Dieterich Heinz; ibid pág 148.

⁶⁴ Salinas Pliego Ricardo op cit Dieterich Heinz; idem.

apresurando su inserción a la dinámica del mercado mundial y solicitándoles, al interior, la creación de condiciones favorables para la extensión de esa mecánica. Apertura comercial y financiera, desincorporación y privatización de bienes y servicios, desarticulación sindical, topes salariales para mantener el control inflacionario, etc; dan cabida a modificaciones que alcanzan un nuevo dimensionamiento en la vida de esas sociedades al atravesar directamente y por un lado, el proceso mismo de la producción económica (se implementan nuevas formas, ritmos y relaciones de trabajo) y por el otro, la parafernalia que es propia a la ambientación global, a la integración con el *top*, el *big*, lo *cool*, que significa la desenvoltura cultural, científica, tecnológica, económica, del capitalismo desarrollado en el primer mundo y que resulta con mucho algo aparte de nuestra realidad inmediata (por oposición a una realidad virtual). Estas dificultades no se dan únicamente en el terreno de las ideologías pero es ahí, apenas rozando lo material, cuando se han consagrado en el acriticismo a fuerza de repetirse con insistente naturalidad, donde guardan su carácter perdurable, discreto y útil para los fines del poder. Este es el verdadero riesgo de la globalización: el ser tomada como una ideología pro-capitalista, pro-neoliberal, falsearía, ilusionista; más que un proceso de integración con base en realidades políticas y económicas distintas a nivel internacional. La adopción forzada de los Programas de Reajuste Económico con su énfasis en la disminución del empleo público y el abandono de programas sociales, el proceso de reforma de Estado, el cierre o fusión de ramas de la administración pública y las privatizaciones, con el correspondiente despido de empleados, genera no solo angustia en la población, sino una contradicción política entre la retórica electoral, de corte populista y demagógico, y la restrictiva práctica gubernamental. Este evidente contraste entre lo que se ofreció y lo que se hizo por parte de los grupos gobernantes, termina debilitando en estas "democracias impopulares", la credibilidad de la clase política dirigente en su conjunto y de la vida política institucional. Lo que opera en mayor medida es el oportunismo de las clases dirigentes ante el nuevo escenario global que tiende a bifurcar a la clase política: los tecnócratas como nuevo cuño y los políticos reacios a su extinción. En medio de ellos y soportando los embates del descontento y la incredulidad, los partidos políticos y las asociaciones civiles. Es así como ha hecho su aparición uno de los elementos clave para entender el mérito global y la crisis de los sistemas políticos latinoamericanos: la desactualización, suma de principios caducos y pragmatismos insuficientes. No presenciamos una confrontación por el poder. Estamos presenciando dentro de las cúpulas de poder las maniobras propias a toda redistribución de fuerzas: se mantienen las orientaciones políticas e ideológicas propias al capital, lo que ha cambiado son las maneras y principalmente los ritmos. En este contexto, las aspiraciones de la población tienden a quedar fuera del debate político no tanto porque objetivamente no puedan conseguirse, sino porque implicaría en esta mimetización un esfuerzo grande en la conducción política que los oportunistas y los *desideologizados* no están en condiciones de asumir. El mercado va más rápido que la política y la pretensión global ahí, nos rebasa.

III.- LA MODERNIZACIÓN ECONOMICA EN MÉXICO Y SUS OMPLICACIONES POLITICAS: 1982-1988.

La crisis de la deuda financiera internacional en América Latina, la puesta en marcha para la región de los programas de ajuste económico estructural y la apertura e incorporación de las economías locales a un mercado mundial de productos, servicios y capitales en expansión; son sin duda hechos fundamentales para entender lo que en nuestro país es hoy el fenómeno global. Para allanar el camino en que habrán de señalarse las implicaciones políticas e ideológicas de estos procesos en México es preciso establecer los nexos que el concepto *modernización* y el proceso de ajuste económico guardan entre sí.

A partir de 1983, iniciado el proceso de negociación de la deuda externa entre México y la Comunidad Financiera Internacional, *modernidad* y *modernización* fueron voces que se apoderaron del discurso político y económico llevando paulatinamente al desuso los viejos referentes ideológicos del orden Revolucionario-Nacionalista. De acuerdo con Samuel P. Huntington, *modernidad* y *modernización* son conceptos propios de la sociología norteamericana que se refieren cabalmente al tránsito de una sociedad tradicional a una moderna. En este tránsito *modernidad* es el último fin a alcanzar definiéndose "*como el todo coherente que incluye valores universalizados, expansión de conocimientos, economía diversificada y compleja, mejoría en los índices de bienestar social de la población y renovación política en remplazo de arcaicas formas de dominación, mientras que modernización se refiere a los procesos parciales de cambio que pueden conducir o no, a la modernidad*"⁶⁵; lo esencial aquí es reconocer en el esfuerzo de los ideólogos pro- neoliberales la insistencia por hacer su orden político e ideológico, como un orden natural que se muestre necesario e irrefrenable. El reiterado uso de este concepto tuvo más un carácter publicitario que explicativo respecto del proceso por el que atravesaba el país, constituyéndose como un *recurso ideológico* destinado a hacernos creer en las bondades insuperables de un sistema de economía de mercado. Hay que advertir sin embargo que el proceso de modernización en México

⁶⁵ Huntington Samuel P. op cit Miriam Alfie; *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997, pág. 135.

se distinguió porque iba a consolidarse con ayuda de los viejos instrumentos de dominación que le sirvieron al orden anterior: presidencialismo, partido de Estado y esquemas corporativos de control político y social; ellos serán clara referencia de una modernidad que no se ha impuesto y oscila entre lo que ha sido y lo que habrá de venir. Conviene recordar aquí las palabras de Antonio Gramsci sobre la perseverancia de las construcciones políticas:

*" el orden y el desorden son las dos palabras a que más frecuentemente se recurre en las polémicas de carácter político. Partidos de orden, hombres de orden, el orden público... enunciados enlazados en un mismo eje, el orden, en el cual se fijan las palabras para girar con mayor o menor solidez, según la concreta forma histórica que toman los hombres, los partidos y el Estado en su múltiple encarnación posible. La consigna tiene un enorme poder taumatúrgico; la conservación de las instituciones políticas está en gran parte confiada a ese poder".*⁶⁶

Gramsci no se contrapone al orden ni tampoco lo demerita. Lo que no comparte es el orden como falsa imposición y la gravedad que hay en no asumir cada cual, por su cuenta, la relevancia de este motor. Si el socialismo no ha cumplido su tarea revolucionaria aún en los momentos en que parecía tener en sus manos otra victoria el asunto no es casual. La espontaneidad no produce nada. La propuesta política de nuestro autor descansa en la organización social, en la organización de los movimientos políticos dispuestos a una verdadera transformación y a la necesidad de afrontar este asunto desde una convicción personal. Cuando el Estado capitalista escucha con temor un coro contrario a su dirección inmediatamente llama al orden establecido por la ley. ¡Desorden no, orden sí! Ese es orden mecánico, falta de ilustración. La coerción así insinuada descubre lo que Gramsci llama " un problema pedagógico" en cuanto no permite ver el entorno como histórico y socializante, es decir, como la exigencia de la sociedad sobre lo que en ese instante ella mayoritariamente necesita. La realidad está expresada en el orden de la historia, en su devenir, no en el de el Estado y la ley como *tabula rasa*. Era natural que en la crisis mexicana anunciada la clase política y empresarial, como presas del deterioro, llamaran insistentemente al orden sin tener en claro ante el sobresalto que las crisis nada entienden de eso.

La institucionalización propia a cada Estado no es la misma en el mundo. Las instituciones políticas deben su existencia al poder que las instituye, a la lógica de ese orden, a su funcionalidad dentro del respectivo sistema. Para el caso mexicano las instituciones políticas tradicionales tenían un fin muy claro: la preservación del poder político y sus prebendas concesionadas a favor del partido oficial; así la preservación del régimen era justamente la razón de ese orden. La ideología del mercado hizo cosa diferente. El reconocimiento que la sociedad haría del orden modernizador, de la regulación mercantil, del esfuerzo individual en oposición al interés social y el beneficio que de ello en términos generales se obtuviera, ya no vendría del gobierno cuyo papel

⁶⁶ Gramsci Antonio en Sacristán Manuel; *Antología*; pp. 17-18.

sería únicamente el de encauzar los propios esfuerzos para alentar la convivencia. El mercado reorientó la trama política, su orden, su razón, erosionando y manteniendo de la tradición política lo que por conveniencia, sirviera. La vida institucional del país no se rompió de golpe ni se pretendía que así ocurriera. Bajo la pauta de la globalización tenemos que hablar de estándares internacionales que refuerzan desde el marco productivo nacional ciertos lineamientos del mercado mundial. Según Henichi Ohmae, la globalización supone "transferir ciertas actividades de la cadena empresarial – ingeniería, manufactura, distribución, ventas y servicios desde la exportación y la instalación productiva misma- hasta la integración global hacia otros países"⁶⁷, lo que implica a nivel nacional, crear las instituciones o mecanismos favorables (políticos, jurídicos, económicos, empresariales, etc.) para ese propósito. Las alteraciones ocurridas en el país fueron por motivo de una crisis económica, una necesidad política que salvaría al sistema político nacional y redundaría en beneficio del capital mundial en expansión para una era global. La reconversión económica y política que describiremos no puede explicarse por separado toda vez que el proceso de reestructuración dictado por los programas de ajuste económico apunta al desempeño estatal en su conjunto visto como objetivo central de este quehacer. En términos económicos la reestructuración se refiere a la serie de cambios que afectan la producción y distribución de bienes, de servicios, el movimiento del capital, la producción y el proceso de trabajo. Todas estas disposiciones ya no son exclusivas de la empresa moderna ampliándose al desempeño económico de los Estados y es en ese desempeño originalmente económico donde encontramos la raíz de la reforma política. La transformación del aparato productivo nacional iba a velar constitucionalmente por la eficiencia de esos rubros en un nuevo margen económico nacional y una nueva relación laboral y empresarial. La producción así surgida sería resultado de una programación previa, racional y ajena a caprichos políticos anteriores, por ende, más productiva y competitiva respecto a los niveles exigidos de la expansiva producción internacional.

Para los trabajadores en nuestro país el concepto *cambio estructural* no significó una alentadora propuesta para alentar el proyecto *competitividad mundial*. Para el sector popular la competitividad como panacea a la crisis no iba a convertirse en una opción bondadosa. Los topes salariales, la cancelación de derechos sindicales, despidos, desempleo, pérdida de conquistas laborales y sociales alcanzadas a través de la contratación colectiva entre otros a beneficios, tuvieron que venirse a menos con la nueva orientación administrativa del Estado. En esto fue lo que se tradujo después de todo el anhelo de competencia y productividad del aparato económico nacional según veremos. El ajuste económico y político que implican la reestructuración capitalista del país y la modernización son entonces aspectos consecuentes de una misma doctrina. Como hemos señalado con anterioridad, para los países desarrollados la caída en sus tasa de ganancia registrada en los años 70 dejó en claro los desajustes presentes en aquel modelo comercial cuya raíz se descubría en las restricciones locales a su

⁶⁷ Henichi Ohmae, op cit Aguilar Alonso; *México y América Latina; Crisis-Globalización – Alternativas*; editorial nuestro tiempo; México, 1997; pág. 45.

producción y al flujo financiero. Si ese modelo debía ajustarse tendría que hacerlo en el complejo internacional, en la transnacionalización de la economía localista o proteccionista que circunscribía su vida económica a un mercado y política nacional. Este sería el imperativo de la comercialización global.

Al inicio de 1981 existía en el gobierno lópezportillista la convicción de que ese año se tendría una alta tasa de crecimiento económico. Se pronosticaba que la tendencia del mercado petrolero mundial permitiría incrementar el volumen de las exportaciones nacionales en un 75% en relación con el año anterior más un alza del 10% en los precios internacionales del hidrocarburo. A esto se sumaba el propósito de ampliar los caminos del desarrollo económico para enero de ese mismo año con el acceso a los recursos proporcionados por el Fondo Monetario Internacional (FMI), que elevaría el monto de giros permitidos a los países miembros de 165% al 450% de su cuota correspondiente, además de haber suscrito convenios de cooperación monetaria con la Tesorería de los EEUU y la Reserva Federal de ese país, así como con Francia, Israel y España. Durante el primer trimestre del año las cosas parecían marchar bien pese a que la relación con el exterior se volvía difícil, ya que se registraba un déficit en el servicio de deuda de 12, 544 mdd que al incrementarse en un 365% en ese año levantaba suspicacias sobre la resistencia económica nacional y su solvencia. Vale decir que el creciente déficit se seguía financiando con créditos del exterior.

I.- Endeudamiento y gestión de México con el mercado internacional.

Hacia 1981 la triunfal "petrolización" de la economía nacional había llevado al gobierno a pensar en grandes proyectos de desarrollo que permitirían concluir con éxito los meses restantes del régimen. Este optimismo en el último año de la administración del presidente José López Portillo prevaleció durante el primer semestre antes de que la ilusión de la "riqueza bien administrada" se viniese a pique: el mes de julio se anunció oficialmente la decisión de bajar los precios de exportación del petróleo ante la sobreoferta mundial; Arabia Saudita, Inglaterra, Noruega y después México aumentaron sus exportaciones que para nuestro caso fueron de 532 millones de barriles en 1979 a 1098 millones en 1981⁶⁸ Resulta paradójico que los factores que habían activado el desarrollo de México dentro del esquema de estrecha relación con el exterior (petróleo y deuda), fueran los mismos que precipitaran la crisis que se inició a mediados de 1981 y alcanzó su momento culminante en 1982 al declararse el país en moratoria. En ese año (1982) y a diferencia de lo ocurrido en otros países del continente durante las décadas de los sesenta y setenta, México no eligió la vía revolucionaria o violenta para enfrentar los desajustes políticos y económicos internos. Buscó por el contrario una solución pactada con los acreedores internacionales a fin de llevar su inserción en la nueva fase de la

⁶⁸Moreno, María de los Ángeles; Flores Caballero Romeo; *Evolución de la deuda pública de México, 1950-1993*; Ediciones Castillo S.A., 1995, pág. 200.

de la economía mundial por el camino de la *transición*. La transición mexicana tuvo como característica básica la transformación del Estado hasta entonces estructurado y el arribo sucedáneo de una nueva gerencia.⁶⁹

La reforma estatal así pretendida dio énfasis original a la reestructuración del plano administrativo que subvencionaba todas las obras. La gerencia pública del gobierno como espacio de la componenda y el dispendio iba a presenciar fatídicamente los embates de una planeación capitalista rigurosa, donde el espectro político tendría que atenerse a otro tipo de intereses.

1. 1) la crisis de la deuda.

El año de 1982 significó una crisis de particular trascendencia para México, América Latina y el mundo financiero internacional. Tanto en el ámbito interno, por la dimensión que alcanzaron los desajustes macroeconómicos, como por la repercusión que ello tuvo en el mercado financiero internacional, la llamada "crisis de la deuda" ha llegado hasta nosotros como la historia de una dependencia creciente, financiada y perpetuada en una orquestación internacional.

El comportamiento de los ciclos sexenales anteriores en nuestro país permitía advertir la contracción de la economía nacional en el último año de gobierno lopezportillista al margen de las circunstancias. Ante la generalizada especulación cambiaria el discurso gubernamental se centraba en tres puntos: mantener el tipo de cambio, aumentar la venta de petróleo para obtener mayores recursos del exterior y sólo en caso necesario, contratar más deuda externa. La tensión se tornó insostenible. El 17 de febrero del año mencionado se anunció oficialmente el nuevo tipo de cambio: \$38. 10 por dólar, lo que representaba una devaluación del 39%. La imposibilidad de mantener el tipo de cambio, controlar la dolarización y la fuga de capitales, y la creciente preocupación por hacer frente al problema del servicio de deuda contraída para el corto plazo, obligó al gobierno a tomar serias medidas restrictivas. En ello destaca la reducción del 3% al presupuesto federal autorizado para ese año, conceder el apoyo financiero sólo a programas prioritarios (como el de productos básicos) y otros de tipo fiscal dirigidos a absorber las pérdidas cambiarias de los empresarios así como a fortalecer el control de precios y reducción arancelaria de 1500 productos básico, materias primas y bienes de capital.⁷⁰ A una semana de anunciadas estas medidas de ajuste, el 26 de febrero se anunció otra devaluación (\$ 47 por dólar). Ante esta situación y las expectativas inflacionarias registradas, el 20 de abril se anunció una segunda planeación austera similar y con otro agregado: más deuda. El gobierno de México había concertado con la banca privada internacional la adquisición de préstamos

⁶⁹ "Las más de 150 reformas constitucionales realizadas desde diciembre de 1982 hasta finales de 1996, que correspondían aproximadamente al 40% de todas las realizadas en la historia de México, avalan en gran medida la hipótesis de un cambio cualitativo en el orden político, jurídico e ideológico de México y ese es el indicador más importante de la transición política y de la reforma del Estado en el país". Alfie y Méndez; *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997, pág. 16.

⁷⁰ Moreno Uriegas Marit, de los Ángeles; *Evolución de la deuda pública de México, 1950-1993*; Ediciones Castillo S.A., 1995, pp 204-205.

que destinaría principalmente para financiar la deuda contraída el año anterior y de la que se empezaban a vencer los plazos de pago. Con la intención de aminorar dificultades que ya se advertían con la comunidad Financiera Internacional, en el mes de julio se solicitó al FMI su cooperación mediante el envío de una misión que estudiara la situación económica del país, a fin de buscar soluciones satisfactorias avaladas por dicho Fondo y que serían de gran ayuda para negociar una reestructuración de la deuda con los bancos acreedores.⁷¹ En este punto, la banca privada internacional había decidido cerrar los créditos al país aún aquellos previamente acordados, decisión que obedeció a la falta de liquidez en México pero también, a la inquietud que se había generado entre los banqueros al asociar a la economía nacional con la caída del mercado petrolero mundial. En los primeros días de agosto, el gobierno mexicano había acudido en busca de ayuda al FMI, a la Reserva Federal y al Departamento del Tesoro de los EEUU, solicitándoles su apoyo para negociar la deuda del país con la Comunidad Financiera Internacional y con los gobiernos de los países donde estaban registrados esos acreedores, tanto para obtener liquidez como para negociar una posible reestructuración. La solución ofrecida a la deuda de México fue *"que mantuviera a toda costa el pago de servicio de la misma"*⁷² lo que implicaba serios problemas por falta de liquidez y carencia de créditos provenientes del exterior. Así, llegado el mes de agosto de 1982, la crisis financiera había alcanzado su peor momento inmersa no solo en la descapitalización sino también en la desconfianza de los acreedores y centros financieros internacionales; existía al interior la inquieta especulación, el nivel inflacionario en ascenso hasta niveles no previstos (hasta el caso drástico del ocultamiento de viveres) y el descenso sin freno de las reservas del país. A esto se añadía la reticencia de los banqueros acreedores y los préstamos que se vencían. La única alternativa en el corto plazo se reducía a contar con la ayuda de la Comunidad Financiera Internacional, por lo que el país reforzó sus mecanismos de negociación. En principio se buscaba concretar el acuerdo con el FMI que coadyuvara a las negociaciones con los gobiernos de los países acreedores y que ambas instituciones mediaran con esa banca internacional privada reticente. El 19 de noviembre de 1982, se logró la firma de la "Carta de Intención" con el FMI donde México, tras recibir 4,500 mdd de dicha institución, se comprometía *"a adoptar un programa de estabilización, estrategias fiscales restrictivas y modificar su política de control de cambios"* y donde el desembolso completo de este monto estaría condicionado al cumplimiento del programa económico acordado.⁷³

En resumen, se puede decir que 1982 fue un año de inestabilidad económica y financiera caracterizada por dos etapas. La primera de ellas comprende el primer semestre, donde los esfuerzos para estabilizar la economía nacional se veían frustrados por el clima de especulación interna y externa. La segunda etapa que abarca el resto del

⁷¹ idem

⁷² idem, pág. 207.

⁷³ Véase Aguilar M. Alonso: *México y América Latina; Crisis-Globalización – Alternativas*; editorial nuestro tiempo; México, 1997, pp 115-125.

año se ve condicionada por la negativa de la banca privada internacional de otorgar créditos a México, lo que condujo al gobierno a realizar negociaciones urgentes con la Comunidad Financiera Internacional a través del FMI.

1. 2) **renegociación y programas de ajuste económico.**

Como mencionábamos, una crisis económica en la estructura del capital internacional no puede disiparse con el mero afán de deseárselo o buscando salidas inmediatas. Las crisis son un asunto de ingobernabilidad y lo mejor que se logra en su fragor es paliarlas. Ubicadas en el terreno de lo nacional las crisis económicas pueden someter en serio cuestionamiento a los gobiernos, los Estados, pero ello no ocurre necesariamente. Depende del 'nivel político' que el Estado dominante, en su calidad de estado hegemónico, tenga y mantenga durante el periodo depresivo. Para el caso mexicano a la crisis económica se sumaban años de descuido al sector popular producto de una marcada diferencia social y de un régimen político autoritario que había sabido apropiarse del pasado histórico: la revolución mexicana. Sumida en excesos, la administración política debía hallar una solución que con dificultad vendría dadas esas circunstancias, del sector popular. A la crítica situación económica se sumaba pues, la situación política. ¿Cómo fue que se orquestó en nuestro país una salida negociada a esa crisis con *las grandes finanzas*, con el capital financiero internacional? Al analizar el presente apartado queremos señalar que nuestro país no tenía otra opción política que negociar con la comunidad Financiera Internacional el camino a la reestructuración económica buscando el beneficio de la expansión especulativa del capital, teniendo para ello que dar marcha atrás y de golpe, con el proyecto *nacionalista y populista* que el gobierno mexicano conocía. No fue la burguesía nacional por sí misma quien tomó las riendas del alcance mundial. Un asunto de tal envergadura es una decisión que se asume en el Estado por las implicaciones que tiene y que compete también, a los centros financieros del mundo. El concierto de lo que hoy llamamos globalización ya venía en camino: reestructurar, modernizar, romper barreras, acelerar la producción, el intercambio comercial, la industrialización en áreas clave dentro del país, el avance tecnológico que ello implica... La puesta en marcha de la economía nacional e internacional por un segundo aire había comenzado ya.

En este contexto de endeudamiento la administración del presidente entrante Miguel de la Madrid Hurtado centró su atención en un aspecto ya inaplazable: la negociación de esos montos con los acreedores internacionales y la manera conveniente de cubrir el servicio de deuda contraída. El nuevo gobierno se enfrentaba así a la tarea de llevar su inicial administración con la propia solvencia de los números rojos. Se trataría entonces de negociar posibles prórrogas de pago a los vencimientos en puerta en acuerdo con los principales prestadores, considerándose también la posibilidad de que ellos facilitarían nuevos créditos para el desempeño gubernamental así como atender las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), para supeditar la economía del país a las condiciones de reestructuración necesarias; si

se quería salvar la situación del saldo desfavorable era necesario ganarse primero la confianza del extranjero.

Como hemos señalado la vinculación estrecha con el exterior se evidenció a través del mercado petrolero (incrementándose las ventas del hidrocarburo), y por la dependencia generada con el sistema financiero internacional (por la contratación de créditos). Esta dependencia condicionó la evolución de la economía del país al convertirse en el eje central de las decisiones políticas que exigían, en monto y puntualidad, la recaudación de la deuda vencida bajo condiciones de desarrollo interno dispar al contexto internacional: la deuda que se contrataba mantenía tasas de crecimiento específicas con crisis o sin ella, el desarrollo de la economía nacional, no tenía esa certidumbre de crecimiento. Lo que prevalecía con la firma de estos acuerdos era el estándar o arancel internacional de una diversificada economía mundial ansiosa de crecer. Así, era el país quien debía acoplarse a la situación internacional. Cuando el 20 de agosto de 1982 México declaró su incapacidad para cubrir el servicio de deuda, se iniciaron en ese momento acuerdos con el Fondo Monetario Internacional para que de 1982 a 1988 se realizaran en tres etapas los convenidos acuerdos de reestructuración económica. Cada una de estas etapas estaría orientada a cumplir *reestructurando* las obligaciones financieras con el exterior y el derecho a obtener recursos adicionales que necesitaba el país. De este modo durante la primera etapa iba a solucionarse el problema de la liquidez.⁷⁴

Si había una renegociación de la deuda entre México y la Comunidad Financiera Internacional esta debía comenzar por reestructurar los pagos pendientes a los principales prestamistas, seguido del aseguramiento de recursos adicionales para el país que financiaran la administración entrante. Debe señalarse que la situación de incapacidad de pago de la deuda externa en 1982 afectó tanto al sector público como al sector privado, haciéndose necesario atender también el endeudamiento de más de 1200 empresas privadas mexicanas que contrajeron en años anteriores adeudos con el exterior y que por las circunstancias moratorias, estaban imposibilitadas para seguir atendiendo los compromisos financieros respectivos en los términos originalmente signados.⁷⁵ Para el gobierno de Miguel de la Madrid las esperanzas estaban puestas en la mediación y la renegociación hechas con el FMI y su alcance para llegar con otros socios. Al respecto Moreno Uriegas nos comenta:

" El aspecto más importante de esta primera reestructuración representó un alivio temporal y una ganancia de tiempo fundamental para que el gobierno del presidente de la Madrid pusiera en marcha el Programa de Reordenación y Cambio Estructural (PIRE) y, al mismo tiempo, buscara

⁷⁴ Moreno, María de los Ángeles; Flores Caballero Romeo; *Evolución de la deuda pública de México, 1950-1993*; Ediciones Castillo S.A., 1995, pp 206-208.

⁷⁵ *idem*, pág. 220.

esquemas de solución más duraderos al programa de excesivo endeudamiento".⁷⁶

Se puede afirmar que en este primer lapso administrativo la tarea principal del gobierno consistía en hacer de la deuda y sus desequilibrios algo que en su manejabilidad, su control - que habría de reflejarse posteriormente en el ajuste inflacionario -, dieran fiel seguimiento a las expectativas del nuevo programa que por sí facilitaría renegociaciones y nuevos créditos para continuar con la gestión nacional. En este esfuerzo negociador, al interior, se buscaba convencer a los diversos sectores que los desequilibrios se explicaban por la obsolescencia de una política económica y los instrumentos que a ella correspondían. Al exterior, debían rendirse cuentas sobre una reestructuración que avalaría los préstamos convenidos y los flujos financieros - necesarios- por venir. A diferencia de sus antecesores el nuevo gobierno, en lo económico, se había impuesto antes que promesas, programas: declaraciones cuidadosas sobre lo que tenía, lo que iba a hacer y lo que esperaba conseguir. El ajuste económico era eso: un Programa, y sus resultados, la certeza de que lo programado se mantenía por el rumbo convenido. La reestructuración era la aplicación de programas diseñados para adecuar la economía nacional a la exigencia internacional. Por esto la estrategia del gobierno no podía contentarse, a la manera del "viejo" precepto económico keynesiano, "con hacer hoyos para después tapparlos". El objetivo que se perseguía no era reactivar la economía sobre las bases construidas y ya tapadas, sino modernizarla para satisfacer la inversión de acuerdos financieros suscritos con el exterior cumpliendo con esa expectativa lucrativa:

" Las líneas ideológicas que caracterizaron la acción del Ejecutivo se hicieron evidentes en el primer informe de gobierno. Se trataba de iniciar los cambios estructurales en todos los planos y por la vía de la modernización. Esto suponía implícitamente un enfrentamiento del gobierno con las clases y sus representantes -directos o no, legítimos o ilegítimos- como consecuencia de los cambios en el plano económico y por la necesidad de definir la nueva paz social... El desafío consistía en aceptar la necesidad de las transformaciones en el modelo de acumulación, y ayudar a desarrollarlas, sin poner en peligro la eficiencia de los mecanismos de dominación implementados a partir de los setentas... antes, en el periodo del Estado de Bienestar, había sido el desarrollo económico y la ampliación del mercado interno lo que había sustentado el sistema político, ahora se trataba primero de detener la crisis y después si fuera posible, implementar el crecimiento para desarrollar una política social."⁷⁷

⁷⁶ idem, pág. 221.

⁷⁷ Garavito, Rosa Albina; *México en la década de los ochenta, la modernización en cifras*; UAM Xochimilco; México, 1990, pág. 29.

Líneas ideológicas, líneas políticas. Para la administración del presidente De la Madrid romper con la ideología revolucionaria en aras de un nuevo proyecto radicalmente distinto al acostumbrado era romper con la hegemonía que hizo al Estado Mexicano y lo había llevado al sitio en que se encontraba. Pero el capital transnacional no conocía de revoluciones más que las hechas por la industria. Reestructurar era cambiar también la política del Estado y en ello iba la anacrónica ideología revolucionaria. Se trataba en primera instancia de eso: de un relevo ideológico que impulsara un proyecto hasta concretarlo. Modernizar era dejar a un lado la revolución institucionalizada para institucionalizar al mercado, la eficiencia y el progreso dibujado por el gran capital. Se trataba de construir una nueva hegemonía acorde a las exigencias internacionales. Lo nacional como espacio de resguardo o trinchera ya no podía existir. La economía en el mundo iba a revitalizarse.

Al sistema político quizá le pareciera que el mercado, en un acto de revanchismo por el descuido de la economía interna y la base del capital, le estuviese pasando una factura. Ante ello el gobierno de Miguel de la Madrid inauguraba nuevas formas no sólo en lo económico. En lo político, su discurso se diferenciaba del vacío y prometedor lenguaje priísta por enfilarse en los linderos de la programación esperanzadora, de la estadística; abandonaba en sus intervenciones el ensañador largo plazo sometándolo a la perennidad eficiente de un tabulador.

Pretender el crecimiento económico manteniéndose bajo tales circunstancias de crisis era algo ilusorio y los esfuerzos se centraron en disciplinadas acciones para el servicio de deuda, para reducir el déficit fiscal y abrir la economía al mercado internacional, intentando por estas vías vislumbrar nuevos recursos financieros para insistir en renegociar deudas, alcanzar un régimen de estabilidad y reducir la presión inflacionaria.

La segunda etapa de reestructuración de las obligaciones de México con el exterior se inició en septiembre de 1984 a través de un acuerdo con la Banca Privada Internacional por un monto de 48000 mdd, cifra que representaba el total de los vencimientos de la deuda externa del gobierno con estas instituciones bancarias. Previo a estas negociaciones, durante el mes de abril de 1984, se suscribió un crédito con 500 instituciones bancarias para obtener liquidez por un monto de 38000 mdd, destinados a hacer frente a los requerimientos de divisas en ese año. El plazo de crédito fue fijado a diez años. Las condiciones en que se obtuvo ese crédito insistían por parte de la banca internacional a conducir en nuestro país "una política económica serie y congruente, que permita vislumbrar signos alentadores en la coyuntura económica general del país".⁷⁸

⁷⁸ Moreno, María de los Ángeles; Flores Caballero Romeo; *Evolución de la deuda pública de México, 1950-1993*; Ediciones Castillo S.A., 1995, pág. 221.

Las autoridades mexicanas acordaron que con el fin de mantener informada a la Comunidad Financiera Internacional sobre el desarrollo de la economía mexicana, se estableciera un sistema de análisis periódico así como los mecanismos de consulta rutinaria con el FMI, conviniéndose entonces que el gobierno mexicano informaría a una misión del Fondo Monetario que visitaría México, con ese fin, una vez por año.

Después de las negociaciones llevadas a cabo en 1984 en que se definieron los términos y las condiciones de la reestructuración en curso, el FMI envió a la Comunidad Financiera Internacional el documento "Principio de Financiamiento" que contenía los detalles del *paquete reestructurador mexicano* y solicitaba la adhesión al mismo por parte de la banca privada internacional.⁷⁹ Seguido de eso, durante reuniones anuales del FMI y el BM, se promovió al más alto nivel el programa mexicano por sus buenos resultados. Más tarde se llevó a cabo una intensa gira de difusión por los más importantes centros financieros internacionales, mediante la cual se informaba de las características técnicas y financieras del plan de reestructuración de la deuda, así como de los logros de México en su proceso de ajuste económico. En las reuniones de esa gira participaron cerca de 500 acreedores de México que visitarían en país en forma individual así como visitando a las respectivas autoridades financieras y monetarias involucradas.

En mayo de 1985 se firmaron contratos con cerca de 550 bancos internacionales en señal de un acuerdo formal de reestructuración por un monto de 28000mdd. En el mes de agosto del mismo año se firmó el acuerdo formal de la reestructuración en un segundo tramo por 20000mdd. De esta forma concluyó la segunda etapa de la reestructuración de la deuda mexicana con el exterior y cuyo paquete estaba diseñado de tal forma que el país pudiera tener acceso nuevamente a los mercados internacionales de capital.

La tercera etapa del programa de reajuste contemplaba que de continuar el país con dicha reestructuración de su deuda y de su economía contaría para los años de 1986 y 1987 con un monto financiero internacional de 1200 mdd, mismos que formarían parte activa de la "estrategia de recuperación económica" para los años de 1987 y 1988. Las negociaciones de los apoyos financieros en turno se iniciaron con una aportación del FMI por 1700 mdd. En ese contrato se definían nuevos conceptos de evaluación en el esfuerzo fiscal y se estatúan mecanismos de protección en caso de "una recuperación económica insuficiente". Por ello, se convino obtener recursos adicionales de la banca privada y organismos internacionales, acordándose 500 mdd para ser utilizados en caso de que el crecimiento del país se ubicara por debajo de las expectativas del programa para ese año. El Banco Mundial aportó para el caso recursos por 2300 mdd orientados a los programas destinados al cambio estructural. Su interés estaba enfocado principalmente, dentro de la reestructuración, a tres áreas: la promoción del sector externo, la reconversión del sector industrial público y privado y, el desarrollo agropecuario.

⁷⁹ idem

I. 3) reestructuración económica y desincorporación estatal.

Durante el último bienio en la administración de Miguel de la Madrid lo acucioso de la coyuntura había evidenciado las contradicciones políticas y económicas a que los cambios requeridos se enfrentaban y que eran finalmente producto de un Estado que se extinguía. La nueva situación ante el exterior, los resquebrajos de la economía nacional, las implicaciones a futuro que lo negociado tendría para la vida política del régimen. Eran asuntos del día en todos los ámbitos y en todos los rincones del país. La administración en turno no estaba tratando de granjearse a las masas como era costumbre más tampoco aunque así lo pareciera, deliberadamente, las atizaba. Al contrario del dogma Revolucionario Institucional el gobierno estaba en medio de su crisis creando nuevos mecanismos de funcionamiento y control que, cumpliendo con la premisa de la reestructuración económica, permitieran en lo posible mantener la integridad del régimen y formular un nuevo pacto social.

Haciendo un recuento en la administración, los años 1983 y 1984 significaron la necesidad insalvable de aceptar e iniciar las condiciones reestructuradoras en la agenda económica y política del país; 1985 y 1986 se caracterizaron por hacer patente, pública, terminante y clara entre los sectores del país, la necesidad por reestructurar el horizonte e iniciar los debidos ajustes para que la acción de la iniciativa privada nacional e internacional se diera sin obstáculos. En el último tramo administrativo, 1987- 1988, la reestructuración con el sector privado como principal interlocutor mostraba avances sustanciales y serios en su proceso de reconversión al oficializarse y dispararse la medida de desincorporación estatal. La apuesta gubernamental por promover la desincorporación paraestatal y sus repercusiones sociales pudieron ilustrarse en 1986 con el anuncio de quiebra por parte de la industria "Fundidora Monterrey".

Como Rosalbina Garavito nos dice:

...el cierre de Fundidora Monterrey se convirtió en un valioso ensayo para la estrategia de reestructuración paraestatal. Sirve de ejemplo a los acreedores internacionales y a la burguesía nacional para que se convengan de que el adelgazamiento del Estado iba en serio, aún para una empresa que con 86 años de tradición, enclavada en el tercer centro industrial del país, parte de la cultura obrera ciudadana de la capital regiomontana... con un sindicato no hacía mucho tiempo combativo, o quizá por eso".⁸⁰

En medio de la crisis la reestructuración económica iniciaba un golpeteo decidido contra espacios antes exclusivos de la propiedad estatal y que estaban directamente vinculados con su desempeño político ya por la vía de la oferta de empleo representada

⁸⁰ Garavito, Rosa Albina; *México en la década de los ochenta, la modernización en cifras*, UAM Xochimilco; México, 1990, pág. 29.

o por la influencia y el control corporativo que por allí se filtraba. En diciembre de 1982 el sector paraestatal estaba compuesto por 1155 empresas. Para fines de agosto de 1988 se había alcanzado la desincorporación de 722 entidades con lo cual, el Estado mexicano había dejado de participar en cerca del 60% total de esas empresas. En la imagen que se da del Estado populista el Estado se encontró en posesión de un amplio conjunto de esas empresas las cuales, llegada la crisis económica, corrieron la suerte de la economía del país: déficit, endeudamiento, descapitalización. La súbita aparición de una crisis sin soluciones inmediatas vino a marcar un alto en la dinámica con que el Estado había incrementado su participación al fomento industrial. Por ello una de las primeras acciones que el gobierno tomó en su tarea reestructuradora fue delimitar la participación estatal en este rubro fomentando la privatización y la incursión de este sector en ramas antes propias de la gerencia estatal. Para este logro fue necesario modificar la Constitución Política Mexicana en sus artículos 25, 26, 27 y 28; los cuales mencionan directa o indirectamente la intervención del Estado en la economía nacional. Garavito señala:

“ El cúmulo de medidas jurídicas adoptadas tan rápidamente por el equipo del presidente De la Madrid configuró el marco legal donde las contradicciones entre los diversos intereses de las clases y sectores debieran desarrollarse. Sin duda, las más importantes de las disposiciones legales fueron las que se referían a la rectoría del estado y a la planeación, expresadas en los artículos 25 y 26 de la Constitución. El artículo 25 pretendía entregar: “ un solo cuerpo de ideas, definidas por la rectoría del Estado y el desarrollo integral” y el artículo 26 se había instituido: “ ...para que el Estado organice un sistema nacional de planeación democrática del desarrollo y para que este sea integral ”. ⁸¹

Para imponer un orden en el nuevo escenario del Estado mexicano y su sociedad civil que no transgrediera la ley ya constituida, la administración en turno elaboró un nuevo marco legal. Una adaptación de la ley a las necesidades inmediatas y que justificaba legalmente las modificaciones 'que el pueblo de México' abiertamente rechazaba. Se trataba de actuar no con la decisión nacional sino por la voluntad del orden que hace un proyecto jurídico y al que había que salvaguardar. Era lógico 'darle la vuelta' al precepto constitucional que en medio de aquella tolvenera guarda y estatuye un precepto nacional-popular. Estas reformas constitucionales ahora hechas ley reflejaban la seriedad del cambio que se había planteado y que las contradicciones manifiestas en la vida pública no iban a resolverse en la inmediatez de los discursos. Además de la funcionalidad y eficiencia perseguidas en la tarea de reestructuración, estas reformas constitucionales reflejaban la postura ideológica del gobierno que ya no enarbolaría la bandera popular como pretexto de sus políticas. Podemos decir que las llamadas reformas eran reconstrucciones ambientadas por el impulso del capital financiero internacional en tierras mexicanas. A partir de esas modificaciones quedó establecido un

⁸¹ idem, pág. 24.

nuevo programa de gobierno donde la democracia sería *integral* (como complemento al *desarrollo rural integral*) y la administración del Estado, compartida.

En el Tomo IV de los "*Cuadernos de Renovación Nacional*", titulado *Reestructuración del Sector Paraestatal*, puede leerse:

*"Para la mejor comprensión de cómo se ha desarrollado este proceso de reestructuración del sector paraestatal, es conveniente dividirlo en tres etapas. La primera abarca desde diciembre de 1982 hasta enero de 1984; la segunda etapa se inicia en febrero de 1985 cuando el Gabinete Económico que preside el Titular del Ejecutivo Federal, ante diversos fenómenos que repercutieron negativamente en las finanzas públicas y de acuerdo con lo establecido en el Plan Nacional de Desarrollo 1983 – 1988, acordó intensificar el proceso de reestructuración del sector paraestatal, identificando un importante paquete de entidades que debían desincorporarse del sector público... La tercera y última etapa durante el sexenio se inició a partir de diciembre de 1987 en el marco del Pacto de Solidaridad Económico, donde el Gobierno asume entre otros compromisos, el de continuar y profundizar en la reestructuración del sector paraestatal, así como en acelerar su ejecución".*⁸²

En el cierre de estas empresas la de mayor importancia por su efecto en la generación de un gran número de desempleados fue el efectuado en la referida Fundidora Monterrey que da inicio al simbólico y real impacto a estas decisiones reestructuradoras. En este marco la conducta de los sindicatos antes amparados en la figura estatal se mostró, salvo pocas excepciones, como un sindicalismo blanco, de oportunidad, que confirmaba con su proceder su historia corporativa. Ante el inequívoco horizonte modernizador en el país el proceso de desincorporación y privatización del sector paraestatal cobró impulso. En la industria azucarera, por ejemplo, estas acciones se traducirían en el cese de 2000 trabajadores y más de 11 mil fuentes de empleo en el campo y en los servicios.⁸³ Estas medidas de privatización, de reconversión industrial, de fomento a la exportación, de conjura a la burocracia y al sindicalismo, habían sido exigidas desde hacía años atrás por la burguesía nacional y ahora, por fin, sus pretensiones comenzaban a concretarse. Junto con el sector obrero oficialista y el apoyo decidido del gobierno el sector privado sumaba esfuerzos clave en la consolidación del sistema que según parecía estaba pasando por momentos definitorios en esta coyuntura. Finalmente y como premonitoria coincidencia los cambios en México seguían guardando un precedente común: a estas alturas de la reestructuración existía una clara división dentro del grupo de poder. El proyecto oficial de modernización

⁸² Romero Miguel Ángel; *México en la década de los ochenta, la modernización en cifras*; UAM Xochimilco; México, 1990, pp 197-198.

⁸³ idem, pág. 198.

originalmente planteado en lo económico iba flexibilizando concomitante la rígida rienda de la institucionalidad vivida en el país, incorporándola a otro escenario donde la mano de obra no estaría oportunamente sindicalizada ni bajo el oficio de ser burócrata: para el nuevo siglo de integración comercial que se avecinaba México tendría una mano de obra excedente, eficiente *and last but not least*, sin sindicatos beligerantes como una de sus principales ventajas comparativas. El fin del modelo económico mexicano cerrado a la producción mundial estaba en la puerta. La política nacional surgida a la sombra del Estado, el sindicato privilegiado, el empresariado ineficiente, la burocracia parasitaria; mucho de esto resguardado entre las paredes de la construcción paraestatal tocaría fondo con la erosión reestructuradora y en medio de ella, la lógica política no podía estar ajena a la lógica económica. El Estado mexicano, sus centros de poder, su burguesía nacional con la internacional que ahora comulgaban, iban a construir el nuevo discurso ideológico conveniente para los valores y actitudes útiles a la nueva sociedad que después de este sobresalto, iba a emerger.

2. - Los alcances del redimensionamiento económico.

"Sin una justa posición política una determinada clase social no puede mantener su dominio y no puede, por tanto y ni siquiera, cumplir su tarea en la producción".

Era una especie de clientelismo rancio y no un preclaro consenso lo que servía a la administración en turno para legitimar sus audacias políticas: pactar con la burguesía nacional, echar por la borda un tácito acuerdo con los sectores populares, modificar la constitución, sumir al partido oficial en el descrédito. El gobierno delamadridista había iniciado un nuevo trato con la sociedad mexicana que incluía nuevas reglas para todo el conjunto social. Por principio la posición política del gobierno estaba respaldada por el interés del capital transnacional que haría las veces de hegemonía que al interior no encontraba o se le estaba deshilando. Tenía el apoyo del FMI, BM, el gobierno norteamericano, y con ello su necesidad inmediata de liquidez estaba asegurada mientras rehacía su hegemonía al interior. Faltaba ganar el consenso que diera a esa administración y al Estado la consistencia necesaria y 'espíritu' para el futuro. En su llamado aunque en medio de aguas turbias las burguesías nacionales sumaban fuerzas para liderar, *de facto*, un proyecto nacional de envergadura. La sociedad civil no estaba organizada. Minúscula competencia electoral, partidos que nunca habían sido gobierno, identificación de la sociedad con la vida corporativa, el desdén cultivado de esa sociedad por la vida política; nunca como ahora la realidad del país clamaba por un nuevo actor y un nuevo discurso capaz de arrojarla. Sin embargo esa sociedad no podía negar los efectos de la crisis y salía al ruedo sin espera de anuncio. Para paliar ese descontento popular que ya no podía por razones históricas aplacarse con las armas el gobierno recurrió al discurso de la democracia que sería posteriormente el argumento ante las

desbandadas políticas que hacían el nacionalismo revolucionario. La *democracia moderna* debía dar el fruto '*de una justa posición política*'.

Durante el periodo coyuntural 1982 – 1988 que llevó al país hacia los cauces del mercado mundial la modernización de la estructura económica nacional hizo cimbrar la pirámide política en cada uno de sus niveles hasta fracturar el anquilosamiento institucional en que ésta se encontraba. El primer interesado en que estas fracturas no condujesen a lesiones mayores fue el gobierno quien aseguraba en sus discursos a los diferentes sectores sociales en pugna que el cambio implícito en la modernización era un salto, también, a la vida democrática del país.⁸⁴ Esta perspectiva de una planificada democracia integral (el gobierno había establecido en su tarea de dirimir la agudización del conflicto una política definida como Sistema de Planeación Democrática), no prescindía del discurso revolucionario mas tampoco iba a reivindicarlo. Para el caso, solo se le tomaría como referencia para conducir la serie de cambios que una reestructuración esperaba y no podía dejar inconclusa. De la Madrid sostenía:

*" (necesitamos) una concepción moderna y actualizada de la Revolución Mexicana, no la de los ingenuos que creen que podemos ser más revolucionarios mientras más burócratas tengamos o mientras más dinero perdamos en supuestos programas sociales ineficaces..."*⁸⁵

Como en cualquier otra sociedad atrasada dentro de la era moderna la triste historia de este país es la de sufrir los efectos de la desorganización personal y traspolarlos al terreno colectivo. La única disciplina, el único elemento de orden que la sociedad mexicana ha conocido es el que rige el principio de autoridad: la fuerza, la jerarquización, aspectos verticales que aún pesan sobre muchas cabezas en el país. Eran la jerarquía al jefe, al partido, la *estatolatría* como Gramsci la llama. La sociedad civil de este país en términos democráticos ahora ensalzados no correspondía a la de una participación ciudadana porque su cultura política no era moderna, no era activa, no era comprometida: todos los compromisos se pierden cuando la autoridad para decidir esta afuera, en las decisiones del soberano. ¿No fue la revolución mexicana una magna participación de la sociedad? Sí, pero fue un acto bárbaro. Su ocaso: llegar al gobierno sin saber para qué. Los intelectuales del Estado se encargaron de reciclar ese revuelo fabricando burócratas. La oferta de Miguel de la Madrid no era moderna en el sentido de la apropiación histórica. *Lo suyo era cumplir el pacto de abrir la economía nacional y crear las condiciones políticas propias para ese ejercicio.* ¿De qué ideología se valdría el Estado para hacer ese llamado social ahora que la revolución asistía a su funeral? ¿A qué momento épico en la historia del país se iba a recurrir ahora? El mito que se encontró para impulsar todo esto no se encontró hacia atrás sino hacia adelante, en la utopía, y se le llamó modernización. A partir de ahí se armó el binomio: qué era lo bueno y qué era lo malo, contraponer esas concepciones de la historia, reducirlas a su forma

⁸⁴ Garavito Rosalbina, idem. pág. 58.

⁸⁵ De la Madrid Hurtado Miguel op cit Garavito Rosalbina; idem.

elemental e insistir en ellas. Y así al tema del autoritarismo, se opuso el de la democracia.

De la Madrid ante las circunstancias que se presentaron había renunciado por propio decreto a ser el último depositario del fervor patrio arraigado en la Revolución Mexicana. Sus apuestas mas que "requiebros ideológicos" como lo veía la vieja guardia del priismo denunciaban la transparencia ideológica de un desarrollo industrial y un capitalismo interrumpido ahora en reinicio. Por eso el neo-populismo encarnado en la figura del caudillo que se asomaba en las filas de la oposición durante el último año de su sexenio no podía representar menos que un retroceso, una quimera en la reestructuración modernizadora: no se trataba más de consolidar, siquiera buscar un Estado "para el bienestar los pobres" ni tampoco, según, un Estado para el bienestar de los ricos; este iba ser un Estado para el bienestar de todos. En este pregonar infaltable se notaba límpida y expansiva la cimiento modernizadora de la democracia real, la verdadera; la que no había sido burlada por la vieja guardia con sus excesos de autoridad y que ahora se blandía como augusta bandera en el campo de batalla alentando el crecimiento estabilizador.

*" Ahora en 1988, con la legalidad que permitía la rectoría del Estado, se iniciaba un nuevo periodo que pretendía estabilizar la economía, pero que fundamentalmente tenía como objetivo, obligar a las clases a reconocer ciertos contenidos programáticos que permitieran la continuidad y la estabilidad política del sistema".*⁸⁶

Con la erosión modernizadora que afectaba al grueso de una población tradicionalista - erosión salarial, laboral, inflacionaria, en la calidad de los servicios públicos, entre otros-, el proyecto reestructurador fue visto con desconfianza, con encono, y se le volvió un anatema. Por este hecho la imagen providencial de Cuauhtémoc Cárdenas impactó profundamente en la afluencia de la corriente opositora nacional aún en sus diversas vertientes, sugiriéndose o como un redentor o como el anhelo de viejas glorias nacionalistas. Las encuestas de opinión electoral anunciaban de continuo y a regañadientes, en medio de tercas falsedades veladas, que los votos para la oposición de Cárdenas serían en el mejor de los casos tantos como los alcanzados por el candidato del partido oficial que ganaría con todo, por un mínimo margen. Era un hecho que el grueso de la sociedad civil y el sector obrero en particular no seguirían en esta ocasión al régimen. Dentro de las organizaciones políticas oficialistas se crearon coordinadoras disidentes y espacios para la opción izquierdista para de esta manera, cobrar al partido la afrenta neo-liberal. El espíritu de escisión invadía a todos. Para la población y para la clase política las elecciones presidenciales venideras mantenían en viño el proyecto de nación a futuro. El sector obrero, el sector privado, el sector campesino, los grupos de izquierda, los de derecha, los viejos priistas amainados, los

⁸⁶ *idem*

flamantes y henchidos tecnócratas, en fin; cada grupo estaba alineado en su circunstancial e incipiente organización dispuesto a defender los intereses propios recubriéndolos con la consigna " del mejor porvenir nacional ". Y es que la crisis cayó en una sociedad civil que vivía entre la fe, la fiesta, la resignación. ¿O cuál era la opción política en un país de cultura política priísta? Si alguien estaba organizado esperando lo peor que pudiera venir era el Estado. Un grupo social por muy numeroso que sea si no está organizado para cumplir con fines específicos y previamente analizados no es más que un tumulto. En el mes de junio de 1988 dos hechos llevaron a definir con claridad y en medio de la coyuntura iniciada hace seis años, las alternativas políticas puestas sobre la mesa: por un lado, el gobierno anunciaba su propósito de continuar con la modernización económica del país y mantener con ello la prerrogativa de sustentar un régimen político pertinente. Para tal efecto, la designación del candidato oficial Carlos Salinas de Gortari, entonces secretario de Programación y Presupuesto y el anuncio de prolongar el Pacto de Solidaridad Económica - que implicaba un nuevo llamado a la austeridad y la alianza del sector privado -eran prueba firme. Del lado opuesto, la unión de la llamada " Corriente Democrática" y el Partido Mexicano Socialista a favor de Cuauhtémoc Cárdenas, se mantenían claros en ofrecerse como la alternativa al proyecto neo-liberal. En este último caso se abría un precedente importante en la historia política del país donde *el movimiento democrático* y la izquierda tradicional confluían para hacer frente a un enemigo común: el gobierno. La lucha era contra un gobierno rector, contra un programa, una directriz en la política estatal que había dejado a la sociedad civil y al sector obrero al riesgo desorganizado de su propia suerte, pactando a traición del orden social-popular constitucional y a favor descarado del capital local y transnacional. El artífice de esta desmesura económica y política no había sido la burguesía de propia mano porque ella sola poco o nada hubiera podido hacer. La orquestación antipopular, anticonstitucional, antinacionalista, venía por mera tradición de manos cómplices en la instancia del gobierno. La legitimidad del sistema, de su partido, fuera de usos legales, había desaparecido al quebrantar el tácito acuerdo corporativo y nacionalista que cohesionaba la vida del régimen con el de la sociedad. Detrás de la incertidumbre, como telón de fondo, la democracia seguía hilvanando intereses.

2.1) economía cerrada y economía abierta: implicaciones políticas.

Es en relación con la esfera del comercio internacional, siempre en expansión, que pueden entenderse los conceptos de economía abierta y economía cerrada. Hoy día por definición todos los Estados en el mundo son entidades políticas, instituciones que existen por la confianza que el consenso de la sociedad civil en sus respectivas

naciones les da. Es imposible no ver a Gramsci en estas palabras. Los asuntos económicos *abiertos o cerrados* que a esos Estados corresponden están sujetos a lineamientos que la sociedad en cuestión aprueba o desaprueba poniendo en juego la relación hegemónica con el Estado: es una relación proporcional al consenso que se logra. La fórmula de la existencia política para un Estado y cualquier movimiento político esta en la consistencia de la hegemonía alcanzada, del consenso logrado y la calidad del mismo. No existen las economías cerradas, en palabras de Marx esas son *robinsonadas*. Lo que existe son relaciones con mayores grados de intercambio comercial. Si ese intercambio comercial se modifica abruptamente repercute en la producción de las economías locales que pueden modificar los vínculos políticos ligados e imbricados con la producción.

Como hemos visto el estallido de la deuda financiera internacional en nuestro país tuvo el efecto de acelerar la integración de México a la economía mundial sacándolo de una postura semiautárquica respecto del ajeteo en el mercado internacional. El *Plan Baker*, diseñado para México por el FMI y el BM, establecía en su criterio renegociador el que sólo se otorgarían recursos frescos para el país a cambio de una liberalización económica seccionada por "paquetes de liberalización" (una liberalización gradual de la economía y el mercado nacional) e ininterrumpida en la calendarización señalada. Este hecho insólito en la historia de la economía mexicana provocó desacuerdos políticos con el régimen desde la cúpula hasta sus bases corporativas. De acuerdo con José Ramón López Portillo, a finales de 1986 la pugna por el poder entre nacionalistas y neoliberales no se podía ocultar y se daba sin evasivas.⁸⁷ Las diferencias se hacían sentir al interior del partido oficial. A la doctrina liberal se oponía manifiesto el ideal revolucionario; al estilo caprichoso del político duro venía el pragmatismo planificado de la tecnocracia: un grupo de jóvenes dentro de la estructura de poder con una pomposa trayectoria académica en el extranjero. Su mérito, el dominio del "know how" a la manera gringa. En sus manos al discurso tradicional por contener la reyerta social ocasionada por la crisis y atizada con el ajuste se venía a oponer el de la democracia integral. En este campo de denostación continua ("jellos hundieron al país!"), la contraparte al autoritarismo rancio se sospechaba en la libertad social. Se trataba aquí de una democracia selectiva, pragmática, programática; cuyo punto de cruce entre lo económico, lo político y lo social se tomaba como algo apropiado y que se podía orientar a conveniencia.

Con la candidatura presidencial de Carlos Salinas de Gortari el grupo tecnócrata – neoliberal se aseguró el cargo clave de implementar puntualmente los programas de liberalización acordados con la Comunidad Financiera Internacional como parte del acuerdo de reestructuración económica. Desde esta palestra se atacó el afán proteccionista, el estatismo, el populismo, las normas ortodoxas del sistema por salvar escollos económicos con despilfarro de recursos. Con todo la estructura del modelo que quería cambiarse aún persistía y con ciertos dejos de solidez en su manera de obrar y de pensar. La cercanía del líder sindical de la CTM Fidel Velázquez con el jefe del Ejecutivo denunciaban el acuerdo que para el respaldo legítimo del nuevo proceder, no

⁸⁷ López Portillo José Ramón; "Nacionalistas vs. Neoliberales", Nexos, México, agosto 1999; pág. 68.

se debía menospreciar. Con este y otros rudimentos (como el control por la vía de la cooptación o el uso de la fuerza contra quien no se deja cooptar, mecanismos que más adelante van a repetirse), las filas alineadas dentro del sistema expandían sus prácticas y sus idearios con miras a implementarlos aún en el nuevo escenario. Se trataba en esta magna contradicción de usar el aparato político existente hasta acoplarlo en plenitud a la nueva situación del orden internacional. Para ello se requería de mano dura pero también, de un fino tacto:

*“Salinas lo planteó en términos de que no se puede tener una economía abierta y un sistema político cerrado. La explicación más recurrida era que al dismantelar los controles económicos del Estado (subsidios, tarifas, regulaciones, cuotas, etc.) se eliminarían los mecanismos de manipulación social y los intereses mismos del régimen político por mantener su hegemonía económica”.*⁸⁸

Lo que era necesario guardar del modelo en crisis eran las condiciones que permitiendo la verticalidad del sistema y el control de las demandas sociales de los diversos sectores no se contrapusieran los intereses propios del nuevo esquema y las relaciones sociales que iban a producirse. En esta lógica no se buscaba la desaparición del sistema político precedente como una peculiar forma de dominio sujeta a determinaciones históricas, se trataba de tomar esas determinaciones históricas funcionales e implementarlas al régimen del modelo reestructurador. El aparato político estaba ahí y la lucha no era contra él. Resultaba obvio pensar que en el ajuste estructural la “colosal superestructura” iba a cimbrarse y, sin embargo, se le necesitaría en lo que ideológica y materialmente pudiera servir, haciendo de lado los intereses de poder resguardados y que lógicamente darían batalla. Había que desarticular los intereses de grupos creados a la sombra del modelo político precedente, negociar con ellos, relegarlos al segundo plano con la creación de otros grupos de poder nuevos y serviciales en esa inmediatez, pero no desaparecer a ultranza los beneficios de ese sistema; se trataba, en concreto, de modernizarlo haciendo algunos ajustes.

La transformación de la economía llevó consigo un cambio radical en la estructura política del país que se tradujo, en términos de dominación, en una nueva producción ideológica cuyo beneficio para el capital estaba en el inicio de su reestructuración a nivel nacional y su proyección internacional que consolidándose, ofrecería un nuevo mercado a la inversión del mundo que quería incrementar sus tasas de ganancia. El riesgo estaba- imposible de evitarse- en la flexibilización de la rienda a la sociedad civil y a la organización política opositora. Era un riesgo efímero respecto a la apuesta internacional y nacional de consolidar la reestructuración, pero al fin y al cabo era eso, un riesgo. Para encauzarlo por la vía del consenso el gobierno dio pauta en su fiebre reestructuradora, programática y mercantil, *al liberalismo social*. La liberalización de las

⁸⁸ idem; pág. 69.

relaciones políticas debía coincidir oficialmente con la apertura económica. Existen al menos dos factores que permitan explicar este fenómeno:

- i) El primero de ellos obedece al montaje de un nuevo orden que viene a romper la red de intereses originalmente creados y que descansaban en la base de una construcción autoritaria, centralista, corporativa y localista.
- ii) El segundo aspecto parece más una justificación que una razón: ante el desorden originado por la crisis financiera y el proceso de reestructuración económica como solución, al poder no le queda otra opción que ofrecer en su discurso un simulado albedrío ciudadano: no es la democracia lo que mueve y orienta la reconstitución del país sino la agudeza de una crisis económica que ha erosionado la representatividad institucional. Una estructura de dominio como el Estado no puede reconocer que algo escape a su control pues ello implicaría negarse a sí misma; los Estados son ante todo estructuras de orden y la economía aunque defina el rumbo de una nación como es el caso, no es por sí un régimen de gobierno (se puede ser demócrata o republicano, comunista, pero no "económico reestructurador").

La necesidad de abrir la economía mexicana era una exigencia externa, una necesidad del mercado internacional. La principal negativa de México para tal integración consistía en el retraso técnico comparado de su planta industrial, su producción insatisfactoria en los estándares del mercado externo y la deficiente especialización en su mano de obra. Como puede apreciarse, una negociación comercial de tal calibre obligaría a subsanar esos retrasos aplicando una política económica consecuente que a su vez, significaría replantear la organización productiva, económica y social del país establecidas como prioridades políticas en su Carta Magna. Al alterarse consuetudinaria y jurídicamente los rumbos del desempeño social establecidos no es de extrañarse el que un conjunto social busque, rebase y construya canales de participación satisfactorios y proporcionales a su capacidad organizativa si es que estos no son proporcionados por la figura institucional. Cuando Gramsci nos dice que el principal obstáculo de la dictadura proletaria "no es la personificación física de la función de mando" quiere decir que dentro del movimiento social lo importante es el "carácter histórico y orgánico" de la movilización, del proyecto que las masas defienden y que les da su aire de *historicidad*. En esta participación ellas se hacen más políticas, más activas, más concientes, insistiendo en construir sus propios organismos de orden que quieren escapar en esa primera instancia *al nudo de la democracia capitalista*. Dentro del así llamado régimen democrático esas vías son proporcionadas a favor de la convivencia social (partidos de orden, organizaciones de orden, discursos de orden, etc;) o al menos como paliativos si es que la demanda de esos espacios rebasa la expectativa, hechos comunes durante una etapa crítica "de desorden". Flexibilizando la desenvolvoltura social y política el gobierno no resolvía los lastres de la economía pero evitaba que los ánimos se desbordaran hacia una inestabilidad controlable por la fuerza. Así la clase en el poder confiaba en su propia capacidad para controlar, consolidar y repuntar su propio

programa "de bienestar social" en una democracia moderna, diferente de la tradicionalmente institucionalizada. Esto no era una inconsistencia sino el reto del Estado capitalista por mantener en medio de la crisis su hegemonía internacional y en ello el gobierno y el poder nacional de la nueva ola no estaban, como se suponía, solos en la lucha.

2.2) política y economía: participación social y crecimiento económica.

Pensar que los fines políticos van a empujar el crecimiento económico suena al desgastado monólogo gubernamental de al menos la última década. La participación social que da sitio al acto político, como Gramsci lo entiende, no está comprometida en su ser con las altas y bajas del índice inflacionario. La participación política va mucho más allá de eso y una sociedad civil que se desenvuelve dentro de la expectativa contraria ha caído en el abismo de la *estructuralidad de la sociedad civil*, ese reino de las mercancías del que habla Marx. Los hechos políticos dentro de la sociedad ocurren por infinidad de situaciones no estrictamente económicas pero en cualquiera de los casos su fin es común o tiende a serlo: transformar la realidad histórica. Y las crisis económicas como la que aquí presentamos invitaba a la sociedad justamente a eso: a la negación y transformación de su realidad. Son los medios en cuestión los que entran en disputa más allá del mero boicot comercial. Desde la esfera del gobierno y al tenor de la comunidad financiera internacional la perspectiva de saneamiento y modernización para el país sólo iba a darse por una condición: la imperiosa necesidad de reestructurar el aparato económico y enfrentar a partir de ahí las desavenencias en la parte política. Así la modernización económica sería concomitante a la modernización democrática del Estado revolucionario y su clase política sí en el poder, pero por extensión ideológica, presente en todos los rincones del desempeño gubernamental que permeaba con sus instituciones dependientes o falsamente privadas la participación social. Aunque en la vida democrática del país esta inflexión se mostraba favorable estaba lejos de convertirse en una panacea. Debemos tener presente que tal inflexión se presentó en medio de una crisis que sumaba al total una drástica caída en los niveles de empleo, de salario, de atención y calidad de los servicios públicos, entre otros tantos aspectos sociales, laborales, civiles, políticos, etc. que no iban a ver materializado en su haber el beneficioso discurso de la reestructuración. Por el contrario, estas alteraciones contrariaban la expectativa de beneficio en el corto plazo para el sector popular que no veía en la privatización una solución convincente. Si el último año administrativo del presidente De la Madrid atestigua una creciente, desbordada participación social como no ocurría en años anteriores, aquello estaba lejos de ser el festejo de una democracia en plenitud. Eran abucheos, injurias, voces que desde la oposición política hacían público su enfado con una administración que diciéndose democrática venía en antipopular. Pero el gobierno aún guardaba un buen número de alineados con que contar. Con ideología nueva o sin ella la política era la política y el gobierno necesitaba en su crítica situación a todos aquellos partisanos que se quisieran enrollar, mantener a

quienes querían irse y ganar a los que no estaban. Una tarea tan importante no podía quedarse en manos de un subalterno:

“ La centralización del poder de decisión habilitó al gobierno para filtrar y seleccionar aquellos elementos ideológicos, institucionales y de política que creía eran pertinentes para México y para la sobrevivencia del régimen. Esto previno la aplicación de un neoliberalismo ortodoxo y sus reclamos de un Estado minimalista y de una total dependencia de las fuerzas del mercado... En forma piramidal – de arriba hacia abajo - el gobierno siguió tratando de racionalizar sacrificios y acciones pasadas... buscando articularlas dentro de una nueva filosofía económica. Desde entonces ha seguido prometiendo cumplir de manera más exitosa que el llamado “ nacionalismo revolucionario “, con los objetivos de un crecimiento económico sostenido, diversificado, estable; mayor competitividad internacional y estabilidad en la balanza de pagos, y mayor equidad social a partir de una suficiente generación de empleos, mayor productividad de la mano de obra y programas sociales auspiciados por el Estado “. ⁸⁹

La centralización aún vigente mantenía la consigna de resistirse a una democratización real y desbordada que rebasara la flexibilidad que el gobierno en transición podía dar. Al Estado en crisis le era indispensable mantener hasta en los momentos más difíciles un mínimo de gobernabilidad sobre una población heterogénea, compleja, desigual, que poco quería saber de una reestructuración ejemplar. La mentada democratización no era una bondadosa concesión del régimen, estaba más cerca de ser una herida ocasionada en medio de la batalla:

“... los avances hacia la democratización habían sido motivados por la pérdida de legitimidad y efectividad del régimen-PRI y su deterioro hacia 1988, que hubieron fortalecido a la oposición y exigido un acomodo entre las necesidades de relegitimación en la ideología y las acciones priistas, además de mantener cierto grado de control y expectativas políticas certeras en torno al modelo económico a seguir (el temor de muchos consistió en que una crisis económica grave que llegara a quebrar finalmente al régimen del PRI no tendría como resultado, necesariamente, una democracia transparente y funcional)”. ⁹⁰

La participación de la sociedad civil en este agitado periodo de reestructuración concedió al país el derecho inalienable de acceder por propio pie a la vida democrática. Partidos políticos, organizaciones civiles, sindicatos, instituciones educativas, trabajadores, la crisis dio valor a la sociedad para exigir en primera instancia lo que más deseaba: un

⁸⁹ idem; pág. 70

⁹⁰ idem

cambio de gobierno. Mientras el PRI continuara despachando desde el Palacio Nacional las expectativas de cambio se sospechaban, con la justeza que dan los años, mínimas. Era un primer intento que para generalizarse y hacerse cosa común, se tenía que repetir. Era la audacia contra el costumbrismo, contra el conformismo, lo que esta aparición social reflejaba. Sin ser decisiva indudablemente causó asombro.

En este acercamiento que hacemos al orden político en transición dentro del Estado mexicano debemos entender que los cambios ocurridos en el discurso ideológico si bien iban dirigidos en primera instancia a la clase política y los empresarios, sus alcances llegaban con su resonancia a una sociedad civil que se descubre en medio de esos dos fuegos que son la pugna clasista por el poder del Estado (un combate armado de movilizaciones pero principalmente de discursos que atribuyen funciones, restricciones y alusiones para un proyecto de nación), y la misma sacudida del sistema en su conjunto que rompía con el esquema tradicional de encontrar en el partido y el gobierno un acomodo - muy cómodo - profesional. En los sexenios anteriores este mecanismo de incorporar a la sociedad civil dentro de los logros nacionales más que una labor de partido se había convertido por derecho propio en una responsabilidad de la nómina presupuestal a la que por desgracia ya no se podía recurrir, al menos no en su categoría del carro completo. De aquí en adelante los llamados a esa parte redentora dentro de la sociedad tenían que venir no del gasto público ni de la machacona oferta del crecimiento económico sino de la proyección que las clases en conflicto hicieran de una nación capaz de edificarase con la base del propio esfuerzo y la constante exigencia al gobierno para fomentar desde esa privilegiada ubicación la consigna del derecho ciudadano. Las propuestas ideológicas para este ejercicio eran claras: por lo que tocaba al arribo tecnócrata, el sello de la modernización como garantía de calidad se precipitaría por todos los canales políticos y televisivos durante las administraciones posteriores hasta consagrarse en verdad flagrante por la vía de la reiteración insidiosa apta para la superficialidad del sentido común. A la oposición al régimen simbolizada de suyo en la entonces oferta neo cardenista - más allegada a la melancolía, el culto y la oportunidad que a una nutrida tradición izquierdista- le tocaba el trabajo más arduo que consistía en organizar en el frente común de un Partido a corrientes faltas inclusive de autogestión, autocrítica y autogobierno. La apuesta de la sociedad civil que se volcaba sobre la figura de Cuauhtémoc Cárdenas tenía que ir más allá de la derrota electoral del PRI y de asumir la construcción de una nación moderna fuera del exclusivo membrete político. La solución opositora estaría en que ese respaldo consensual no se quedara en el vitoreo, la denostación o la urna: en cualquier caso el único beneficiario en el corto o mediano plazo sería el gobierno que no alentaría la desbandada o tendría lastimosamente que acallar por la fuerza a una participación social adversa a su proyecto reestructurador. De ser así el gobierno habría preferido con mucho negociar con el silencio y de ahí en adelante buscar los medios para allegarse el nuevo consenso que legitimara y diera rienda suelta a su administración modernizadora en curso. Ahí estaba la maquinaria del partido, del gobierno, del Estado; la productora de consenso social oportuno. Visto en retrospectiva y renegociadoramente las mejores jugadas las tenía gobierno, que inclusive recurriendo al escandaloso fraude electoral supo hacerse de firmes subalternidades en medio de la descalificación:

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

“ De hecho, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari pudo llevar a cabo un conjunto de reformas en parte, gracias a que las articuló como legítimas dentro de ese espíritu (revolucionario institucional) y las ligó a soluciones no-neoliberales, adoptadas con la finalidad de hacer que las políticas orientadas hacia el mercado (internacional) funcionaran en México. Su “liberalismo social” y los elementos neo-populistas como el PRONASOL (Programa Nacional de Solidaridad), potenciaron el presidencialismo y la capacidad de institución de las reformas en el contexto mexicano...”⁹¹

En el contexto de la reestructuración económica (que ya estaba incrustada de lleno en la reestructuración política) el orden político más que instaurarse por la decisión democrática como ejercicio de participación popular consciente, de participación ciudadana en activo; hubo de asentarse a regañadientes en el orden y la participación impuesta por la ideología del capital en su fase de reestructuración nacional e internacional. El terreno político era propicio para descomponerse al próximo estallido de una depresión económica postergada en tiempo y agudeza dentro del territorio nacional. El gobierno no había recurrido a su tradicional ‘solución populista’, al contrario. Tomó como mejor camino el dejar las manos libres al mercado y entregar la rienda de la incertidumbre al capital internacional obrando por manos del Estado y la burguesía nacional. El siguiente paso en esa reestructuración era integrar la desbandada civil, de acuerdo con Gramsci, a la hegemonía estatal. Para esta tarea lo viejo y lo nuevo dentro del sistema mexicano iban a entrecruzarse.

Un sistema se dice político en la medida que sus elementos (roles, instituciones, aparatos, etc.) y las relaciones entre esos elementos (equilibrio, negociación, convicción, etc.) conducen a la realización de un orden político. De acuerdo con Gramsci este era el siguiente paso en el proceder del Estado para la realización de un proyecto de clase y de alcance nacional: la formulación del orden capaz de consolidar al sistema y echarlo a andar con funcionalidad característica. En su espíritu reestructurador el grupo neoliberal tenía que *funcionar* conteniendo a la vez o con ello al descontento social y formulando nuevos consensos. Ahí estaba la maquinaria política, los canales tradicionales, el Estado en su conjunto. Con la imposición del orden modernizador, el sistema poco a poco iría adquiriendo la funcionalidad, la operatividad que es solícita y característica a cualquier sistematización y aquí al dogma de crecer económicamente (con la firmeza del ajuste), se sumaba el de participar unidos para alcanzar ese progreso (en la voz del gobierno y con acierto político, la participación electoral por sí ya representaba un logro en la construcción del sistema, solo había que encauzarla). De esta manera, un ciclo de reordenamiento entre el capital, el sistema político y la participación social en el país que necesariamente tenía que ser encauzada *en favor de una hegemonía para el régimen*, se estaba reactivando. En términos gramscianos lo importante aquí es qué hacer con esa sociedad civil, hacia dónde encauzarla en su

⁹¹ idem

clamor de participación, quién asumiría el liderazgo dentro de aquella masa; por eso era tan importante para el régimen *sistematizar* la parte política, crear representatividad, homogeneidad, darle cuerpo a una masa históricamente cuantiosa que quería encontrarse-construirse- dentro de una alternativa política que fungía como un *nacionalismo izquierdista*. El Estado tenía que hacerse de aliados, de subalternos dentro de ese agitado contexto que decía no a la ideología mercantil en su abrupta acometida. Era una crisis institucional, la confrontación del Estado con la sociedad civil en la búsqueda de alternativas políticas, la agitación propia de una dirigencia y una organización que se dan sobre la marcha y con los recursos inmediatos, era la imposición de las ideologías y de los liderazgos menos sujetos a *la espontaneidad*.

Bajo la consigna "*unidos para progresar*" la derechización del país cerraba filas en torno al proyecto de reconstrucción, de salvaguardar "lo nacional" al llamado solidario de *los compatriotas*: no clases, partidos, sectores, movimientos políticos, grupos; el llamado era a la sociedad civil de parte de un proyecto económico que nunca la llamó por su nombre en su tarea de enfilarla a conformar una hegemonía progresista. En esos brotes de oportunismo político, de ideologización en flor, de "espontaneidad social" que el régimen y la burguesía sí habían sabido leer, no puede negarse la descripción de una *Teoría Hegemónica*.

c) economía y democracia.

Antonio Gramsci escribió que los partidos políticos son el reflejo y la nomenclatura de las clases sociales. Ellos surgen, se desarrollan, se descomponen y renuevan según el modo como los diversos estratos de las clases sociales en medio de su crisis experimentan desplazamientos de alcance histórico real, perciben el cambio radical de sus condiciones de existencia y desarrollo y toman mayor y más clara conciencia de sí mismos y de sus intereses vitales. Fueron esos desplazamientos históricos los que obligaron al partido oficial a renovar su estructura. La tradicional dinámica priísta entra en descomposición cuando es imposible mantener financieramente los lineamientos verticales que hacían al sistema y la administración. En medio de la crisis la lucha social no recibiría "una conocida solución priísta" al menos no en su etiqueta revolucionaria. La sociedad civil ya había entrado por decisión propia al relevo histórico, a la avanzada que en el partido oficial se recibía con titubeos: el país exigía como primer paso salir del autoritarismo dispuesto a enfrentar si lo convenía, cualquier decisión que de ahí viniese. Cómo respondería el partido oficial. Cambiaría, pero le tomaría tiempo. Había intereses creados que se tenían que negociar, romper o relegar. La nueva clase política neoliberal tenía el apoyo norteamericano hacia fuera y hacia adentro, el de un complacido sector empresarial. Restaba la sociedad civil insatisfecha para tener todo en orden. Querían democracia, la modernización se las ofrecería pero dentro de los márgenes del referido *transformismo* dentro el discurso gramsciano. Si la ciudadanía quería participar en las decisiones políticas del país lo harían *concientizándose* pero de acuerdo a ciertos lineamientos. Para tal efecto, la campaña en los medios de comunicación y de instituciones "falsamente privadas" fue de vanguardia. Se inició en el país un nuevo

modo de hacer política publicitándose principalmente por la televisión. La gente ya no tendría que salir a las calles, la democracia llegaría diariamente hasta sus casas por cadena nacional. Por este conducto la sociedad civil se familiarizaría insistentemente con los planes de gobierno, con sus proyecciones bondadosas y en las que todos los *compatriotas* eran llamados a participar. Era vital hacer consenso, ganar adeptos, *hegemonizar*. Para el sistema político todo tenía que ser tan funcional como antes.

Hasta el gobierno del expresidente Miguel de la Madrid la estructuración del poder político en el país había sido clara. Partiendo del realce a la figura presidencial, un hábito de autoridad iba diseminándose en forma vertical a todas las cercanías alcanzando instituciones y personajes propios al Estado y el partido oficial. El gabinete presidencial, el ejército, los gobernadores, los presidentes municipales, los congresistas, el partido mismo y su enlace corporativo (similares y conexos); cada uno de ellos en esa pirámide mantenía y excluía a su vez a diversas fuerzas sociales que infructuosamente trataran de arrebatar el mínimo de poder que oficialmente no les tocaba. Ni los partidos políticos de oposición, ni sindicatos independientes al control corporativo, ni instituciones propias de la sociedad civil o movimiento social alguno fuera de la red priísta, podía tener cabida o resquicio de poder en su postura extraoficial. Erigido desde sus cimientos como un régimen de inclusión corporativa el sistema político del país, autonombado heredero de los principios doctrinarios de la Revolución Mexicana por mediación de su clase política se sustentaba en tres elementos: la figura presidencial, el partido oficial y el esquema corporativo de control social; mismos que al conjugarse definían las reglas del juego político y económico del país:

*"... una particular forma de Estado que relacionó la política y la economía a través de este esquema autoritario, y una rectoría económica estatal que impulsó el desarrollo capitalista del país legitimando su presencia política con el mito de la revolución popular".*⁹²

A pesar de sus efectos sobre la estructura capitalista del país la revolución popular oficial dirigió sus esfuerzos más que a sufragar aspectos económicos de un país a mantener el *status quo* de autoridad surgido en las herederas camarillas revolucionarias. El arrastre de la Revolución Mexicana como pasado histórico inmediato y razón del saber nacional es innegable. Para tener en claro el impacto político de la globalización en nuestro país (en el Estado, en la clase política, en la sociedad civil, entre las clases sociales dentro del territorio, en la incipiente democracia previa a esta colisión) tenemos que referirnos a la importancia del nacionalismo revolucionario que sentó las bases de la vida política en el país. Bajo esta lógica oficialista la rectoría económica del Estado en relación a su rectoría política -el Estado venía surgido de una cruenta Revolución- ocuparía un discreto segundo plano; el Nacionalismo Revolucionario había nacido como una bandera de origen popular (campesino) y no como la satisfacción del capital industrial o mercantil en su expansión y en sus tasas de ganancia. En su categoría de

⁹² Alfie Miriam y Méndez. Luis H; *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997, pág. 130.

mito la " revolución popular " se instituyó como un esquema de dominación perdurable y de arrastre nacional-popular. A pesar de constituirse en la base del desarrollo capitalista la clase en el poder que instituyó el Sistema Político en México insistió durante muchos años en bautizar su obra como "el Estado Revolucionario" y nunca como "el Estado Democrático y Federado" que sobre el papel se pronunciaba. Durante cada sexenio y bajo reglas no escritas la legitimidad del presidente en turno estaba en hacerse cargo del funcionamiento ordenado, lógico, eficaz, de la maquinaria revolucionaria puesta a su disposición. La democracia mexicana en el grueso de su población no estaba constituida por una sociedad civil esto es, una suma de individualidades agrupadas por el cumplimiento de obligaciones y derechos ciudadanos reconocidos de facto, por el Estado y el marco jurídico. El régimen del partido de Estado sentado sobre las bases de esa autoridad revolucionaria era el orden que el conjunto social conocía y había aprendido a respetar:

"... (el orden) se identifica como propio y no es otra cosa que el mito de la época o el mito histórico... el mito de la " revolución popular " no era el de la revolución como tal, como realmente ocurrió, sino de la revolución concebida como hecha por las masas populares... Aquella fe en la revolución se rehizo casi de golpe como fe en el estado de la Revolución en la medida en que este resultaba ser la encarnación de los ideales revolucionarios y a la vez, el heredero ejecutor de los programas de la propia Revolución. Esa fue la verdadera herramienta de la construcción del Estado Moderno en México, fundado en el consenso popular".⁹³

No existen ordenes permanentes y el de la revolución, como había funcionado, se agotaba por cuestiones de excesos discursivos e insuficiencia económica; por la manera de entender y ejercer la democracia mexicana en torno al convenio corporativo; al pacto a la funcionalidad permanente en escala nacional; al plenipotenciario partido de Estado con cabida para todos los sectores de la sociedad; al uso de la fuerza. En las elecciones de julio de 1988 la decisión oficial de reconocer el 50.3 % a favor del PRI manifestaba además de las contradicciones propias a todo desorden, la inquisitiva falta de fe (revolucionaria institucional) de la sociedad mexicana. Por eso es que los principales desafíos a que el sistema político se enfrenta después de ese proceso electoral pueden resumirse así: la necesidad imperiosa de sanear reestructurando la economía del país y, rehacerse de la hegemonía perdida (sin cuyo respaldo un programa económico no puede imponerse). Pasándose de una economía localista a una internacional importadora-exportadora los ritmos de la vida nacional desde su producción, iban a acelerarse y máxime con la rigidez de un programa de trabajo y resultados previamente estipulados. Poco importaba si la vieja clase política aguantaba esos jaloneos, lo importante era la sobrevivencia del sistema político que auspiciaría la reestructuración económica. Una sociedad civil moderna y una clase política moderna como nuevos actores en la vida nacional e internacional del país no podían desempeñar

⁹³ Arnaldo Córdoba; op cit Alfie y Méndez; idem pág. 131.

sus funciones en un escenario anacrónico, fuera de contexto. Un escenario ideal estaría dado por un espacio en el que las relaciones de dominio respaldadas por la hegemonía de clase, por las leyes, por el discurso que legitimaba y había entrado en crisis, también se modernizara *adecuándose a las circunstancias*. En este caso el referente de modernidad estaba afuera, venía más allá de las instituciones nacionales perseguidas por la infamia del engaño, el abuso, la traición y la ineficiencia. Un Estado moderno estaba por definición incorporado al escenario internacional, su referencial estaba ahí y no en la localista y desfasada tradición del nacionalismo revolucionario. Todo Estado moderno está fundado en el clamor popular y sostiene Gramsci, en el interés de una clase social que consensualmente ha sido aceptada como dirigencia nacional. Al mito le corresponde ser un instrumento de empuje en esa lucha por encauzar "lo nacional" en manos de que quiera ganarse a las masas y el poder político que ello representa. Por paradójico que parezca mito histórico y Estado moderno son fenómenos indisolubles. La vida moderna implica un acoplamiento con las exigencias universales, cosmopolitas. Porque si no el folklore nos parece tan pintoresco, pregunta Gramsci. Porque amén de su relevancia nacional no corresponde al entorno de una cultura moderna, de un adelanto científico y tecnológico que sosteniendo la realidad internacional permiten al hombre moderno quien es partícipe directo de ese adelanto, descubrirse. Fuera del contexto nacional el folklore es extravagancia y la modernización del país exigía dejar a un lado el folklorismo político, su extravagancia, en busca de nuevos horizontes dictados por el capital: un nuevo mito debía surgir de todo esto. En la expansión del mercado internacional que anunciaba dirigirse hacia su cenit, el Estado nacional debía verse en la proyección cualesquiera de un Estado capitalista por excelencia y ello incluía también, la emulación de sus instituciones políticas. Consolidación política y modernización del Estado para cumplir con su ejercicio de dominación eran aquí las dos caras de una misma moneda a nivel global:

" A esta particular expansión de poder (del Estado) Max Weber la llamó poder legal... en referencia a ese poder jurídicamente reconocido y comúnmente llamado autoridad, que vamos a entender como la capacidad legal que se otorga a los individuos e instituciones que integran al aparato de gobierno para determinar y vigilar el comportamiento político y social de los integrantes de la comunidad conforme a normas, reglas y leyes constitucionalmente establecidas".⁹⁴

A esa particular expansión de poder Gramsci la llamó *hegemonía de clase* y ella concede al Estado toda autoridad ante las instituciones e individuos que la integran. Ella representa la mayor libertad de maniobra que un Estado puede conseguir. La principal crítica de nuestro autor a este hecho es el que ese consenso se manifieste como una iniciativa *aburguesada*, es decir, como un despliegue de fuerzas que va a reivindicar al fin, el orden de sobreexplotación ya existente con las repercusiones de atraso histórico que eso trae. Por eso cuando el clamor social quiere escapar de sus manos tomando

⁹⁴ Weber Max; op cit Alfie Miriam y Méndez H. Luis; idem pp 123-124.

otros rumbos consensuales lo llama *desorden* y busca los medios posibles para *reordenarlo*. Con ese conjunto de normas y leyes constitucionalmente establecidas – y que dan lugar al Estado de Derecho- el Estado mexicano con las requeridas reformas lanzaría al capitalismo global en el territorio a una marcha interrumpida, salvándolo en esta etapa de monstruosidades populistas. El poder, el orden y la legitimidad necesarios en esta periodo de modernización surgirían arraigados en la propia ley de esta democracia constitucional, antes enfermiza bajo la tutela del nacionalismo revolucionario:

*“ Al contrario de lo que había sucedido cuando inició su mandato el presidente De la Madrid, otras son las condiciones económicas y políticas en que Salinas de Gortari asume la presidencia. En lo económico además del control de la inflación; reservas internacionales importantes; renegociación de la deuda externa; tasas de interés bajas. En lo político: concertación obligada con los diversos sectores sociales y en especial con la burguesía; conciencia generalizada de las necesidades de un acuerdo nacional; preservación del control sobre los sectores de trabajadores organizados; dominio sin contrapeso en todas las instancias públicas de ejercicio del poder; inalterabilidad en el monopolio de los medios de comunicación; tranquilidad social gracias a una oposición o demasiado vieja y desgastada o muy joven e inexperta...”*⁹⁵

Salinas de Gortari, *el animal político* como algunos analistas le dieron en llamar, usó todos los recursos a su alcance para imponer orden en las filas del partido y en el ambiente político nacional. Lo suyo fue amarrar firmemente el proyecto de apertura económica y modernizar al espectro político. Lo suyo, fue hacer de México una nación moderna integrándola al comercio mundial, a la cultura moderna del mundo que a su vez, tenía que encontrar en el país un camino cada vez más llano para la inversión del capital mundial. Si el nacionalismo revolucionario había comulgado con el mito histórico de la Revolución, el liberalismo social en términos de control y hegemonía política comulgaría con el perfil “ de una verdadera democracia”; de su inicio o de un periodo de transición hacia ella. En cualquiera de esos momentos lo que se ofrece es *una democracia representativa* propia a la de las modernas sociedades capitalistas. De acuerdo con Bobbio esta representatividad ha tendido a identificarse con una *representatividad fiduciaria* (representatividad de intereses generales –sic- que prohíbe el mandato imperativo de grupos sociales):

“ ... la de representación fiduciaria es la que se pretende imponer en el mundo de la globalidad, del mercado regulador propio de la ideología neoliberal. Su característica central consiste en entender la democracia más como una ideología, como un conjunto de reglas procesuales que

⁹⁵ Garavito Rosa Albina; “México en la década de los ochenta, la modernización en cifras; UAM Xochimilco; México, 1990, pág. 61.

*establecen quien esta autorizado para tomar las decisiones colectivas y bajo qué procedimientos, formas y mecanismos destinados a regular el ejercicio del poder político; ordenamientos jurídicos orientados a satisfacer el interés general, esto es, aquél que por mayoría se impone en el parlamento".*⁹⁶

En manos de la entronizada burguesía nacional la democracia *selectiva* tiene que ser el respaldo social de un proyecto económico para la era moderna y esa es la lectura que podemos hacer de este apartado. La reverencia al Estado, a la figura presidencial, a las instituciones que ideológicamente se adhieren directa o indirectamente a la consigna economicista hacen de la sociedad civil, sustento de la vida democrática, un reino de las mercancías. En este marco la democracia si es abiertamente comparsa de la ideología global, porque con su consenso, participación o indiferencia alienta la permanencia de un proyecto que no permite el libre despliegue social, regulado por sus condiciones histórico-culturales como Gramsci las llama. El mercado como lo conocemos solo crea equilibrios ficticios, inestables, manteniéndose de las necesidades creadas en la desigualdad creciente. Esa es la tarea política del Estado según Gramsci respecto de los movimientos sociales: tragarlos para después asimilarlos. Es el mito de Cronos devorando a sus hijos. La sociedad civil para no ser devorada tendría que asumir su propia ideología, su propio proyecto, su propia organización que por *razones propias*, vendría a identificarse con un proyecto muy amplio que llegará a reivindicarse como de clase social.

Centrada en un atávico desarrollo rural la rectoría económica del Nacionalismo Revolucionario no compaginaba con este ambiente democrático que cuestionaría su propia rectoría política (simulación de poderes divididos, de la autonomía de los estados federados, de la construcción de los canales de participación social, etc.). En su debate la rectoría del Estado había cedido ante presiones económicas externas pero también ante la inercia acumulada e irremediable de su propio desgaste político. De cualquier forma el peso de la deuda internacional contraída había sido decisivo y el horizonte asomaba claridad: la sociedad mexicana y su sistema político tenían que democratizarse ante la presión creciente del capital transnacional accediendo a la modernización y a la globalización. El sistema democrático surgido se reduce entonces a tres aspectos básicos en toda representación y que condicionan la desenvoltura de la sociedad civil: el cumplimiento de las reglas del juego impuestas por el marco jurídico; el reconocer a los partidos políticos como los jugadores o actores principales de la demanda ciudadana; reconocer el proceso electoral como el espacio de juego en el cual se dirimen las diferencias políticas. Fuera de estas reglas, estos actores y este espacio, oficialmente la democracia no se concibe al no redundar en beneficio del sistema y de su ideal

⁹⁶ Bobbio Norberto op cit Alfie Miriam y Méndez H. Luis; *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997, pág. 126.

modernizador. En el marco descrito Economía y Democracia en México son por primera vez en su historia una producción moderna, entendida esta como la inclusión del país en la trama del desarrollo universal, para el caso, del capitalismo mundial en la era global.

CONCLUSIONES.

Tras las reflexiones anteriores el fin de nuestra investigación amerita al menos las siguientes preguntas: ¿cuál ha sido el impacto político de la Globalización en México?, ¿existe como tal?, ¿qué tiene que ver la ideología desde la perspectiva gramsciana en esto? ¿y el marxismo?

Como sostenemos desde el inicio de este trabajo, el marxismo no ha perdido su vigencia porque lo suyo es la crítica. Cuando la crítica deje de tener cabida en el terreno del conocimiento entonces sí, la labor que hace al pensamiento y a la humanidad por cualquiera de sus manifestaciones estará irremisiblemente arruinada. La crítica se hace para construir y explayarse en cualquier campo del saber sobre bases sólidas, resistentes al más recio impulso. Para demostrar su peso y su derecho a la existencia en medio de tensiones y distensiones constantes las ideas tienen que ser sometidas al rigor del análisis venido desde diferentes sitios sin apenas tambalearse: lo que resiste, apoya.

Es un hecho que en el contexto de la globalización, discriminaciones y desconocimientos formulados a partir de una crítica acerba han llevado al marxismo hasta la expulsión de las aulas por no decir del interés general, que lo mismo estimula al docto que al iletrado en la materia. En el centro de esta descalificación precipitada el tema de la globalización se manifiesta como el más acabado y sorprendente de los hechos en la historia de la humanidad al que nada capaz de distraer nuestra atención se le puede comparar. Vertiginoso, omnipresente, expresión preclara del humano potencial, los hechos del mundo compartidos al menos inicialmente por imágenes, son los que hablan sobre el fenómeno y convencen a las multitudes sobre la magnitud del más grande hito en la era posmoderna: la magna suma de un periodo histórico en que capital, tecnología y cultura, se han hecho virtuosos. Nada surge de la nada y la era global conjurada de espontaneísmo debe, por una cuestión de sano e insalvable criterio intelectual, identificarse como consecuencia de un proceso histórico definido, es decir, con rastros inmediatos de espacio y temporalidad que la dotan de carácter propio. Como genuino producto real o conceptual de décadas recientes la globalización ha abierto la trama reestructuradora de la realidad internacional, de las relaciones internacionales, del desarrollo mundial aunque "todo el mundo" siga siendo una expresión convencional. Cuál es la proyección de ese mundo cuando presumiblemente se han dejado atrás las declaradas divisiones políticas, económicas e ideológicas que el marxismo protagonizaba. La oferta del capital como motor de este desarrollo permite hoy más que antes la aproximación de su estudio desde la perspectiva marxista. Mantener al mundo en el rumbo de la integración comercial y la expansión del mercado que ello implica no es cosa de "inercia histórica". ¿Cuál es el lógico contrapeso a esa anhelada integración? En lo político, ¿es la globalización la necesaria antesala del ejercicio democrático? No es un secreto en el mundo globalmente considerado que una democracia acorde a los

lineamientos de la Comunidad Internacional y de las grandes finanzas que la integran, recibirá sin falta apoyo (económico, tecnológico, comercial, etc.) internacional; ese apoyo, esa coadyuvancia del capital que sustenta el progreso y el acceso a la modernidad en la vanguardia mundial. No son hechos respaldados por una perspectiva individual y caprichosa [os que definen esta realidad global: esta es ya una ley reconocida por cualquier joven internacionalista. Lo nuestro ha sido encarar el fenómeno desde una postura analítica que se resiste a desaparecer de un plumazo.

Inmerso en la era de los grandes descubrimientos ciberespaciales que buscan acelerar la producción y dispararla a un mundo que quiere enlazarse de continuo, el capital *se ha hecho global*. Es claro que el capitalismo, el neoliberalismo, no son la globalización porque ella no es una *técnica económica* o una ecuación mercantil. Su labor *es estrictamente ideológica* y como Gramsci nos dice esta tarea es la de mover masas, sectores sociales que rozan la dispersión cuando la crisis sacude y se hace sentir en toda la colosal superestructura estatal. La ideología global no se implementa con denuedo y porque sí en las superestructuras del mundo. Ella ha permeado, modificado y reconstituido *el discurso de lo nacional*. Ha legitimado una nueva etapa en la expansión del mercado que no puede justificarse por sí misma, por su sobreexplotación *que se tiene que ampliar y acelerar en lo nacional para atender la necesidad mundial*. La globalización como cualquiera otra ideología no puede explicarse por sí misma porque responde a una necesidad material que en nuestro caso, es una reestructuración económica mundial. Es aquí donde economía y política se combinan y muestran la razón, necesidad y solidez de su existencia conjunta. Es el capital quien necesita explicar con argumentos creíbles cuáles son las necesidades y beneficios de una expansión tan agresiva. El interés de unir al mundo universalizando al capital se respira en la globalización que recorre el mundo queriendo estimular la acción de las masas en un proyecto conjunto de legítimo interés nacional. El cómo confrontan esas sociedades nacionales y sus Estados tal impacto es el punto nodal que da cabida a este estudio gramsciano.

La resistencia de las democracias occidentales a sus opositores, la permanencia victoriosa de los Estados capitalistas aún en el fragor de sus crisis económicas y la imposibilidad práctica de impulsar el movimiento socialista por la vía de la lucha frontal contra ese régimen es lo que ha llevado a Antonio Gramsci a una reinterpretación política del ordenamiento mundial y la hegemonía capitalista, reordenamiento que en su periódica repetición (las crisis económicas forman parte del sistema capitalista mundial) nos permite hoy hacer una evaluación sobre el reordenamiento global y el impacto que ello produce en nuestro país. Las conclusiones del socialismo gramsciano a estos acontecimientos: que el camino seguido por la revolución Rusa no es expansivo ni generalizante. Sin embargo, los cambios producidos por dicha revolución en la estructura capitalista del mundo y en la dinámica de cualquier proceso revolucionario constituyen ya un aleccionador punto de obligada referencia en el curso de la Historia. A Gramsci le asombra la idea *de una reagrupación capitalista mundial por encima de cualquier crisis económica y su magnitud*, lo que le lleva obligadamente como teórico del marxismo, a descomponer los mecanismos de dicha maquinaria y que nos permiten hoy,

aún fuera de la perspectiva socialista de nuestro autor -no se trata de replantear el socialismo italiano en el mundo- entender la reagrupación capitalista mundial que presenciamos y que la globalización enmarca, es decir: qué hay en lo político al interior de los Estados democrático-capitalistas que les permite soportar repetidos cismas económicos que *impactan en diferentes grados la parte superestructural* de los Estados y sin embargo, les permiten volver a cohesionarse para un buen desempeño económico y político de un siguiente ciclo.

Gramsci lo entendió bien de Lenin y fuera del convencionalismo marxista, sin desprenderse por ello del abc del marxismo: dentro de la estructura de los Estados capitalistas no existen crisis sin salidas y siempre habrán soluciones pro-capitalistas. El pensamiento de Gramsci no está frente a una ilusión o un accidente en la Historia y eso es lo que queremos dejar en claro. Los Estados capitalistas a diferencia de sus antecesores tiene algo más allá del aspecto coercitivo que logra amalgamar su estructura. Mejor dicho, tienen algo que flexibiliza su estructura dotándola de maleabilidad. La teoría de la Hegemonía propuesta por Gramsci y que rescatamos nos dice que son las ideologías como conciencia política de la sociedad civil lo que da ánimo y resistencia a esos Estados a través de los movimientos sociales que los levantan cuando las crisis acechan. La clave nos dice está en el uso de la ideología y la cultura nacional como instrumentos de control político. No se trata de imponer nada. La tarea consiste aún dentro de la crisis, en buscar y publicitar bondades sociales de alcance nacional valiéndose para el caso, de recurrentes alegorías que todos conocen: el mito de lo nacional reflejado en lo popular y de la urgencia en que se combata la crisis vista como una anomalía universal. Eso es lo que, concluimos, permite a los Estados superar sus desequilibrios políticos cuando en las crisis económicas todo se agudiza. Debemos insistir en algo. Una crisis política puede ocurrir por diferentes causas ajenas incluso, a al parte económica; pero son las derivadas de las económicas las que aquí nos interesan y que de manera evidente, se despliegan globalmente. La clave de esta intensa y extensa promoción ideológica está en el régimen democrático, en sus parlamentos, en la ilusión de que un Estado capitalista cuya primordial obligación de clase está en mantener las tasas de ganancia que arroja la explotación laboral, puede dar cabida en sus instituciones a la igualdad y la libertad ciudadana. La sociedad industrial caracterizada por su afán de expansión (la producción necesita llegar a nuevos mercados) no deja paso a la espontaneidad. Hablamos aquí de acción política: toda participación social, aún aquella que quiere deslindarse con su acción de tintes políticos, lleva en sí el reconocimiento de instancias públicas dentro del Estado moderno que hacen las veces de "legislación ideológica". Un proceder que no altera desfavorablemente el orden dentro de la sociedad capitalista y lo que ella produce no representa motivo de atención para la clase en el poder, como sí lo hace aquello que perjudica la estabilidad de ese orden o aquello que puede disparar las tasas de producción y ganancia y no ha sido debidamente aprovechado. Nada hay al margen del Estado porque su tarea es la de ordenar, controlar y promover la reproducción de su modelo económico y político en todos los rumbos, publicitándolo como genuina expresión de la sociedad moderna. La Europa colonial e industrial fija sus cimientos en

estos principios que a su vez explayan la fuerza capitalista y dan la pauta para las relaciones organizativas nacionales e internacionales de la que sus propios Estados se benefician. Ideológicamente y sembrada en el contexto del Estado moderno, la democracia pro- capitalista se presenta como expresión popular en cuyo antecedente histórico se reconoce el emblema de lo nacional. Con su teoría de la Hegemonía Gramsci descubre el funcionamiento de la democracia como una trinchera en la lucha clasista donde lo nacional, como expresión histórica y cultural de una sociedad, tiene un peso determinante en la carrera por allegarse aliados ideológicos que respalden el propio proyecto de clase presentado a los demás como proyecto nacional. La democracia alentando la participación ciudadana, la participación de la sociedad civil, es un producto peculiar de promoción permanente al orden establecido en su carácter nacional. En este marco Gramsci había descubierto que en la historia reciente de los Estados y de su vida política un modo de dominación ideológica *sui generis* en el ejercicio de la hegemonía se estaba practicando y cuyo mayor énfasis iba a presentarse en el régimen fascista italiano: la adoctrinación de las masas por la vía de una peculiar instrumentación estatal. Aquí las masas adquieren su identificación, su unidad, su necesidad y su satisfactor- su forma, concretamente – desde arriba. Esa forma no es únicamente el exclusivo discurso de clase pero es favorable al mismo. En su lugar ha sido acomodado un discurso nacionalista incluyendo, reformador, progresista, que a cada instante incluye un motivo del sector popular - comúnmente reconocido en la historia de esa nación – como elemento de cohesión y adhesión política. Por esto, un punto clave en la teoría del pensamiento gramsciano es la consolidación del momento *nacional- popular*, porque es un periodo que asegura la participación popular de acuerdo a lo anunciado por su dirigencia. De esta manera lo que Gramsci acusa es *la predisposición ideológica* de las masas para no separarse del ambiente y orden en que ellas operan. Si un momento crítico se presenta- un periodo de crisis económica *capaz de sacudir toda la colosal superestructura-* se recurrirá al discurso triunfalista que en el proceso de *ideologización* se ha venido señoreando: "raza pura", "pueblo elegido, grandioso", "hombres y mujeres trabajadores", o la alusión del enemigo externo y el orgullo épico de reconocerse en un pasado glorioso, etc. la tarea del Estado democrático esta en hacer participar a la sociedad civil en una *tarea nacional, cruzada nacional, proyecto de nación*; mantener a las masas dentro del código de una implícita organización y finalidad que el Estado sólo se encarga de encauzar. Esta magna tarea de adoctrinación democrática solo puede cumplirla un Estado desarrollado, uno que puede llegar por los medios posibles a todos los rincones del territorio en su calidad de aparato hegemónico que asegurando la reproducción capitalista, se asocia con las burguesías nacionales para respaldar tal proyecto. Así las cosas las crisis económicas se quedan justamente en una posibilidad de que el capitalismo sufra un descalabro y nada más si la contraparte no esta organizada para aprovechar tal coyuntura:

"...se puede excluir que por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan acontecimientos fundamentales; al máximo puede crear un terreno más favorable para la difusión de ciertas maneras de pensar, de

ciertas maneras de plantear y resolver cuestiones que afectan a todo el desarrollo posterior de la vida estatal".¹

El control social a través del Estado es tal que sigue girando por esta importancia en el tema principal del conflicto clasista. En esta confrontación de intereses donde se mide la correlación de fuerzas la labor del consenso social tiene un peso definitivo. Por la vía de la elección democrática la clase gobernante legitima su proyecto y le da respaldo nacional. Aquí esta la vigencia de Gramsci y el marxismo en el contexto global. El reto capitalista es funcionar óptimamente dentro de un ambiente político propicio o algo cercano a eso. Seguimos hablando de clases sociales, no de grupos o facciones al interior de los Estados que pueden ocupar la representación democrática sin poner en riesgo la reproducción del sistema:

" ... en razón de la estructura maciza de sus aparatos hegemónicos, su dinámica se caracteriza por el cambio, por la necesidad de dar de algún modo una propia respuesta a los problemas del desarrollo y de la reproducción. Pueden vencer al adversario si enfrentan los problemas que plantea. Y el hecho de lograrlo determina también una temprana decapitación del movimiento obrero. Pero esto es posible solo desarrollando y cambiando ulteriormente las organizaciones del estado y de la economía".²

Cuando en ese Estado capitalista la sociedad política ha ganado el apoyo de la sociedad civil estamos asistiendo a la liturgia ideológica del Estado liberal garante del orden y la voluntad ciudadana. En cualquiera de estas manifestaciones (Estado policiaco, gendarme, guardián nocturno etc.), la acción democrática así celebrada designa una entidad cuyas funciones están dirigidas a la tutela del orden deseado por cumplimiento de la ley. Si una facción gobernante no es competente para tal ejercicio, otra tendrá que suplirla hasta cumplir si es necesario con la concesión de un requerido cambio institucional.

En esos Estados democráticos la premisa marxista de la lucha de clases sigue latente y sin menguarse: la lucha es por el poder del Estado y los lineamientos para conseguirlo precisan de una hegemonía de clase, una hegemonía ideológica, no de una lucha frontal:

" La lucha de clases es una lucha que se libra en el terreno de la política y en gran parte como una lucha ideológica, vale decir, como una lucha por conquistar para los intereses propios, el consenso de la sociedad. Esto mismo constituye ya la esencia de la política (que es la lucha por el poder

¹ Gramsci Antonio; "Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado"; Juan Pablos editor; México, 1975, pág. 74.

² Gramsci Antonio op cit Vacca Giuseppe; *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980, 1ª ed; pág. 66.

del Estado): hacerse de fuerzas en la sociedad, ganandosela para los propios fines".³

Ya no hay luchas frontales, luchas cuerpo a cuerpo donde se resienta el furor de la sangre y la metralla. En un Estado moderno eso ya no puede ser nunca una primera instancia de control político. El Estado deberá verse contra la pared para que eso ocurra y tendrá que legitimar dicha actitud cuanto antes bajo el riesgo contrario de perder su hegemonía capitalista nacional y su credibilidad ante la sociedad civil internacional. Este es hoy, otro gran aporte del pensamiento gramsciano: descubrir entre jaloneos de poder e ideología clasista el activo y potencial papel de la sociedad civil. Ella legitima con su respaldo la credibilidad de un proyecto nacional. La clase social que quiera poder político, hegemonía, debe ganar el apoyo de la sociedad civil. Las democracias occidentales según atestiguamos trabajan día y noche, de extremo a extremo, por insistir machaconamente en esta labor de respaldar socialmente, ideológicamente, su proyecto nacional de conocido corte económico. Así, la máxima aspiración de un Estado en la globalización es convertirse en un Estado capitalista por excelencia y en el cual la industrialización de áreas económicas clave se vuelve vital: llevar el desarrollo hasta la cumbre más alta conocida, zafarse de lastres pre-capitalistas que morbosamente, engendran sus propios demonios mermando tiempo y recursos. La hegemonía que el capitalismo internacional necesita esta en la modernización de las relaciones productivas y no en sus formas bastardas, pero guardándose siempre de mantener las relaciones políticas de dominio existentes. Tiene que ser una realidad social regulada por el mercado, por la producción racionalizada del fordismo y el taylorismo que tanto atrajeron las reflexiones gramscianas como procesos cumbre de la producción capitalista, no es raro que la ideología imperante y la hegemonía burguesa busquen su raíz en la fábrica ("la hegemonía nace en la fábrica") hoy trasladada al imperio de la empresa transnacional. El fordismo de acuerdo con Gramsci se hubo constituido como organización racionalizada del sistema productivo en la sociedad. La tarea de la hegemonía no es exclusiva del Estado como también de la fábrica; del sector privado que en asociación promueve la expansión del capital. Incluso más: todas aquellas entidades "falsamente privadas" por cuanto se han asociado con el Estado y actúan a su sombra han dirigido sus esfuerzos corporativos a la causa de la industrialización con la intención de homologar al mercado nacional con el internacional. El escaño más alto del capital esta en esa igualación que lógicamente, tiene etapas previas de retraso en otros Estados aún no industrializados:

" Si es cierto que ningún tipo de Estado puede prescindir de atravesar una fase de primitivismo económico- corporativo, se deduce que el contenido de la hegemonía política del nuevo grupo social fundador del nuevo tipo de Estado debe ser primordialmente del orden económico: se trata de reorganizar la estructura y las relaciones reales entre los hombres así como el modelo económico de la producción. Los elementos superestructurales

³ Córdoba, Arnaldo; *Sociedad y Estado en el mundo moderno*; Grijalbo, México, 1984, 13ª edición, pág. 273.

no pueden ser sino escasos y su carácter será de previsión y de lucha, con elementos de "plan" escaso. El terreno cultural será sobre todo negativo, de crítica del pasado, tenderá a hacer olvidar y destruir; las líneas de la construcción serán todavía "grandes líneas"; bosquejos que podrían (y deberían) ser complicados en cualquier momento, para hacerlos coherentes con la nueva estructura en formación".⁴

El paso de una estructura económico-corporativa a otra de industrialización en el capitalismo esta marcada indiscutiblemente por la ruptura con el anterior escenario ideológico en el que incluso van los viejos jerarcas. La teoría de la hegemonía capitalista es la de una política estatal, un desempeño económico, un contexto ideológico y un marco jurídico compatibles. Y ese ordenamiento será proporcional a las dimensiones y los ritmos del proceso de industrialización en juego. Por eso la globalización tiene que hacer alarde de modernidad como algo querido y consciente por todos, aunque no todos los países interesados puedan acceder a dicho escafo. A él sólo puede llegarse por la necesaria reorganización que impone el reajuste económico y que se va perfilando por la racionalización económica emprendida. La globalización se publicita en Estados democráticos que deben modernizar su planta productiva en relación al escenario y el mercado internacional precisando también de la modernización de sus instituciones políticas, de su marco jurídico y del discurso ideológico tradicional que restringe con su cariz cultural el libre despliegue de la burguesía nacional hacia su conexión con el mercado mundial. Es la voz del capital en una esfera que quieranlo o no otros países ya se volvió global, la que habla:

"Ninguna fuerza de gobierno basada en el parlamento, puede constreñir a los capitalistas (empresarios, banqueros, especuladores, grandes terratenientes, grandes burócratas.), a renunciar a la ganancia que obtienen sobre la producción... Ningún gobierno parlamentario puede tener la fuerza de hacer funcionar normalmente a un orden productivo corrupto".⁵

La clase burguesa gobierna los intereses fuera del parlamento con el imperio de su propia ley. La expansión rapaz del imperialismo que Lenin describía como el reparto del mundo que se hacían los cárteles internacionales nunca fue asunto de la justicia parlamentaria. Lo nacional era visto como un área de influencia y no como una entidad soberana. La soberanía es para el capital un asunto parlamentario. La expansión del capital ha hecho de lo nacional según Gramsci: "un monopolio en manos extranjeras". El Estado dentro de este marco de poder esta circunscrito a las contradicciones del sistema mundial. La teoría gramsciana ha sido montada y descansa en el estudio del desarrollo capitalista y del modo en que la regulación global del mercado se lleva a cabo a través de los Estados. La tarea de los Estados está en gestionar la política y la

⁴ Gramsci Antonio op cit Showstack Ane; *Filosofía y Política en el pensamiento de Gramsci*; ediciones de cultura popular; México, 1ª ed; 1988; pág. 147.

⁵ Gramsci Antonio op cit Glucksman Bucí; *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980, 1ª ed; pág. 190.

economía de un país en beneficio de intereses creados, gestión que se interrumpe cuando la crisis económica sacude la superestructura política e interrumpe con su ineficiencia la marcha del mercado mundial. Como hilo conductor en la serie de representaciones sociales existentes la política tiene, exige, supremacía sobre el elemento económico al que le sirve de recuadro y de donde se desprende que, si en sus crisis el Estado burgués resiste en lo sustancial, toda la estructura puede asegurarse por aquella condición su restitución y permanencia para un nuevo ciclo económico. Sin embargo no existen crisis sin concesiones políticas. Cada periodo coyuntural trae la remoción de grupos políticos y el surgimiento de nuevas fuerzas a favor de *lo nacional*, asociado por descripción con una arraigada tradición popular. Las crisis son eso, momentos de transformación. La lucha de clases que hoy presenciamos en el contexto global determina su carácter hegemónico en la construcción de un proyecto nacional afín. Al Estado ya no se le puede tomar por la vía del asalto, del ataque frontal. Cada vez que ello ocurra los fuegos civiles corren el marcado riesgo de ser reprimidos y abolidos si no existe una amplia organización social de respaldo a un proyecto nacional que se quiera imponer. En el régimen actual, Estado y sociedad civil son una ecuación que soslaya el economicismo reformista. Con el relevo de grupos políticos en el desempeño democrático las estructuras económicas funcionan con sordina que evita el colapso fatal. La lucha de las clases aunque cierta en su materialidad ya no se resuelve enfrentando a las clases con el ejército o la huelga fabril. Ideológicamente el Estado ha pactado con las masas, las ha ganado ofreciéndoles expectativas que se dan más allá del terreno de la producción aunque exige a cambio la satisfacción del mercado internacional. Así la revolución socialista aunque vinculada originariamente con la fábrica ya no puede encontrar ahí su remedio. Hoy la empresa transnacional es la base de la expansión capitalista, del mercado mundial, pero no es la base en estricto sentido del Estado democrático, del Estado político, del Estado liberal. Cuál ha sido el impacto de este acelerado ritmo internacional en México. Innegablemente tiene que haberlo y nuestra tarea ha sido indagar la magnitud de esa colisión a la que ninguna superestructura puede mantenerse ajena.

El caso de la crisis mexicana que dio lugar a la puesta en marcha de los programas económicos de ajuste estructural ha pretendido ser una muestra esquemática oportuna de las implicaciones políticas que acarrear las depresiones del capital mundial, pero más que eso, de cómo ambos, el capital y el Estado democrático, se reconstituyen hasta invalidar la ingerencia de otros actores políticos. El monopolio de la producción y la oferta en la mano de obra antes que desaparecer como elementos clave de las relaciones de poder existente se han reconstituido nacional e internacionalmente, guardando de fondo la misma relación que en el apogeo de su fuerza durante el siglo pasado tenían el dominio y la explotación ejercidos por el imperio. Para el caso mexicano la reestructuración económica mantenía fines bien especificados para la burguesía nacional y la del mundo. Se trataba de incorporar a un Estado capitalista-corporativo a la dinámica de la economía programada hacia la modernización. Pero afectar un modelo económico implica afectar un modelo político. No se atentaba contra una clase dominante sino contra un grupo dentro de ella identificado con una vieja guardia *nacionalista-revolucionaria* rancia. La reconstitución del Estado mexicano

apuntaba a la promoción de una vanguardia ideológica de proporción internacional. Detrás de esto la crisis económica dio sitio a la crisis política y con ella al surgimiento de nuevos actores políticos y una nueva correlación hegemónica. Podemos decir que esta mediación, este intento de la sociedad civil por imponer las propias fuerzas no es un reflejo democrático sino de un agudo momento sustancialmente político de una crisis generalizada en la que un régimen con tradición autoritaria debía hacer concesiones políticas. En 1988 el partido de Estado (PRI) aglutinador por décadas de sectores sociales, se enfrentaba como pocas veces en su historia al desconocimiento y castigo de un electorado que antes presumía incondicional. Cuál fue la concesión de la crisis capitalista ahora vertida en la superestructura política a la democracia mexicana: el flexibilizar la rienda autoritaria aún presente en una era moderna que anunciaba, en otros horizontes del mundo, "el fin de los regímenes autoritarios". La crisis dio surgimiento a nuevos actores políticos surgidos de una participación social animosa por cambiar sus expectativas democráticas y económicas. En la construcción de una hegemonía política que ese ánimo social vaya a respaldar, en la ansiedad por cambiar el régimen político existente, no podemos omitir la reflexión gramsciana sugerida: ideología y proyectos de desarrollo nacionales que integran la red capitalista mundial, son lo que esta en juego. Como puede verse entonces existe un impacto político que en la historia del país resulta de sonada magnitud. No presenciamos supinamente un reflejo de nobleza, naturalidad o inercia democrática. Asistimos a una confrontación, una correlación de fuerzas en la cual la sociedad civil priva al Estado de una considerable porción de autoridad susceptible, si libre, de crecimiento y multiplicación. Vivimos la médula de un momento sustancialmente político que se ha presentado a nivel mundial, como una crisis generalizada. Las clases y grupos sociales al interior del país y por esta sacudida de intereses se separaron de golpe del partido tradicional y su representación sindical, agrupándose con otras organizaciones o creando las propias de coordinación independiente. En el terreno teórico estos acontecimientos han sido bien descritos por nuestro autor:

" En un momento determinado de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales; es decir, de sus partidos tradicionales en la forma organizativa que tienen, con los hombres que los constituyen, los representantes y los dirigentes ya no son reconocidos como expresión propia de sus clases o fracciones de clases. Cuando se verifican estas crisis, la situación inmediata es delicada y peligrosa porque el terreno está libre para las soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras representadas por hombres providenciales o carismáticos ".⁶

La crisis empujaba a la sociedad a buscar esquemas, fórmulas, que dieran salida satisfactoria a una crisis económica y política entonces pronunciada. ¿En torno a qué se organiza la sociedad? En torno a lo que estando a su alcance ofrezca expectativas de

⁶ Gramsci, Antonio; *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*; Juan Pablos editor; México, 1975; pág. 76.

solidez y estabilidad –política y económica-. Por eso Gramsci insiste en la preparación constante de cuadros, para que aprovechen la coyuntura cuando esta se presente y no cuando ésta ya esparció la incertidumbre. El estado capitalista trabaja día y noche en torno a este aspecto organizativo de su hegemonía si bien el régimen priista del nacionalismo-revolucionario ya venía a menos de años atrás y principalmente porque ya no era un partido político moderno, un aparato de organización adecuado para una sociedad que resentía los efectos del ambiente internacional. Por eso al interior del mismo partido "tradicional" se daban separaciones de grupos que convenían en esa escisión. No sabemos de su " potencialidad oscura", pero la imagen providencial llegó para el electorado mexicano con la figura nacionalista – redentora de Cuauhtémoc Cárdenas y la conformación de un nuevo frente opositor. A ese frente no lo unía la organización y ni siquiera la unidad ideológica en un momento en que eso hizo tanta falta sino un principio más cándido: la fe puesta en el esfuerzo conjunto y en el seguimiento de un líder. Aquella suma era el preludio de una redistribución de fuerzas, el nacimiento de la organización opositora como alternativa política: para el régimen la crisis ahora peligrosamente política, estaba en todos los rincones del país. El Estado mismo sabía de los riesgos, pero la consigna de la reestructuración no venía del grupo de poder al interior del partido, del gobierno; venía de afuera, del capital transnacional y la autoridad del FMI

" ... para asegurar la permanencia del capital financiero ("las altas finanzas"), la crisis golpea al conjunto de las superestructuras, afecta todas las relaciones Estado- sociedad. Las clases subalternas se salen de la legalidad establecida, desagregan el aparato del Estado, sin ser capaces pese a ello, de ligar sus luchas a la mayoría de los explotados, sin saber construir una alianza a largo plazo , sin poder organizarse proponiendo una alternativa política." .⁷

Las altas finanzas habían previsto que la reestructuración del país tocaría también al espectro político y con ello a los intereses del partido oficial. El "relevo generacional" al interior del PRI no era un asunto que solo interesara a los que vivían en casa. Estas crisis orgánicas como Gramsci las llama, desajustes severos en el seno de la estructura política, tienen las repercusiones de *aceleración histórica*: si no se constituye férreamente organizada una hegemonía de oposición, el Estado como si incorporara en su haber esa experiencia crítica, amplía sus alcances abriendo con su reconstitución la unificación vigorosa de la clase dominante logrando su objetivo de reconstituirse, reajustarse, reestructurarse. La burguesía antes asustadiza, inconexa, se alinea con el partido y con un proyecto de " reconstrucción nacional" hacia la modernización que una potencia idealmente construida, recomienda. Este es el riesgo y el nudo de los movimientos populares inconsistentes en las democracias capitalistas. Para Gramsci el fascismo ofrecía eso, ser el partido nuevo de la burguesía. Pero en este "nuevo Estado" de burguesías asociadas no todo es moderno. Con el fin de apaciguar las fuerzas

⁷ Bucí Glucksman, Christine; *Gramsci y el Estado*; Siglo XXI, México, 1979, 4ª edición; pág. 129.

inestables la clase dominante a través del Estado hace uso de todas las medidas a su alcance, tradicionales y nuevas, hasta lograr ese momento de equilibrio que le permite un libre despliegue a su proyecto modernizador. La combinación de procedimientos legales e ilegales, de la vieja manera priista, en el caso mexicano, de hacer las cosas dentro del panorama reestructurador, es indicio claro de esa dificultad para implementar un cambio político y económico necesario. Todo depende de las fuerzas en juego, su naturaleza, su vigor, su ubicación. Diferentes y necesarias medidas para cada reajuste. Esa ampliación del Estado, de sus fuerzas, sus alcances, su hegemonía, es inseparable para tales efectos de la base histórica que lo sustenta. La política no puede seguir el ritmo avasallador del mercado. Ella es lenta. Le lleva tiempo acoplarse a la circunstancia internacional pero tiene el mérito de ser más resistente que los reveses dentro de ese ámbito. Por sí mismo el Estado puede salvar una crisis y subsistir, el mercado no. Una producción industrial necesita obligadamente de una sociedad industrial, de un consumo industrial, digamos, de una sociedad de consumo. Los lineamientos de una sociedad están orientados por directrices estatales que alientan el desarrollo mercantil. Para consumir una producción de esos márgenes una sociedad *debe necesitar y solicitar* esos márgenes de producción; su producción y su consumo regidos por el Estado serían así un imperativo para la existencia de ese conjunto. En la cúspide histórica del capitalismo la política y la economía en contubernio han adquirido un alcance global modernizando los espacios, reestructurándolos, donde no existen las condiciones óptimas de expansión. El condicionamiento laboral que impone la empresa transnacional estratégicamente dispuesta por el mundo así como la oferta y dependencia económica que ella supone para los países "con menor desarrollo económico", necesariamente van a modificar la superestructura política de los Estados y la relación de estos con la sociedad que gobiernan. Con el recurso de la publicidad y la mercadotecnia que hace el sustento económico de los medios (los medios de comunicación son también una industria), las empresas expresan lineamientos, formas o conductas de vida socialmente aceptadas, opinión pública a través de su publicidad reiterada, y presumiblemente perseguidas. Efectivamente, la hegemonía no esta solo en la figura estatal. Nace en la empresa, en la aceptación del estilo y ritmo de vida que la empresa con su bonanza instituye junto con el Estado para una fuente de clientes potenciales. Jurídicamente el ciudadano incorporado a la sociedad civil no ve más que por su propio interés. Su actitud no es mesiánica sino egoísta, acomodaticia; sólo defenderá los intereses de otros si reconoce en ello el beneficio propio. El mercado global no es un espacio para la comunión sino para la competencia y en ello va incluida la oferta de empleo, la relación laboral, la extensión de un conjunto social que ha adoptado la ideología burguesa, en una pretendida modernización, como la apuesta solidaria de una proyección nacional:

" los proyectos económicos no pueden verse aislados de la acción política como pretenden hacémoslo creer los nuevos ideólogos del capital. El orden neoliberal que teóricamente pretende la ampliación del mercado, la reconversión económica, la competitividad y la eficacia del aparato productivo, también presupone como lectura política, la visión del

*fortalecimiento de un Estado de Derecho, situación que se piensa, proporcionará una sociedad de individuos libres, que por ese solo hecho pueden ser iguales ante la ley para competir en el mercado. Es la llamada sociedad del derecho. La sociedad de las estructuras, la sociedad sin hombres que plantea una infinidad de leyes y normas que generalmente, no pasan del papel y es a fin de cuentas, la ideología en que se sustentan los procesos sociales de derechización del mundo”.*⁸

Si un nuevo fantasma recorre el mundo es el de la hegemonía burguesa reconstituida al menos, en el marco legal, sobre el papel. La derechización es la apuesta real a un favorable impacto político de la globalización en un mundo mercadotécnicamente constituido. Estamos presenciando la extensión de ese mundo a aspectos cada vez más cotidianos y personales de nuestra vida por el camino del favoritismo ideológico, concretamente dispuesto a esa labor de erigirse como el cenit del capital. La globalización como un camino sin fronteras es indudablemente un proceso económico, político e ideológico, que ha incorporado al mercado y a la sociedad global, la nueva racionalidad del desarrollo tecnológico, una economía programada, una relación costo-beneficio que es ya referencia comunal. Cuál ha sido el impacto político de la globalización en México. En términos gramscianos no hay mucho que decir: la puesta en marcha de una reconstrucción ideológica y hegemónica dominante. Al bando de la izquierda le toca jugar.

⁸ Méndez, B. Luis H. (coordinador); *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997; pág. 351.

BIBLIOGRAFIA.

1. - Aguilar M. Alonso; (coordinador); *México y América Latina; Crisis-Globalización – Alternativas*; editorial nuestro tiempo; México, 1997; pp 144.
- 2.- Arriola Palomares Joaquín; *Centroamérica; entre la desintegración y el ajuste*; Centro de Documentación y Estudios para la Paz; Cataluña, 1997; pp20.
- 3.- Axford, Barrie; *The global System: Economics, Politics and Culture*; St. Martin's Press, USA, 1995, PP 247.
- 4.- Bucí Glucksman, Christine; *Gramsci y el Estado*; Siglo XXI, México, 1979, 4ª edición, pp 484.
- 5.-Cerdas, Cruz Rodolfo; *América Latina, Globalización y Democracia*; Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Costa Rica; 1997; pp 51.
- 6.-Córdoba, Arnaldo; *Sociedad y Estado en el mundo moderno*; Grijalbo, México, 1984, 13ª edición, pp 311.
- 7.- Chomsky, Noam, Dieterich, Heinz; *La sociedad global*; ed. Contrapuntos y Joaquín Mortiz; México, 1996; 2ª edición pp 198.
- 8.- Flores, Olea Víctor; *Marxismo y democracia socialista*; UNAM, México, 1974, 2ª edición pp 324.
- 9.- Garavito, Rosa Albina y Bolívar Augusto (coordinadores); *México en la década de los ochenta, la modernización en cifras*; UAM Xochimilco; México, 1990, pp 466.
- 10.- Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*; Juan Pablos editor, México, 1975; pp 256
- 11.-Gramsci ,Antonio; *Los intelectuales y la organización de la cultura*; Juan Pablos editor; México, 1975; pp256.
- 12.-Grupo Parlamentario del PRD y su Comité Ejecutivo Nacional; *Transición Política y Reforma de Estado*; México, 1ª edición, 1996; pp265.

- 13.- Gurza, Lavallo Adrián; *La reestructuración de lo público, el caso Conasupo*; UNAM, ENEP Acatlán; México, 1994; pp 163.
- 14.- Huntington Samuel P; *El orden político en las sociedades de cambio*; Buenos Aires, 1992; 2ª edición; pp 404.
- 15.- Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social; *Estados en Desorden: los efectos sociales de la globalización, un informe del UNRISD para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social*; Ginebra 1995; libro XIII, pp 175.
- 16.- Kanoussi, Dora; Mena Javier (compiladores); *Filosofía y Política en el pensamiento de Gramsci*; ediciones de cultura popular; México, 1ª ed; 1988, pp 301.
- 17.- Lenin, Vladimir I; *Sobre el Estado*; Ediciones en Lenguas Extranjeras; Pekín, 1975, 2ª edición pp25.
- 18.- Luckaks, George; *Lenin, la coherencia de su pensamiento*; Grijalbo, México, 1970, pp 173.
- 19.- Maquiavelo, Nicolás; *El príncipe*, ediciones leyenda S. A; México, 2000, 2ª edición, pp 107.
- 20.- Marx Carlos, Engels Federico; *La ideología alemana*; Editorial Andreus Leda; Colombia, 1979; pp 172.
- 21.- Méndez, B. Luis H. (coordinador); *Poder, Ideología y Respuesta Social en México*; UAM Azcapotzalco; México, 1997, pp 380.
- 22.- Moreno, María de los Ángeles; Flores Caballero Romeo; *Evolución de la deuda pública de México, 1950-1993*; Ediciones Castillo S.A., 1995, pp266.
- 23.- Orozco, José Luis (compilador); *Breviario político de la globalización*; Siglo XXI, UNAM, 1ª edición, México, 1997.
- 24.- Papp, Daniel S; *Contemporary International Relations*; USA, 1993.
- 25.- Piñón, Francisco; *Gramsci: Prolegómenos filosofía y política*; Plaza Valdés editores; México, 1989, pp 375.
- 26.- Portelli, Hugues; *Gramsci y el bloque histórico*; Siglo XXI; México, 1980, 7ª edición, pp 162.
- 27.- Poulantzas, Nicos; *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*; Cuadernos de pasado y presente; México, 1985, 6ª edición, pp 130.

28.- Riazanov, D. (compilador); *Karl Marx como hombre, pensador y revolucionario; antología de artículos seleccionados*; Grupo Editorial Grijalbo; España, 1976 1ª edición.

29.- Sacristán, Manuel; *Antonio Gramsci, antología*; Siglo XXI; México, 1978, 4ª edición, pp 520.

30.- Sirvent, Carlos (coordinador); *Gramsci y la Política*; UNAM; México, 1980, pp 520.

31. - Slater, Robert O; Schutz Barry M; *Global Transformation and the Third World*; Lynne Rienner Publisher's; London, 1995, pp 379.

32. - Unión de Universidades de A. L. (UDUAL); *La investigación y las universidades latinoamericanas en el umbral del siglo XXI: los desafíos de la globalización*; México, 1996, pp 235.

HEMEROGRAFIA.

1. - Revista "Nexos", noviembre de 1997; textos; de Enrique B. Filloy, "Globalismo y Fragmentación", pp 53-57. y de Edilberto Cervantes Galván, "Globalización y procesos regionales" pp 59-67.

2. - Revista "Nexos", noviembre de 1998; "Globalización y Neoliberalismo".

3. - Revista "Nexos", agosto 1999; texto de José Ramón López-Portillo, "Nacionalistas vs. Neoliberales", pp59-72.

4. - Revista "Vuelta" 209, abril 1994; texto de Cornelius Castoriadis, "La democracia ateniense y sus interpretaciones"; pp 28-32.

5. - Revista "Vuelta" 218, enero 1995; texto de Cornelius Castoriadis, "La cultura en una sociedad democrática", pp 8-12.

6. - Revista "Vuelta" 227, octubre 1995, texto de Cornelius Castoriadis, "La democracia como procedimiento y como régimen", pp23-31.

7. - FMI, BM; "Finance & Development Review", March 1996; Zia Qureshi, "Globalization: new opportunities, tough challenges"; pp 30-33.